

LAUREY BRIGHT

*Recuperar la
pasión*



e lit

elit

RECUPERAR LA PASIÓN
LAUREY BRIGHT

 HARLEQUIN™

Recuperar la pasión

Laurey Bright

Recuperar la pasión (2004) (2018)

Título Original: Shadowing Shahna (2002)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: **Sensaciones 506**

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Kier Remington y Shahna Reeves

Argumento:

Podía huir... pero no podía esconderse.

Dejar a Kier Remington había sido duro, pero vivir sin él había sido aún peor. Shahna Reeves nunca había esperado que la buscara y mucho menos que la encontrara, pero Kier había regresado a su vida para recordarle las cosas que había estado intentando olvidar.

No había pasado ni un solo día en que Kier no pensara en Shahna, deseando sentirla de nuevo en sus brazos. Se había convencido de que sólo se preocupaba por su bienestar, pero al tenerla de nuevo en su vida, a ella y al bebé cuya existencia desconocía, supo que era mucho más que eso...

Capítulo 1

Lo vio salir de la bruma. Las nubes de primera hora de la mañana reptaban por los valles de las colinas azules, abrazando la bahía de Hokianga y asomándose a sus cristalinas aguas. Shahna Reeves, a punto de entrar en su cabaña, se detuvo al oír el petardeo de un motor. Sosteniendo una pequeña cesta de huevos en la mano, observó la blanca proa de una lancha emergiendo de la niebla.

El bote aminoró la velocidad y se acercó al viejo embarcadero. Llevaba dos hombres a bordo. Su piloto y propietario, el fornido Timoti Huria y... De repente Shahna se quedó sin aliento, con el corazón acelerado. El más alto de los dos saltó al muelle y recogió la mochila que le entregó el otro. Llevaba una camiseta gris que resaltaba sus músculos y unos vaqueros caros, de marca. Timoti la llamó en aquel instante:

– Te he traído un visitante. ¿De acuerdo?

El recién llegado, colgándose la mochila de un hombro, alzó la cabeza y la miró con una expresión desafiante en sus ojos azules. No, no estaba de acuerdo. Para nada. Pero si Kier Remington había venido desde tan lejos para verla, resultaba obvio que no iba a conformarse con una negativa. Además, no quería mezclar a Timoti en una discusión.

– De acuerdo. Gracias, Timoti.

Satisfecho, aceleró de nuevo y se alejó del embarcadero, dejando una estela de espuma detrás. Su pasajero subió la pequeña cuesta y se detuvo frente a Shahna. Debido a la pendiente, sus ojos quedaron a la misma altura. La sometió a una inspección detallada: desde su melena rizada de color castaño hasta sus piernas levemente bronceadas, pasando por la ancha camiseta y los vaqueros cortos. Se fijó también en las viejas zapatillas que se había calzado para ir al gallinero. Por último, posó la mirada en la cesta de huevos.

Una sonrisa de incredulidad asomó a sus labios. Shahna recordaba muy bien el contacto de aquellos labios, firmes y suaves, ávidos y ardientes. Para su propia consternación, recordaba con

extraordinaria nitidez el deseo que había sentido por él, por sus besos, por sus caricias... Un anhelo familiar y largamente negado asaltó a traición su cuerpo, debilitándole las piernas.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Lo último que había esperado era que Kier fuera a buscarla. La consternación y el entusiasmo batallaban en su interior.

— Creo que eso debería preguntártelo yo.

Desvió la mirada hacia la cabaña. A pesar de la nueva capa de pintura y del tejado de calamina, resultaba obvio que era un edificio muy antiguo, de principios de la era colonial.

— El Hokianga es uno de los lugares más hermosos del mundo — respondió, evitando realmente la pregunta.

Kier se volvió para contemplar la profunda bahía que se internaba en la Isla Norte de Nueva Zelanda, con sus miles de islotes. El sol ya había asomado en el horizonte mientras la bruma empezaba a disiparse.

— Sí que es hermoso. En eso tienes razón.

La cabaña estaba rodeada de césped, donde solían pastar las ovejas. Un grupo de coníferas y palmitos, con helechos gigantes, parecía proteger el claro donde se levantaba. Kier volvió a mirarla y extendió una mano para retirar una diminuta pluma que se había adherido a uno de los huevos.

— Pareces la viva imagen de la madre naturaleza.

Shahna se tensó, incómoda.

— ¿Vas a invitarme a entrar?

Sintió una punzada de pánico tan intensa que a punto estuvo de entrar corriendo en la cabaña y cerrar la puerta. Lo cual habría sido una reacción pueril, además de fútil. No tenía otro remedio.

— De acuerdo. Entra — lo invitó, reacia.

Kier dejó la mochila en el banco que estaba al lado de la puerta. El suelo era de madera barnizada y estaba cubierto por coloridas

alfombras. La cocina, separada del salón central por un mostrador, era pequeña y estrecha. Shahna había instalado una mesa redonda de comedor y cuatro sillas en el salón, después de que el propietario de la cabaña derribara el tabique que antiguamente separaba las dos habitaciones.

Kier se apoyó en el mostrador y se dedicó a observarla con detenimiento. Parecía un extraño allí, lejos de su ambiente natural y de su propio país, Australia. Shahna casi tenía la sensación de estar soñando, como si su subconsciente lo hubiera conjurado. Sólo que era demasiado real, demasiado masculino, demasiado peligroso...

Guardó los huevos, procurando no mirarlo. Si lo hacía, terminaría cediendo a su hechizo. Intentando adoptar un tono de perfecta naturalidad, le preguntó:

— ¿Qué te apetece? ¿Té? ¿Café?

— Café, gracias. Veo que tienes luz y agua corriente — comentó, observando cómo calentaba agua en un recipiente eléctrico.

Disponía de una estufa de leña para calentar agua, pero hacía demasiado calor para encenderla.

— No necesito más — repuso, esforzándose por disimular sus sentimientos. El miedo, la culpable excitación, el maravillado asombro que le producía su presencia.

Kier desvió la mirada hacia el teléfono que estaba sobre el mostrador.

— Tú número no figura en la guía.

— Está a nombre del propietario. La cabaña me la alquila el granjero de al lado. Antiguamente era la casa de los colonos que le arrendaban las tierras.

— ¿Las ovejas no son tuyas? — se refería a las que había visto antes, pastando en el césped.

Shahna se echó a reír.

— Los McKenzie poseen unas cuantas ovejas, aparte del ganado vacuno para su industria lechera.

Sacó dos tazas y un azucarero de un armario, obligándose a mantener ocupadas las manos. Mientras servía el café, vio que lo estaba mirando todo con expresión crítica, incluso despreciativa. El mobiliario no era nuevo. No se lo había podido permitir, pero además le habría parecido poco apropiado para una casa tan antigua. Había elegido tonos pastel para las paredes, la tapicería y los marcos de ventana. Tonos azules que se mezclaban con grises y verdes, con ocasionales toques rosados y malvas. Colores que se asemejaban a la bruma que empañaba las lejanas colinas y a las aguas siempre cambiantes de la bahía.

Fue esa mirada crítica de Kier lo que la ayudó a controlar sus emociones. Hasta el momento, todo indicaba que se trataba de una visita casual. Con un poco de suerte y mucho de autocontrol, lograría sobrevivir con su tranquilidad emocional, su autoestima y su carga de secretos intacta.

—Has salido temprano —le comentó ella. Todavía no eran ni las ocho de la mañana.

—Timoti tenía que aprovechar la marea. Iba a recoger a la hermana de su mujer y aproveché el viaje.

—¿Has desayunado?

—Sí, su encantadora mujer me preparó unos huevos con beicon.

La pareja poseía una pensión en la población costera de Rawene.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás? —le preguntó él.

—Bien. Me las voy arreglando —dejó un plato de galletas de coco en la mesa, sirvió los cafés y se sentó.

Se llevó la taza a los labios con las dos manos, para disimular su leve temblor. Kier volvió a mirar en torno suyo, fijándose en el antiguo aparador lleno de platos y tazas, en los tarros de hierbas que había en el alféizar de la ventana, en el escaso mobiliario de la cabaña.

—Todo esto no encaja para nada contigo, Shahna.

Con gesto indiferente, se encogió de hombros:

—Quizá no me conozcas tan bien como creías.

—¿Qué quieres decir? —inquirió de pronto, con tono brusco.

—Lo que he dicho —respondió con frialdad. Pensó que Kier jamás había sospechado lo mucho que la había afectado su relación. Afortunadamente. Nunca se había molestado en averiguarlo. Aunque, para ser justos, había guardado muy bien el secreto.

Kier seguía mirándola, como si esperara más. Pero Shahna no estaba dispuesta a revelar lo que había mantenido oculto durante tanto tiempo y a un coste tan grande. Aunque sus sentimientos hubieran cambiado a esas alturas, demasiadas cosas se interponían entre ellos. Ya no había marcha atrás.

—Después haber pasado tres años juntos, creo que me debías algo más que tres renglones de despedida.

—Yo no te debo nada, Kier. Eso formaba parte de nuestro... arreglo. Nada de compromisos, ¿de acuerdo? Así era como tú lo querías.

Un leve parpadeo fue el único indicio de su desconcierto.

—Y lo que querías tú también, si mal no recuerdo.

Una vez más, se había engañado a sí misma. Tuvo que recordarse que se había lanzado a aquella relación con los ojos bien abiertos, consciente de las condiciones, y había dicho sí a todo, imaginándose que estaba entrando en el mejor de los mundos posibles. Mucha gente lo habría considerado una locura. A veces hasta ella misma lo pensaba.

—Pues ya no lo quiero.

—¿Y esto sí? —barrió una vez más con la mirada el espacio circundante—. No me lo creo —declaró, rotundo.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó, optando por cambiar de tema.

—Vi parte de tu joyería expuesta en el aeropuerto cuando volé a Auckland para una reunión de negocios y... y cuando terminé me

encontré con que me sobraba tiempo —explicó, bajando la mirada mientras acariciaba el borde de su taza con el pulgar.

Así que todo había una simple casualidad. Kier no la había estado buscando durante todo ese tiempo. Una diminuta y fútil chispa de esperanza se apagó en su corazón, dejándole un amargo sabor en la boca.

— ¿Te dieron mi dirección en la tienda?

Las elegantes tiendas de recuerdos del aeropuerto eran buenos clientes de su joyería artesanal. Todas sus piezas llevaban una etiqueta con su nombre y su logotipo. No se le había ocurrido pensar que Kier pudiera verlas a la venta en el aeropuerto, en alguno de sus vuelos desde Sydney.

—No fue tan fácil. Pero al menos era un comienzo.

¿Por qué había ido a buscarla? ¿Por curiosidad? ¿Para terminar un asunto empezado? En cualquier caso, estaba claro que una vez que se lo había propuesto, no había parado hasta encontrarla. Era esa férrea determinación, junto con una intuición especial para las inversiones, lo que había convertido a Kier Remington es un hombre rico y respetado.

—Bueno, ahora que ya me has encontrado... ¿qué es lo que quieres?

—Saber cómo estás. Y lo que te ha movido a marcharte.

—Estoy bien. Y me marché porque quise.

Vio que tensaba la mandíbula, apretando los dientes. Era extraño. Kier tenía un gran temperamento que habitualmente mantenía bajo un estricto control.

—Ésa no es una respuesta. ¿Por qué no me dices la verdad?

¿La verdad? ¿Por dónde empezar?, se preguntó Shahna.

—La verdad es que me había cansado de todo. De Sydney, de la competitividad de la vida moderna —«de llevar una vida superficial, de una relación que no me llevaba a ninguna parte, de disimular mis sentimientos porque tú no querías saber nada de ellos, de temer que

tú los descubrieras y decidieras romper conmigo tan implacablemente como habías hecho con tus anteriores aventuras», añadió para sus adentros—. Necesitaba... quería algo diferente.

Prefirió no entrar en detalles sobre la razón concreta que había desencadenado esa decisión.

—Pues lo has conseguido.

Era verdad. Había conseguido no solamente alejarse del encanto de Kier, sino de aquel lejano mundo de empresarios y políticos, y de una vida social tan vana como interesada.

En aquel momento, en cambio, estaba plenamente satisfecha con la vida que llevaba. Diseñar joyas artesanales inspiradas en la naturaleza era lo más alejado del mundo que había dejado atrás.

—¿Cuánto tiempo durará esta escapada?

El cinismo que destilaba esa pregunta le puso la carne de gallina.

—El que yo quiera —contestó con tono deliberadamente tranquilo—. Adoro este lugar.

—¿Vives aquí sola?

El corazón le dio un vuelco. ¿Acaso Timoti y Meri no se lo habían dicho? Agradeció inmensamente su discreción. Los habitantes de aquel pueblo se protegían los unos a otros, respetando su intimidad.

—¿Te refieres a si la comparto con un hombre? —evidentemente se refería a eso—. No lo necesito.

—Ya, claro. Tú nunca necesitaste un hombre en tu vida, ¿verdad, Shahna? Sólo compartías tu cama conmigo cuando te convenía.

Cerró con fuerza los dedos sobre su taza, tentada de arrojársela a la cara. ¿Cómo se atrevía a acusarla a ella, y además con aquel tono? Sobre todo cuando le había dejado claro desde un principio lo que pensaba de su relación.

—Tú tampoco me necesitabas a mí. Cualquier otra mujer habría satisfecho tus... necesidades adecuadamente.

Shahna vio que cerraba un puño sobre la mesa. Volvió a abrir la

mano antes de responder, dominándose.

– Tú lo hacías más que adecuadamente.

– Vaya, gracias – repuso, ruborizándose muy a su pesar.

Pensó que tal vez Kier la había echado de menos por un tiempo. Habría echado de menos la pasión que le había dado, el gozo que había encontrado en su cuerpo. Ella, en cambio, había suspirado desesperadamente por sus caricias, por su manera de hacerle el amor, a veces tierna, otras lúdica, teñida siempre de la misma dedicación que ponía en su trabajo o en sus actividades cotidianas.

Incluso en la cama su espíritu competitivo había surgido a la superficie, junto con su deseo de perfección. Curiosamente, siempre había sabido percibir sus propias necesidades antes que ella, provocándole sensaciones que jamás había creído posibles. Dejándola cada vez, después de acto amoroso, saciada y feliz, en un estado de eufórica letargia. Aquellos recuerdos la inflamaron de deseo y se apresuró a levantar su taza.

Con una punzada de celos, se preguntó qué cama estaría compartiendo ahora. Aunque no era asunto suyo. Y sentir celos era absurdo. Siempre lo había sido. Habían acordado ser fieles el uno al otro mientras durara su aventura, pero ella le había puesto fin y en aquel momento Kier era libre para acostarse con quien quisiera.

Shahna también era libre, por supuesto. Llevaba siéndolo desde que le dejó una breve nota con la copia que le había dado de la llave de su apartamento de Sydney, un par de horas antes de abordar un avión para Nueva Zelanda.

Aunque volviera a presentársele una oportunidad semejante, no podía imaginarse a sí misma volviendo a desear a otro hombre. Sin quererlo, Kier se había labrado un lugar en corazón. Mientras que ella no había dejado ninguna huella duradera en el suyo.

– Estoy segura de que no anduviste corto de candidatas para ocupar mi lugar.

– Soy exigente – entornó los párpados, disimulando su expresión.

«Y precavido», añadió Shahna para sus adentros. No fue hasta varias semanas después de haberse conocido cuando le pidió que salieran juntos. Y todavía pasaron meses antes de que se acostaran en su apartamento. Kier Remington, millonario hecho a sí mismo, líder de su propia empresa y figura de referencia en el mundo financiero de Australia, era conocido por su rapidez de decisiones, así como por su habilidad para calcular en poco tiempo las posibles consecuencias de cualquier acto. Pero, al mismo tiempo, era capaz de desplegar una paciencia infinita.

Shahna había descubierto que en su vida privada era tan astuto y meticuloso como en sus negocios. Habían pasado cerca de un año durmiendo juntos antes de que él le confesara que, ya desde su primer encuentro, había decidido que fueran amantes. Y que si se había tomado tanto tiempo para llegar a conocerla bien era porque no estaba interesado en una aventura fugaz.

Pero también se había encargado de asegurarle que no le estaba ofreciendo una relación estable, permanente. La única promesa de fidelidad que había estado dispuesto a darle, o a recibir de ella, había quedado restringida desde un principio a una situación de provisionalidad. Cuando cualquiera de ellos quisiera ponerle fin, la relación se acabaría. Sin reproches ni recriminaciones.

Por eso no podía evitar sorprenderse de su actitud. Todo indicaba que lo había molestado que, al cabo de tres años de relación, ella hubiera decidido ponerle fin. Quizá fuera porque la decisión la había tomado ella, y no él. Tal vez no le había gustado perder la iniciativa de esa manera.

Pero Shahna se había visto obligada a tomar esa medida, mientras que él no tenía ni la menor idea de lo mucho que había sufrido antes, durante y después de hacerlo. Y de las inesperadas complicaciones que siguieron, aunque de eso era ella la única culpable. En cualquier caso, lo último que quería en ese momento era enredarlo en ellas. Lanzó una mirada nerviosa al reloj de la cocina.

— ¿Tienes prisa? — le preguntó Kier.

—Tengo cosas que hacer —esperaba que hubiera captado la indirecta—. Dentro de un cuarto de hora Timoti pasará por aquí de vuelta con la hermana de Meri. Si lo esperas en el embarcadero, te recogerá.

—¿Tantas ganas tienes de deshacerte de mí?

—No tenemos nada más que decirnos, ¿o sí? —intentó adoptar un tono de indiferencia, cada vez más inquieta—. Te agradezco que te hayas pasado por aquí para verme, Kier, pero como ves, no tienes ninguna necesidad de preocuparte.

—Tengo muchas más cosas que decirte. Y sigo queriendo saber qué fue lo que funcionó tan mal en nuestra relación para que decidieras esconderte en otro país.

—Yo no me escondo de nadie. Sólo quería volver a casa.

—Tú misma me dijiste que aquí no te quedaban ni parientes ni vínculo alguno. Llevabas viviendo fuera de Nueva Zelanda desde... ¿cuándo? ¿Desde que tenías veinte años?

—Dieciocho. Pero no es un problema de vínculos familiares. Hay otras cosas que he echado de menos. Cosas de las que no era consciente que echaba en falta hasta que...

—¿Hasta que qué? —Kier se inclinó hacia delante—. ¿Se trata de algo que yo hice?

Shahna sonrió débilmente.

—Te recuerdo que no todo el mundo gira en torno a ti... No, simplemente un día decidí que no me gustaba la vida que estaba llevando. Así que la cambié.

Se la quedó mirando fijamente, evidentemente incapaz de comprender su decisión.

—¿Qué tenía de malo esa vida? Tenías un trabajo interesante en el que estabas triunfando, tu propia familia, amigos... y, al menos eso pensaba yo, una satisfactoria vida amorosa.

Todo eso era cierto. Shahna estaba ganando un gran salario en una empresa de publicidad. Había empezado a trabajar en su

departamento artístico y acababa de descubrir que poseía un gran talento imaginativo a la vez que sentido de la organización del trabajo, motivo de su rápida promoción profesional.

Se había comprado un apartamento, cerca de la sede de la compañía y con unas espectaculares vistas del puerto de Sydney.

Sus amigas eran prometedoras empleadas que vivían para su trabajo y aprovechaban al vuelo la menor oportunidad para escalar puestos. Durante un tiempo había sido divertido y estimulante vivir en aquel mundo que tan poco tiempo dedicaba a la introspección, a la reflexión sobre la propia vida. Y Kier Remington había formado parte de aquel mundo.

Su jefe la había llamado un día a su despacho para presentarla como una de sus más jóvenes promesas, a la que pensaba poner al frente de la campaña publicitaria de Remington. Cuando entró, Kier se levantó inmediatamente para saludarla. Al instante, su mirada azul la deslumbró. A juzgar por todo lo que había oído sobre él, había esperado encontrarse con un hombre frío, inexpresivo, duro. Porque algo de dureza habría de debido necesitar para llegar hasta donde había llegado con tan sólo veintinueve años.

Por aquel entonces había saltado a los titulares por culpa de los planes de remodelación que había llevado a cabo en una de sus empresas. Altos ejecutivos se habían visto de repente privados de sus puestos. Los medios habían acosado a Kier, que se había limitado a no hacer comentarios. Era comprensible que quisiera lavar la imagen de su compañía con una eficaz campaña publicitaria.

Lo que Shahna no pudo imaginar era que su sonrisa la haría ruborizarse como una colegiala. Ni el brillo de humor y de interés inequívocamente sexual que asomó a sus ojos. Ya durante aquel primer encuentro no se molestó en disimular la inmediata atracción que parecía haber sentido por ella.

Cuando se marchó, Shahna se sintió aliviada y decepcionada a la vez. Por supuesto que resultaba halagador que un hombre tan atractivo como Kier Remington se hubiera mostrado tan interesado por ella. Pero no debía distraerse. Diseñar la campaña de Remington

era un paso de coloso en su carrera, y no quería arriesgar sus buenas perspectivas laborales mezclando el sexo con los negocios. Demasiada gente había perecido en el empeño de compaginarlos.

No volvieron a tener ningún contacto hasta que Shahna empezó a trabajar en la campaña y lo telefoneó con una lista de sugerencias. Después de escucharla, Kier le sugirió con tono enérgico:

– Necesitamos vernos para analizar todas esas ideas tuyas. ¿Quedamos a comer? ¿Qué tal lo tienes mañana?

Se lo preguntó con un tono tan profesional, tan distante, que le fue imposible negarse. A su llegada al restaurante, la saludó con un brillo burlón en los ojos mientras ella le lanzaba una mirada helada. Su trato, sin embargo, fue absolutamente correcto y en ningún momento abordó ningún tema que no estuviera relacionado con su trabajo.

Sí, Kier era un hombre muy inteligente. Y calculador. Cuando descubrió la maestría con que había hecho su juego, con una campaña tan sutil como efectiva, se quedó estremecida. Pero para entonces ya era demasiado tarde.

* * *

Sentada frente a él, volvió a experimentar aquel mismo estremecimiento. Una vez que Kier tomaba una decisión, nada lo detenía. Se levantó con la taza en la mano, esperando que se marchara de una vez.

– ¿Y bien? ¿Qué haces aquí durante todo el día?

No pudo evitar lanzarla una agónica mirada al reloj.

– Tengo un taller fuera – señaló por la ventana la esquina de un pequeño edificio, a unos metros de la casa –. Es un lavadero restaurado. Ahí es donde trabajo.

– ¿De nueve a cinco? – preguntó Kier, mirando también el reloj.

– No exactamente. Cuando yo... bueno, trabajo las horas que me apetece – dejó su taza en el fregadero. No pensaba rellenarle la suya

— . Si quieres que te lleve Timoti... — añadió, desesperada.

— Ya le dije que no pensaba volver a Rawene hoy.

— ¿De veras? — se acordó de la mochila que llevaba—. ¿Estás de vacaciones? — inquirió, nerviosa—. ¿Qué planes tienes?

— No tengo ningún plan fijo — respondió al cabo de un tenso silencio—. Excepto verte, hablar contigo, enterarme de lo que haces. ¿Por qué tienes tantas ganas de que me vaya?

De repente, un leve murmullo llegó hasta sus oídos procedente de la habitación contigua, seguido de los gorjeos de un bebé:

— ¡Ma-má!

Kier se quedó muy quieto. Su rostro parecía una máscara de mármol. Shahna se había quedado paralizada, con nudo en el estómago y el pulso atronándole las sienes.

— ¡Eso es un bebé! — constató Kier lo evidente, apretando con tanta fuerza su taza que los nudillos se le pusieron blancos.

Capítulo 2

Shahna salió por fin de su mutismo:

–Sí.

Podía decirle que estaba trabajando de niñera, intentar engañarlo de alguna manera. Pero Kier, lo sabía perfectamente, no se dejaría engañar. Y además, ¿qué sentido tenía mentir? Habría acabado por descubrirlo tarde o temprano.

–¡Ma-má!

–Será mejor que te vayas –le dijo a Kier–. Tengo que levantarlo.

–¡Yo no me voy a ninguna parte!

–Ma-má –el grito era ya más desesperado, seguido de un corto silencio y, por último, de un sonoro llanto.

–Tengo que levantarlo –repitió Shahna, distraída, dirigiéndose al dormitorio.

Un bebé. Kier se sintió como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

Shahna tenía un bebé. No podía dejar de pensar en ello. Durante todo el tiempo que habían estado juntos, nunca le había dicho o dado a entender que deseara tener niños. Él había confiado en que no dejaría de tomar la píldora.

Y minutos antes le había dicho que no vivía con ningún hombre... Aunque eso no significaba necesariamente que fuera célibe. Después de todo, ella tampoco había vivido con él, sólo se habían acostado juntos de manera regular, sin mezclar sus respectivas vidas. «Un arreglo conveniente», como ella se había encargado de recordarle.

Un arreglo que había convenido a Kier. Pero sólo al principio.

No sabía muy bien cuándo había empezado a encontrarlo cada

vez menos satisfactorio, o a acariciar la idea de pedirle que se fuera a vivir con él, algo a lo que había renunciado porque Shahna se había mostrado perfectamente contenta con la vida que llevaban. Y porque había necesitado estar absolutamente seguro de ella antes de atreverse a dar un paso semejante y arriesgarse, por ejemplo, a perderla. Una perspectiva que le había hecho sentir cosas que no había sentido en años, incómodamente cercanas al miedo y a la impotencia. Una perspectiva que, en suma, lo había hecho dudar a la hora de poner en peligro lo que ya tenía.

A pesar de aquellos tres años de relación inmensamente satisfactoria en el plano sexual, seguía teniendo la sensación de que apenas había arañado la superficie, el intrigante aspecto exterior de la personalidad que le había mostrado durante su primer encuentro. Por ese motivo había temido su reacción en caso de que le hubiera planteado su deseo de una mayor intimidad.

De alguna manera, Shahna se le había metido en la piel, al contrario que todas sus amantes anteriores. Había algo diferente en ella, algo que le hacía ansiar, anhelar mucho más. No sólo su cuerpo hermoso y su mente rápida y sutil, con aquella creatividad que la hacía destacar tanto en su trabajo, sino sobre todo a la verdadera Shahna que se ocultaba debajo...

Pero justo cuando ya había empezado a pensar en una estrategia para convencerla de que fuera a vivir con él... ella se marchó. Se evaporó en el aire, sin previo aviso, sin ninguna explicación. Nada excepto una nota de tres líneas agradeciéndole los buenos momentos que habían pasado juntos.

Nunca en toda su vida se había sentido tan furioso. No tenía sentido decirse que había tenido perfecto derecho a marcharse de esa manera, que él no le había pedido explícitamente nada más, que no le había prometido nada. Lo súbito de su marcha, la falta de toda razón aparente, lo habían hecho sentirse humillado.

Y ese día, cuando llegó a su cabaña, toda aquella furia y aquella humillación lo habían asaltado de golpe una vez más. Parecía distinta, algo más rellenita que la última vez que la había visto, como

más dulcificada. Llevaba el cabello más corto, con su rizo natural. Y no se había maquillado. Estaba más deseable que nunca. Sin siquiera tocarla, su cuerpo había reaccionado de la misma forma que siempre...

No era que fuera más hermosa que las numerosas mujeres con las que había tenido ocasión de relacionarse. Ni más inteligente. Precisamente durante el último año y medio, en vez de lamentar la pérdida de Shahna, se había dedicado a frecuentar a algunas de esas mujeres. Incluso se había propuesto acostarse con ellas. Pero antes de que llegara ese momento, y muy a su pesar, había perdido todo interés. Ninguna de ellas era Shahna.

Era Shahna quien lo atormentaba en sueños, a quien ansiaba abrazar por las mañanas antes de que se hubiera despertado del todo. Era su perfume el que aún impregnaba su apartamento, sorprendiéndolo a traición cuando abría la puerta de un armario. O cuando encontraba su lencería de encaje y seda en un cajón de la cómoda, o sus cremas en el armario del cuarto de baño, todo lo cual se había olvidado de llevarse dado lo apresurado de su marcha. O quizá las había dejado allí a propósito, tal y como había dejado las joyas que él le había regalado por su cumpleaños o por Navidad, argumentando unos principios éticos que sólo ella compartía. Su rechazo de aquellas joyas tan caras lo había disgustado, pero reconocía y respetaba la integridad de su actitud.

Seguía oyendo el llanto del bebé, y a Shahna tranquilizándolo con palabras que no alcanzaba a distinguir. Un nudo de temor le atenazó el estómago. De repente apareció en el umbral, con la criatura en los brazos. Kier no sabía mucho de bebés, pero aquél no era un recién nacido. Pataleaba con sus regordetas piernecillas mientras Shahna lo sostenía contra su cadera. Llevaba un peto rojo y blanco y una camiseta amarilla. Aquella visión lo dejó conmocionado. Nunca la había visto antes con un niño en los brazos.

El bebé giró la cabecita hacia él, agitando su pelo oscuro y rizado, y se lo quedó mirando con sus grandes ojos azules durante unos segundos. Hasta que enterró el rostro en el hombro de su madre.

–Te presento a Samuel –le dijo a Kier–. Más popularmente conocido como Scamp.

Shahna le sostuvo la mirada. No tenía otro remedio. Kier parecía un boxeador noqueado. Se había quedado absolutamente inmóvil, mirando a Scamp como si fuera la primera vez que viera a un bebé.

Lo bajó al suelo, pero el niño le echó los brazos, temeroso del extraño. Se acercó al banco de madera que estaba al lado de la puerta y se sentó con él en las rodillas, para que inspeccionara al visitante a una prudente distancia.

Vio que Kier tomaba aire para espetarle, furioso:

–Deberías habérmelo dicho.

Pensó que quizá debería haberlo hecho, en lugar de haber esperado a que se marchase antes de que se despertara Samuel, evitándose así cualquier explicación. Porque ahora estaba deseoso de hacerle preguntas. Y quería respuestas.

El bebé la miró con expresión interrogante y Shahna le lanzó una sonrisa tranquilizadora, como diciéndole que todo estaba bien, que ella lo protegería de aquel hombre furioso. Porque Kier estaba furioso. Podía verlo en la tensión de su mandíbula, en el fuego azul que despedían sus ojos.

–Te enterraste en vida en este lugar por él, ¿verdad? Una decisión un tanto exagerada...

–No me avergüenzo de él, si es eso lo que estás insinuando – replicó, indignada –. Mucha gente sabe que soy madre soltera. Aquí, por lo menos, lo sabe todo el mundo.

Kier pareció hacer un esfuerzo por tranquilizarse, pero seguía apretando los labios.

–Yo no.

Samuel miró de nuevo a su madre, perplejo. Shahna le tomó la mano.

—No pasa nada, Scamp. Tenemos visita —miró a Kier, y el bebé siguió la dirección de su mirada.

Decidiendo aparentemente que no corría ningún peligro, Samuel soltó un gorjeo. Shahna lo bajó al suelo y el crío empezó a gatear velozmente hacia Kier.

Lo observó con una especie de inquietud, hasta que la cabeza de Samuel chocó casi contra sus piernas. Seducido por los cordones de colores de sus botas de montaña, el niño tiró de uno de ellos y se llevó el extremo a la boca, sentándose al mismo tiempo en el suelo.

—¿Es seguro que haga eso? —le preguntó a Shahna, pero no esperó su respuesta. Siguiendo un impulso, se agachó para tomarlo en brazos y se sentó con él a la mesa.

Pero en lugar de quedarse sentado en sus rodillas, Samuel se irguió y alzó los brazos, gorjeando. Quería dar saltos. Kier tardó en captar la idea. El niño gorjeó, feliz, disfrutando del juego.

Su rígida expresión empezó lentamente a relajarse. Parecía asombrado, casi sobrecogido. Shahna se rió para sus adentros.

—Es fuerte —comentó, sorprendido, mientras Samuel saltaba una vez más sobre sus muslos.

Shahna sonrió, orgullosa de su hijo. Durante las primeras semanas que siguieron al parto había estado muy preocupada, pero ahora era un niño sano, lleno de energía. Había empezado a caminar apoyándose en los muebles, aunque por el momento seguía prefiriendo el gateo. Cansado ya del juego, Samuel se quedó sentado y se dedicó a estudiar el rostro de Kier, alzando una manita para acariciarle una mejilla. Incluso dijo algo en un tono satisfecho. Luego le agarró la camiseta con su puñito, a la altura del pecho, y empezó a chupársela.

—¡Eh! —Kier intentó retirarle la mano suavemente—. Eso no es comestible...

—Dale una de éstas —le sugirió Shahna, señalándole el plato de galletas de coco que había sobre la mesa.

Kier así lo hizo, y Samuel perdió todo interés por la camiseta. Mordió un trozo de galleta y luego le ofreció el resto a Kier.

—¿Uh?

—No, gracias —sacudió la cabeza, mirando a Samuel como si fuera un extraterrestre.

—¿Uh? —insistió el bebé, generoso.

Shahna se levantó.

—Ya me encargo yo de él —sacó la trona con ruedas, que solía guardar en un rincón, y sentó a su hijo en ella, preparándole la bandeja.

Kier parecía incapaz de apartar la mirada del bebé.

Tenía una expresión sombría y parecía más pálido de lo normal. Shahna le recogió la taza.

—¿Quieres más?

—No me vendría mal otro café.

Se dijo que no tendría sentido negárselo ahora. Después de servírselo, le preparó a Samuel un cuenco de leche con cereales.

Para cuando el bebé hubo terminado, Kier estaba fregando las tazas. Samuel gateó rápidamente hacia el banco y se puso a golpear la tapa, que se levantaba. Allí era donde guardaba los juguetes.

—Ta, ta.

—Muy bien —Shahna dejó la mochila en el suelo para poder abrir la tapa, y le sacó un cesto con juguetes—. Toma.

Pero se cansó pronto y empezó a curiosear la mochila de Kier. Cuando descubrió un cordón de plástico, se dedicó a mordisquearlo.

—Parece que se lo quiere comer todo —observó él, frunciendo el ceño.

—Le están saliendo los dientes.

Shahna le tendió un pequeño tractor del cesto para distraerlo de la mochila, y fue a levantarla del suelo para dejarla nuevamente en el

banco.

—No, yo lo haré —Kier atravesó rápidamente la habitación y se la quitó. Al hacerlo le rozó una mano y ella se apartó de repente. Fue como si una corriente eléctrica le subiera subido por el brazo, dejándola consternada y estremecida.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó con la mayor naturalidad posible. Parecía muy pesada.

—Mi ordenador portátil, entre otras cosas. Y un teléfono móvil.

—Aquí no te será de mucha utilidad.

—Ya lo descubrí anoche. Timoti me dijo luego que no funcionaban en Hokianga. Dime. Si no te estás escondiendo... ¿por qué has elegido un lugar tan remoto?

—Es un buen lugar para criar a un niño. Y muy barato.

—¿Andas mal de dinero?

—No. Tengo algunos ahorros y el dinero que saqué de la venta de mi apartamento. Pero quiero estirarlo todo lo posible mientras consolido mi negocio.

—La joyería. ¿Podrás vivir de eso?

—Eso espero —su obra estaba empezando a ser conocida, y no era barata. Pero era compleja y consumía mucho tiempo. Cada pieza era un trabajo único.

—¿Un buen lugar para criar a un hijo, dices? —repitió Kier con tono escéptico—. ¿En medio de ninguna parte?

Shahna se sonrió. Naturalmente, el carácter remoto y aislado de aquella zona lo horrorizaba. Estaba completamente fuera de su elemento.

—Hay un pueblo a unos cuantos kilómetros de aquí, con una tienda que vende leche, pan y comestibles. Incluso periódicos.

—¿Y qué pasará si el bebé se pone enfermo, o tú misma?

—El hospital de Rawene posee aquí un consultorio atendido por enfermeras, y un médico se pasa una vez por semana. Y tengo el

hospital de Kaitaia a una hora en coche.

— ¿En coche? Yo no veo ningún coche — miró por la ventana, más allá del gallinero. Detrás de unos postes de teléfono pudo distinguir una granja, medio oculta por los árboles.

— Tengo uno aparcado al lado de la granja.

— Esto está muy lejos de Sydney.

— Sí. Tampoco espero que lo comprendas — nacido y criado en Sydney, Kier era un hombre urbano al cien por cien.

Volvió a mirar a Samuel, que estaba sacando los juguetes del cesto para distribuirlos por el suelo.

— La verdad es que no comprendo nada de todo esto. No te quedarías embarazada deliberadamente...

Shahna soltó un suspiro. La pregunta hizo que volvieran a aflorar sentimientos durante largo tiempo negados: culpa, dolor, vergüenza, arrepentimiento. Le había pedido la verdad. Se la daría.

— Pues... sí — la verdad desnuda, sin excusas ni explicaciones, libre de todas las complejidades que habían rodeado su decisión.

Analizándola retrospectivamente no le parecía en absoluto una decisión muy sensata, pero por otro lado se sentía incapaz de arrepentirse de algo tan hermoso como haber dado a luz a Samuel.

— ¿Y planeabas criarlo sin un padre? — le preguntó Kier, enfurecido de nuevo.

¿Que si lo había planeado? ¿Cómo podría responder a eso?

— No... exactamente.

— ¿Entonces por qué no te pusiste en contacto conmigo? ¿No crees que tenía derecho a saberlo?

Shahna se quedó helada, pese a que el sol de la mañana había empezado a calentar la casa. Le sudaban las palmas de las manos. El rostro de Kier parecía difuminarse por momentos. Nunca había imaginado que tendría que soportar un careo semejante. Aquello era una pesadilla.

—No —respondió, sosteniéndole la mirada—. Porque no es tuyo, Kier.

—¿Me tomas por estúpido? —exclamó con tono sarcástico, tras una ligera vacilación.

De repente Samuel, que los había estado observando perplejo, se echó a llorar.

—Tranquilo, tranquilo —se apresuró a consolarlo su madre, levantándolo en brazos—. Sshhh. Nadie va a hacerte daño...

El bebé se fue serenando poco a poco, bajo la ceñuda mirada de Kier. Shahna le enjugó una última lágrima de su carita regordeta.

—¡Hom! —pronunció Samuel, señalando a Kier con expresión acusadora.

—Sí —rió Shahna—. Es un hombre. Se llama Kier. Es un antiguo amigo de mamá.

Kier permanecía callado, apretando los labios.

—¿Kee? —preguntó el bebé, buscando su confirmación.

—Kier. No te hará ningún daño —le aseguró una vez más.

—Kee —repitió, mirándolo de nuevo con expresión curiosa a la par que desconfiada.

—¿Te entiende?

—Todas las palabras no. Pero comprende los tonos de voz.

—No quería asustarlo —murmuró, volviéndose hacia el niño—. Lo siento.

—Kee —insistió Samuel, apartándose de su madre y echándole los brazos.

Shahna sonrió:

—Disculpa aceptada.

Kier se apresuró a tomarlo en brazos, invadido por una extraña

mezcla de sensaciones. Ternura, estupor, ansias de proteger y salvaguardar a aquel ser... Y, sobre todo, un súbito y completamente inesperado sentimiento de posesión.

Aparentemente a Samuel le bastó con un solo abrazo. Enseguida esbozó una mueca, señal de que quería bajar. Una vez en el suelo, gateó para volver a buscar sus juguetes. Kier sintió los brazos repentinamente vacío, como muertos. Todavía podía sentir en su pecho el calor dejado por aquel cuerpecillo.

—Si me lo hubieras dicho... yo te habría ayudado. Habría cuidado de ti.

—No necesitaba ninguna ayuda —replicó casi desesperada, mirándolo por encima de la cabecita de Samuel—. Y la tuya menos aún. Ya te lo he dicho, Kier —añadió—. Tú no eres el padre de mi hijo.

Capítulo 3

¿Otro hombre había hecho el amor con Shahna, había compartido los íntimos secretos de su cuerpo, había tenido un hijo con ella? Kier se había quedado aturdido. Se dijo que debería sentirse aliviado. Pero en lugar de ello se sentía engañado, y decepcionado, incluso furioso. Tuvo que contenerse para no volver a asustar al bebé.

— ¿Qué tiempo tiene?

— Once meses — respondió Shahna, sosteniéndole la mirada.

— No perdiste el tiempo.

Era consciente de su tono acusador. Y también de que no tenía ningún derecho a acusarla de nada.

— ¿Te acostaste con su padre antes de dejarme?

— Me conoces mejor que eso — contestó, ruborizada, con un brillo de furia en sus ojos verdes—. O al menos eso creía.

— Yo también lo creía — replicó él—. Pero como tú misma te ocupaste de mencionarme antes, tal vez no te conozca tan bien, después de todo. ¿Estás segura de que sabes quién es el padre? — se dijo que, si le estaba mintiendo, la obligaría a que le revelase la verdad.

— ¡Por supuesto que estoy segura! No es tuyo. Es imposible.

Lo decía con un tono tan convencido, tan rotundo... Eso suponiendo que le estuviera diciendo la verdad.

— ¿Y entonces dónde está el tipo? — le espetó, todavía no convencido del todo—. ¿En Sydney?

Por un instante pensó que no iba a contestarle. Pero finalmente lo hizo, desviando la mirada:

— En Nueva Zelanda.

— ¿Te viniste directamente aquí cuando me dejaste? — si ése era el caso, no le extrañaba que hubiera tardado tanto en encontrarla.

— Sí. Estuve trabajando un tiempo en Auckland antes de subir

hacia el norte.

— ¿Lo conociste allí? ¿Cuándo? ¿Hace cuánto que lo conoces?

Shahna parpadeó asombrada, como si la hubiera sorprendido con aquellas preguntas, y declaró con tono firme:

— Nada de eso es asunto tuyo.

Kier pensó que tal vez se trataba de un antiguo conocido. En cualquier caso, desde que se separaron, aquel tipo había tardado mucho menos que él en llevársela a la cama...

— Si tu reloj biológico te estaba enviando señales de alarma... ¿por qué no me lo dijiste?

— Resultaba obvio que los bebés no figuraban en tu agenda.

Pero él tampoco había imaginado que pudieran figurar en la suya. No le había dado motivo alguno para sospecharlo.

— No recuerdo que hayamos discutido ni una sola vez la posibilidad. Excepto para evitarla accidentalmente, claro.

En ese sentido, había estado tan preocupado por ella y por su carrera profesional como por su propia libertad. Había visto a demasiadas colegas femeninas fracasar a la hora de compaginar su exigente trabajo y la familia. Las había visto forzarse hasta el agotamiento y perder promociones y ascensos... Algunas habían terminado eligiendo entre una cosa y otra pero, en cualquier caso, Shahna jamás le había dicho que quería un bebé. ¿O sí?

No podía recordar los detalles de cada conversación que habían tenido, pero estaba seguro de que se habría acordado...

— ¿Por qué no me dijiste que tú pensabas de una manera diferente? Supongo que no sería por eso por lo que te marchaste...

Shahna vaciló.

— En cierta forma... supongo que sí.

Se preguntó qué diablos querría decir eso. ¿No había querido tener un bebé con él, pero se había mostrado perfectamente dispuesta a tenerlo con otro?

—¿Entonces qué hiciste? —le espetó, airado—. ¿Dormir con el primer hombre que te encontraste? ¿Recurrir a un banco de esperma?

Para su sorpresa, adoptó una expresión contrita, acongojada.

—No... no fue así. Y te repito que no es asunto tuyo...

Kier apretó los dientes. Tenía razón, por supuesto.

Miró al pequeño, que estaba jugando con un pequeño xilófono. Si Samuel no era suyo, entonces no tenía ningún derecho sobre él. Ni obligaciones tampoco. Pero, por alguna razón, ese pensamiento no le gustó.

Shahna se arrodilló en el suelo y sacó del cesto un palito de madera para el xilófono. Se lo puso en la manita y le enseñó cómo se usaba. El bebé sonreía feliz mientras tocaba las teclas, mirando a su madre como buscando su aprobación.

Guiándole la manita, Shahna empezó a tocar una conocida melodía. Kier se sintió excluido. Inquieto, enganchó los pulgares en las trabillas de sus vaqueros.

—Bueno... —pronunció mientras se levantaba, evidentemente deseosa de que se marchara de una vez—. Si quieres regresar cuanto antes a Rawene, seguro que no tendrás ningún problema en llegar a algún puerto desde el que salgan barcos. O a cualquier otra población, si tu intención es explorar la Isla Norte. La gente de aquí es muy amable con los autoestopistas.

Se había prometido a sí mismo que el hecho de verla una vez más acabaría con aquella sensación de asunto inacabado que lo había estado acosando desde que se marchó. Que las pesadillas que había tenido desde entonces desaparecerían cuando se asegurara de que estaba bien y a salvo, que no lo necesitaba. Que una vez que atara los cabos sueltos y descubriera la razón de su repentina marcha, sería capaz de curar la herida que se había abierto en su alma. Y que sólo entonces podría seguir adelante con su propia vida y ser feliz.

Así que ahora que le había dejado claro que estaba perfectamente y que no lo necesitaba, ahora que sabía que lo había abandonado a causa de un imperativo biológico, el de tener hijos... ¿por qué no

podía aceptarlo y marcharse tranquilamente? ¿Por qué se sentía tan reacio a hacerlo? Quizá porque había recibido menos respuestas que preguntas tenía que hacerle.

Cuando Shahna alzó la mirada, Kier seguía de pie tercamente inmóvil, mirándolos. De repente escuchó el rumor de un motor. No era de un barco y se acercaba cada vez más, hasta que se apagó en la puerta de la cabaña. Una camioneta.

— Parece que tienes otra visita — comentó Kier.

Morrie McKenzie se había comprometido a levantarle una valla protectora en el jardín, para que el bebé no pudiera escaparse. Un joven fornido y bronceado apareció en el umbral, vestido solamente con unos pantalones caqui y calzando botas de montaña.

— Hola, Shahna — se pasó una mano por su melena salpicada de mechaz rubias, sonriendo —. He traído las vallas. Mi viejo también iba a venir, pero se ha clavado una astilla en la mano y parece que se le ha infectado o algo así. Esta mañana mi madre ha tenido que ayudarlo a ordeñar — desvió la mirada hacia Kier, con un brillo de curiosidad en sus ojos azules —. Hola.

Kier se había colocado justo detrás de ella. Shahna podía percibir su presencia sin tener que volver la mirada. No tuvo más remedio que presentarlos.

— Kier es un amigo de Australia — explicó —. Kier, te presento a Ace McKenzie, el hijo de mi casero.

Se adelantó para estrecharle la mano:

— Yo puedo ayudarte con la valla.

— Pero si tú no tienes experiencia... — se apresuró a objetar ella.

Kier le lanzó una mirada maliciosa antes de volverse hacia el joven:

— Seguro que Ace podrá enseñarme.

—Desde luego —asintió, feliz—. Y te agradezco la ayuda.
—Pues vamos entonces.

Kier ayudó a Ace a descargar los postes de la camioneta. Trabajaron codo a codo, haciendo los agujeros y enterrando los postes. Samuel, encaramado a la rodilla de Shahna mientras esperaba sentada en los escalones del porche, contempló admirado tanta actividad... hasta que quiso participar y ella tuvo que llevárselo dentro, a pesar de sus protestas.

Kier alzó la mirada cuando la puerta se cerró a su espalda, ahogando los indignados sollozos del bebé. El sol le abrasaba la espalda y tenía la camiseta empapada de sudor, pegada a la espalda. Pensó en imitar a Ace y quitársela, pero a esa hora del día probablemente se quemaría, arriesgándose a contraer un cáncer de piel.

—¿Me sostienes esto? —le pidió el joven, y Kier se volvió para sostenerle una barra de metal mientras él la clavaba en tierra.

A pesar del calor, estaba disfrutando del trabajo físico. No tenía la potencia muscular de Ace, pero había conservado una buena forma física haciendo un poco de deporte y algo de musculación en el gimnasio. Al cabo de un rato Shahna volvió a salir con una botella de cerveza y dos jarras.

Ace se incorporó, enjugándose el sudor de la frente con su manaza, sonriendo.

—Qué detalle, Shahna. Justo lo que necesitábamos.

Kier se bebió su jarra mientras ella esperaba, y se la devolvió vacía. Pero ocurrió que uno de ellos hizo un mal movimiento y la jarra se cayó al suelo, afortunadamente sin romperse.

—Ha sido culpa mía —se apresuró a recogerla, y la de Ace también.

—¿Dónde está Samuel? —quiso saber Kier.

—Jugando en su habitación —observó el trabajo que habían hecho—. ¿Comemos dentro de una hora? Primero le daré de comer a Scamp y lo acostaré.

—Yo puedo irme a comer a casa —pronunció Ace.

—¡No! —se apresuró a exclamar con sospechoso apresuramiento—. No es ninguna molestia, y dado que estás aquí, bien podrás comer... con nosotros.

Cerca de una hora después, cuando todos los postes estuvieron clavados, Ace los examinó con ojo crítico y se volvió hacia Kier:

—¿Qué tal un chapuzón antes de comer? —señaló con la cabeza las frescas e invitadoras aguas de la bahía.

—No he traído traje de baño.

Ace le sonrió:

—Para eso no se necesita ningún traje. Quítate los pantalones y ya está, hombre... —y se agachó para desatarse los cordones de las botas. Al ver que Kier miraba hacia la casa, añadió—: Supongo que llevarás algo debajo, ¿no?

«¡Qué diablos!», se dijo Kier. Demasiadas veces lo había visto Shahna con menos ropa que los calzoncillos negros que llevaba debajo. Segundos después ya se estaban zambullendo al lado de embarcadero.

Cuando al cabo de unos minutos se sentaron en el muelle, Shahna los estaba esperando con dos toallas. Ace se sacudió la melena, y ella soltó una exclamación cuando le salpicó la blusa.

—¡Vaya, lo siento! —se disculpó, aceptando la toalla—. Gracias —y empezó a secarse enérgicamente la cabeza.

Shahna le tendió la otra toalla a Kier.

Involuntariamente, se dedicó a admirar el camino que recorrió una gota a lo largo de una mejilla hasta desaparecer bajo el escote de su blusa. Fascinado, vio que el agua le había empapado el frente de la camisa, a la altura de un seno, dibujándole el pezón. Cuando volvió a alzar la mirada, descubrió una expresión anhelante en su rostro. Una

expresión de deseo impotente e insatisfecho.

La rápida reacción de su cuerpo lo obligó a cubrirse apresuradamente con la toalla, a la vez que experimentaba un sentimiento triunfal, de victoria. Shahna lo había abandonado inexplicablemente, pero seguía deseándolo.

En aquel instante tomó una decisión: la de no abandonarla sin más en aquel extraño y aislado mundo en el que se había refugiado. Siempre habían compartido una maravillosa relación sexual, algo que no podía ser descrito con palabras. Tal vez ella hubiera renunciado a eso, pero él no podía. Y ahora que la había encontrado, aún menos.

Shahna se volvió, sofocada por la reacción que le había suscitado Kier. Sabía además que él lo había visto, reaccionando a su vez en consecuencia.

Tenía que pensar en Samuel. Ya no era una mujer soltera y libre de responsabilidades, cuyos errores solamente repercutieran en su persona. Tenía la enorme responsabilidad de criar y educar a un hijo. Y debía sopesar todos y cada uno de sus actos en relación con ese objetivo.

Tal vez Kier hubiera estado deseoso de hacer «lo correcto» cuando, en un principio, pensó que el bebé era suyo. Pero ella ya le había asegurado que no era el padre de Samuel, aligerándolo de cualquier deber moral, así que no podía esperar ninguna ayuda por su parte. Cuidar del bienestar de Samuel era un asunto exclusivamente suyo. Como siempre lo había sido.

Kier se cambió en el cuarto de baño. Ace, negándose a sentarse a la mesa con sus pantalones cortos mojados, se instaló en los escalones del porche con el plato que Shahna le había preparado: carne fría, queso y ensalada, con varias rebanadas de pan crujiente.

—¿El pan es casero? —le preguntó Kier mientras cortaba una

rebanada.

Shahna asintió. Aunque vendían pan en la tienda del pueblo más cercano, le gustaba hacer el suyo en casa, a su gusto.

—Delicioso —comentó Kier después de probarlo—. Tus talentos son infinitos...

Le lanzó una mirada sospechosa, aunque no había sarcasmo alguno en su expresión.

—Y también hace una tarta de chocolate estupenda —intervino Ace desde el porche.

—¿Tarta de chocolate?

A veces lo había invitado a cenar en casa, o preparado comida para amigos. Pero no recordaba que supiera o le gustara hacer tartas caseras.

—Es que Ace es muy goloso... —repuso Shahna, modesta.

¿Así que le había hecho tartas caseras a Ace? ¿Con mucha frecuencia? Kier se volvió para mirarlo. Sus anchas y bronceadas espaldas se recortaban en el umbral, con su melena decolorada por el sol. Indudablemente, con aquellos ojos azules de mirada inocente y su luminosa sonrisa debía de gozar de mucho éxito entre las mujeres...

¿Con Shahna también? Aquella mañana se había sentado en el porche a verlos trabajar, y siempre que había alzado la mirada la había sorprendido mirando a Ace, y no a él. Se preguntó con cuánta frecuencia la visitaría en la cabaña...

En cualquier caso Samuel parecía conocer perfectamente a Ace, porque en aquel momento lo estaba llamando mientras lo señalaba con el dedo:

—Ae... Ae...

—¡Hola, Scamp!

Los ojos de Samuel también eran azules. ¿Sería posible que Ace...? Miró al joven y luego a Shahna. Ella le había dicho que no

había pretendido desde un principio criar a Samuel sin un padre al lado, pero también que no estaba viviendo con ningún hombre. ¿Cómo podían encajar dos declaraciones tan contradictorias?

Mientras Kier se volvía para mirar a Ace con una expresión extrañamente tensa, Shahna, a su vez, se dedicó a observarlo, al otro lado de la mesa. Estaba todavía más atractivo de lo que recordaba. Abandonarlo había sido lo más duro que había tenido que hacer en su vida. Y ahora, cuando creía haber dejado atrás todo aquel dolor y aquella angustia, regresaba de pronto a su vida...

Aquella mañana, por ejemplo, había sido incapaz de resistir la tentación de admirarlo mientras trabajaba. No era en Ace en quien se había fijado, sino en él, atraída por la gracia y la elegancia masculinas de su cuerpo esbelto. Lo había contemplado fascinada, acribillada por recuerdos que le habían acelerado el pulso. Y procurando desviar la vista cada vez que había levantado la mirada hacia ella.

Los dos hombres volvieron al trabajo mientras Shahna fregaba los platos. Luego estuvo trabajando media hora en su estudio antes de levantar a Samuel de su camita y colocar una protección en el umbral de la puerta, para que pudiera verlos mientras ella preparaba una tarta.

A media tarde la valla de tela de alambre ya estaba instalada, protegiendo la parte delantera de la cabaña de las ocasionales incursiones del ganado de la granja.

—Ya está. Así el pequeño podrá salir a gatear por aquí —declaró Ace, satisfecho—. Y sin miedo a que se produzca un accidente con el ganado.

El toque final fue la instalación de una puerta con un cierre a prueba de bebés. Lo celebraron con más cerveza y sendas porciones de la tarta de chocolate que acababa de hacer Shahna. Poco después Ace recogía sus herramientas y se marchaba en su camioneta.

—Gracias por tu ayuda —le dijo Shahna a Kier mientras recogía los vasos—. Er... ¿quieres darte una ducha antes de irte? —miró su camiseta y sus vaqueros, manchados de tierra—. Si me dejas la ropa

en la puerta, te la lavaré.

Eso significaba que tendría que quedarse un par de horas, hasta que se le seicara la ropa y pudiera llevársela. La perspectiva no era de su agrado, pero era lo menos que podía hacer con él. Al ver que vacilaba, insistió:

—Te lo debo.

—No me debes nada —replicó él—. Pero te lo agradezco.

Para cuando salió del cuarto de baño vestido con otros vaqueros, Shahna ya había puesto a funcionar la lavadora. Samuel se hallaba en el salón, caminando torpemente del banco a la silla y luego al sofá, intentando agarrarse a algo. Cuando oyó entrar a Kier se volvió para mirarlo y perdió el equilibrio, aterrizando con el trasero en el suelo. Inmediatamente se puso a llorar.

—¿Se ha hecho daño? —inquirió mientras Shahna lo levantaba.

—No, sólo está un poco irritable porque le están saliendo los dientes. ¿No irás a darme más trabajo hoy, verdad, Scamp?

—Yo lo vigilaré —se ofreció Kier.

Le lanzó una mirada entre sorprendida y desconfiada:

—No puedo aprovecharme...

—No lo haría si no quisiera.

Shahna no podía recordar una sola vez que hubiera hecho algo que no quisiera. ¿Pero por qué quería hacer aquello?

—Tú no estás acostumbrado a tratar con bebés —le recordó, desgarrada entre el estúpido deseo de aprovechar todo lo posible el tiempo que él estuviera allí y temerosa al mismo tiempo de lo que pudiera descubrir acerca de sus sentimientos.

—Pero tú estarás aquí, ¿no? Si tenemos algún problema, te llamaremos, ¿verdad, Sam?

Extendió los brazos hacia el bebé. Samuel lo miró receloso por un instante, pero a continuación exclamó con tono alborozado:

—¡Kee!

Dudosa, Shahna lo depositó en sus brazos.

—No sé si...

—Estará perfectamente. Y si no es así, te llamaré —le prometió Kier.

—Tu ropa. Iba a tenderla fuera.

—No, deja. Ya lo haré yo luego.

Samuel señaló con gesto imperioso el cesto de sus juguetes, que se hallaba encima del banco.

—¿Quieres jugar? —le preguntó Kier—. De acuerdo, vamos allá.

Ambos parecieron olvidarse de Shahna, así que se retiró al taller, algo inquieta. Le costó concentrarse mientras trenzaba hilo de plata para ensartar las cuentas de ámbar. Poco a poco, sin embargo, el trabajo empezó a absorberla. En un determinado momento oyó la voz de Kier. Se asomó al umbral y lo vio disponiéndose a tender la ropa, con Samuel sentado a sus pies. Kier había encontrado la cesta de pinzas que colgaba del tendal, e inadvertidamente la había dejado al alcance del bebé.

—Error —murmuró Shahna, y no pudo evitar sonreírse cuando Samuel lanzó al aire la cesta y el suelo quedó regado de pinzas.

Kier se echó a reír, y soltó otra carcajada al ver que Samuel se esforzaba por recoger una y se la ofrecía.

—Gracias, amigo —le dijo mientras aceptaba la pinza y tendía una toalla.

Shahna lo observó durante un rato antes de volver al trabajo, con un nudo en la garganta. Sentía una inmensa tristeza que se mezclaba, confundiéndola, con el innegable placer que le había producido verlo de nuevo.

Poco después Kier aparecía en la puerta, con el bebé en brazos.

—Creo que necesita que le cambien el pañal —la informó. Mientras Shahna se disponía a ocuparse de ello, le preguntó—: ¿Te importa que mientras tanto eche un vistazo al taller?

—Para nada —respondió tras una ligera vacilación, entrando con el pequeño en la cabaña.

Kier paseó por la pequeña habitación. Los alicates que había estado usando Shahna descansaban sobre un rústico banco de carpintero, bajo la única ventana. Había toda clase de herramientas colgadas en las paredes y un armario alto ocupaba una esquina.

Una colección de fotografías cubría casi enteramente un gran tablero de corcho. Paisajes, imágenes de manantiales, de olas del mar, de dibujos en la arena, mezclados con primeros planos de helechos y musgos, hojas y flores. Y muestrarios de collares, pendientes, prendedores y pulseras, evidenciando su inspiración en los modelos de la naturaleza.

Reconoció el collar que había llamado su atención en el aeropuerto, de titanio trenzado con cuentas verdes y blancas de diferentes tamaños, de una rara belleza. Cuando vio la etiqueta con el nombre de Shahna había experimentado una sensación muy extraña, como si se hubiera topado de bruces con el destino. Llevaba meses diciéndose a sí mismo que lo había superado.

Hasta que su nombre grabado en aquella tarjeta le demostró que no era así.

Capítulo 4

Le habían entrado ganas de suspender sus compromisos y encontrar a Shahna. En lugar de ello, sin embargo, se había convencido de que debía tranquilizarse, terminar rápidamente lo que había venido a hacer a Auckland y luego salir a buscarla.

Examinó un tarro de cristal lleno de diminutas veneras. Había más conteniendo pequeños fragmentos de cristal, pedazos de ámbar sin pulir, piedras de colores, incluso trozos de porcelana antigua. Sonrió al recordar su fascinación de siempre por las tiendas de antigüedades y los mercados de segunda mano, donde le gustaba comprar cosas sin ninguna utilidad aparente.

Solía convertir viejas y rotas piezas de joyería antigua en pulseras y pendientes de lo más original. Recordaba también la gran venera llena de cristales de colores que tenía en el alféizar de la ventana de su cuarto de baño, reflejando los rayos del sol de la mañana. Una vez se había enamorado de un viejo mantón de seda, que había colgado encima de su cama, formando artísticos pliegues. Se preguntó si todavía lo conservaría, y si aún seguiría colgando sobre su cama.

Al oír su voz, se asomó por la ventana abierta. La ventana de la cabaña estaba tan cerca que desde donde se encontraba podía ver una esquina de la camita del niño, y a Shahna inclinada sobre él. Aunque no podía ver a Samuel, oía sus risas. Parecían tan felices los dos... De repente Shahna alzó la cabeza y lo sorprendió mirándola.

Algo azorado, levantó una mano a modo de saludo. Ella bajó la vista y se volvió. Minutos después estaba de vuelta en el estudio, con Samuel en los brazos.

–Gracias por habérmelo cuidado antes, pero se está acercando la hora de su merienda. No hay necesidad de que te quedes más tiempo.

–Debe de ser difícil trabajar y cuidar a un bebé a la vez.

–Cuando se queda dormido es cuando más trabajo. Y mientras no utilice ácidos ni soldadura, puede jugar perfectamente aquí mientras yo estoy ocupada.

Kier lanzó una mirada a su alrededor.

— Veo que has convertido una afición en un arte.

— Hice un curso de seis meses con un profesor magnífico —le explicó—. Y he recibido ayuda de los artistas locales. Me han apoyado mucho.

— ¿No sería más fácil que te consiguieras un mercado en la ciudad?

— Hice algunos contactos en Auckland antes de venirme. Lo suficiente para empezar.

— ¿Esas fotos son tuyas? —señaló las que tenía pinchadas en el tablero de corcho.

— Sí. Fotografíe todas mis obras antes de venderlas. Tengo un álbum en ese cajón de allí.

Kier abrió el cajón de la cómoda y sacó un gastado volumen encuadernado en piel.

— ¿Éste?

— Sí. Míralo si te apetece mientras le preparo a Samuel algo de merendar.

— Mientras tanto puede quedarse conmigo, si quieres.

Shahna le lanzó una extraña mirada, y sacudió la cabeza.

— Ya te hemos molestado demasiado.

Se sintió como si lo hubiera abofeteado. Cuando Shahna volvió a entrar a la cabaña, estuvo a punto de seguirla para provocar una discusión. Pero, en lugar de ello, se concentró en el álbum.

Shahna casi se arrepintió de haber invitado a Kier a hojear el álbum, aunque se sentía satisfecha de su trabajo y quería que lo supiera. Verlo curioseando en su taller había logrado ponerla nerviosa.

Cuando volvió a reunirse con ellos, le estaba dando medio plátano a Samuel y retirando su cuenco vacío de cereales.

—Estoy impresionado —pronunció, haciéndola sentirse ridículamente orgullosa y feliz. Sabía que era buena, y gente con mucho mayor conocimiento que él así se lo había dicho. Aun así, aquel elogio le agradó mucho más que cualquier otro que hubiera recibido.

—Gracias.

—Si no te importa, dejaré mi ropa secándose aquí para recogerla mañana.

—¿Mañana? Yo creía que te marchabas hoy.

—No —la miró entrecerrando los ojos, a la espera de su reacción—. Me quedo.

—¿Te quedas? —Shahna se lo quedó mirando de hito en hito, con el corazón en la garganta—. ¡No puedes quedarte aquí!

—Ace me ofreció antes una cama en la granja. La hospitalidad de Hokianga es legendaria, según me comentó.

Sí que lo era, pensó Shahna, aunque no había contado con que Ace haría gala de ella tan rápidamente con Kier. En cualquier caso, sus padres estarían encantados de acogerlo.

—Me dijo que me esperaban a cenar —añadió.

Ace le había dicho que a no ser que tuviera intención de quedarse en la cabaña, podía quedarse perfectamente en su granja.

—Pero Shahna sólo tiene dos dormitorios, y en nuestra casa hay espacio de sobra —le había comentado, mirándolo de reojo.

Kier no pudo menos que preguntarse si aquella invitación no sería un medio de descubrir qué tipo de relación lo unía con Shahna. O incluso de asegurarse de que no pasara la noche con ella... Pero Ace se había marchado de buen humor, después de haberle dicho que lo esperaban a cenar. Y en absoluto se había comportado como un amante celoso.

Shahna observó marcharse a Kier hasta que lo perdió de vista entre los árboles. Se dijo que a la mañana siguiente le entregaría su ropa limpia y le dejaría muy claro que no tenía ningún interés por él, antes de despedirse para siempre. No importaba que esa simple perspectiva le provocara un nudo en la garganta que amenazara con ahogarla. Y que aquella misma noche soñara con él: agitados sueños eróticos que le impidieron descansar bien, dejándola insatisfecha.

Por la mañana. Samuel quiso explorar inmediatamente sus nuevos dominios, protegidos por la valla. Pero antes Shahna quería limpiarlo de excrementos de oveja. Estaba ocupada en ello con un rastrillo de bambú, con el bebé observándola en la puerta, cuando apareció Kier.

Estaba tremendamente atractivo con sus vaqueros nuevos y una camisa azul algo más oscura que el color de sus ojos. Antes de que Shahna tuviera tiempo de recuperar el aliento y darle los buenos días, ya le había quitado el rastrillo de las manos.

– Yo lo haré.

– Puedo hacerlo yo.

Pero ya estaba afanado en la tarea, y Samuel escogió aquel momento para protestar por verse marginado de semejante diversión.

– Encárgate tú de Sam – le dijo Kier.

«Como si no lo estuviera haciendo ya», pensó Shahna, algo molesta, mientras se acercaba a tranquilizar al bebé. Enseguida volvió con él en brazos.

– ¿Qué quieres que haga con todo esto? – le preguntó cuando terminó de amontonar los excrementos.

– Meterlo en una bolsa y añadirlo a mi compost. Ahora que ya tenemos una valla, quiero hacer un jardín de flores delante de la casa.

– El suelo es bastante duro – lo sabía a ciencia cierta, después de

todos los agujeros que había tenido que cavar el día anterior.

—Pero es fértil. Hay mucho estiércol de oveja y el de mis gallinas. Morrie me prometió que me traería serrín.

—¿Tienes una pala?

Se la consiguió y le sostuvo una bolsa para que vertiera en ella el estiércol de oveja. Luego él se la cargó a la espalda y la mezcló con el compost. Después de aquello, lo menos que puso hacer Shahna fue ofrecerle una taza de té.

Mientras Samuel masticaba un pedazo de tostada sentado en su trona, ella le preguntó:

—¿Cómo tiene la mano Morrie?

—El aspecto no es bueno. Alison insistió en llevarlo a revisión esta mañana.

Shahna estaba segura de que tenía que dolerle mucho para haberse dejado convencer. Seguro que estaba bastante preocupado.

—Pobre Morrie. Llamaré a Alison más tarde.

—¿Estás muy unida a... la familia? —quiso saber Kier.

—Se han portado muy bien conmigo, e intento compensarlos siempre que puedo.

—No puedes tener muchos amigos en un sitio como éste.

—Conozco a la mayor parte de la gente del pueblo, al menos para saludarlos. Y hay un grupo de actividades lúdico-educativas para niños de edad preescolar, al que llevo a Samuel dos veces por semana. También es una manera de relacionarme con otras madres.

—¿De veras?

—Es bonito hablar con gente con intereses similares a los tuyos.

—¿Similares, dices? —repitió, incrédulo.

—Todas tenemos hijos pequeños, para empezar —le recordó con tono cortante—. Pero también hablamos de muchas otras cosas: de libros, de arte, del sistema educativo, de las noticias de la radio...

– Estoy seguro de que debe de ser muy estimulante.

– Puede que a ti te parezca aburrido, pero...

– Eso no encaja contigo –la interrumpió–. A no ser que hayas cambiado mucho.

– Un hijo te da una perspectiva completamente diferente de la vida.

Kier frunció el ceño, perplejo.

– Pero no cambia la vida de la gente de una manera tan radical.

– Supongo que no –admitió Shahna–. Pero eso es lo que me gusta a mí... y a Scamp.

Al oír su apodo, Samuel empezó a golpear la bandeja de su trona. Shahna le ofreció otro pedazo de tostada pero lo rechazó, arrojándola al suelo. Suspirando, le desabrochó el cinturón y lo levantó de la silla. Kier también se levantó.

– Yo te cavaré el jardín.

– No hay necesidad...

Pero no la escuchó y se puso manos a la obra.

Ciertamente lo hizo más rápido y con menos esfuerzo de lo que a ella le habría costado. Shahna convenció a Samuel de que no lo ayudara y lo distrajo en la cabaña con sus juguetes. Una hora después vio que Kier ya estaba terminando.

– Te lo agradezco mucho –le dijo, sincera.

– No he sudado ni una gota –clavó la pala en la tierra. Mentía. Tenía la frente perlada de sudor.

Se lo enjugó con el brazo y sonrió, consciente de que no había utilizado la expresión adecuada. Estaba tan atractivo... Shahna lo miró conteniendo el aliento, con el corazón acelerado. Le extrañaba aquella sonrisa de pura felicidad en él. Siempre había sido demasiado dado a escatimar las sonrisas...

No pudo evitar sonreírle a su vez. Tenía los ojos más azules que nunca, y el sol arrancaba reflejos cobrizos a su pelo oscuro.

—Por supuesto, si realmente quieres agradecermelo... — pronunció con tono suave, y dio un paso hacia ella.

Shahna sabía que debería haber protestado, o al menos darle la espalda. Pero en lugar de ello se quedó esperando mientras Kier inclinaba lentamente la cabeza hacia ella. Cerró los ojos e involuntariamente entreabrió los labios bajo su cálida presión.

Todo a su alrededor desapareció mientras la boca de Kier obraba la familiar magia, acelerándole el pulso y haciéndola estremecerse de anticipación. Shahna alzó las manos y las posó sobre su pecho, luchando contra el impulso de abrazarlo. En lugar de ello, y haciendo un esfuerzo supremo, lo empujó firmemente y apartó la boca.

Las manos de Kier se tensaron por un instante en su cintura antes de soltarla. Se miraron fijamente. En sus ojos ardía un brillo de satisfacción, mientras que ella estaba ruborizada.

Shahna tragó saliva, incapaz de desviar la mirada. Aturdida, sacudió la cabeza. Al ver la sonrisa de Kier, pensó en lo diferente que era de la que había esbozado antes. Era una sonrisa concedora, confiada, viril. Y problemática. «Debo de estar loca», pensó. ¿Por qué diablos había consentido que le hiciera eso?

—Supongo que querrás tu ropa —murmuró, esforzándose por disimular su reacción ante aquel beso—. Ya está seca.

—Si hay algo más que necesitas que te haga...

—Ya has hecho suficiente —replicó con voz ronca—. Y has cobrado por ello.

Se arrepintió nada más decirlo. Kier sonrió de nuevo, mirándola con expresión divertida.

—El trabajo lo merecía.

Estaba indignada. ¿Acaso todo aquello no había sido más que un juego para él? El hecho de haber venido allí, trastocando su equilibrio emocional tan duramente conseguido, entrometiéndose en la vida que había construido para Samuel y para ella... ¿todo eso no había sido más que un simple capricho?

—Voy a por tus cosas —pronunció, volviendo a entrar en la cabaña.

Kier entró detrás de ella. Samuel estaba concentrado en sus juguetes, y no se dio cuenta de nada. Shahna recogió la ropa que había dejado encima de la lavadora, bien doblada, y se volvió para entregársela.

Pero en el instante en que Kier le tendió las manos, con las palmas boca arriba, se quedó paralizada, mirándoselas. Él también se las miró. Tenía la piel enrojecida, con ampollas reventadas.

—No es para tanto.

—¿Cómo que no es para tanto? —exclamó ella—. ¿Te has puesto algo?

—Anoche, cuando se me abrieron las ampollas, me puse un poco de desinfectante. Y Alison me dio pomada.

¡Pero luego se había puesto a cavar el jardín aquella misma mañana!

—¿Qué diablos estás intentando demostrar? —le espetó, furiosa.

—Aparte del hecho de que no estoy acostumbrado al trabajo físico... —repuso, irónico—, nada. Ahora bien, no me habría gustado nada que esto te hubiera sucedido a ti.

Así que se había ofrecido a cavarle el jardín al ver lo decidida que había estado a hacerlo ella misma... Kier se dispuso nuevamente a recoger su ropa.

—Gracias por lavármela —le dijo, pero no se movió, de modo que Shahna se encontró acorralada contra la lavadora. Había dejado de sonreír y la estaba mirando intensamente, muy serio—. Volveré.

—¿Qué? —le preguntó, abriendo mucho los ojos.

Kier frunció el ceño.

—¿Por qué estás tan asustada?

—¡No estoy asustada! —exclamó, desgarrada entre una absurda esperanza y la perspectiva de un futuro desengaño—. Simplemente

no entiendo por qué estás tan empeñado en volver y quedarte aquí...

— ¿Por qué te sorprende tanto? —inquirió, exasperado—. Jamás habría imaginado que tuvieras la autoestima tan baja.

— ¡Mi autoestima está perfectamente, gracias! Ya te lo dije antes. He cambiado.

— Algunas cosas no cambian nunca —su mirada se detuvo en sus labios antes de añadir con tono suave—: ¿Verdad qué no?

¿Qué sentido tenía discutir con él? De todas formas se iba a marchar, y una vez que regresara a su mundo y se dejara absorber nuevamente por su trabajo, volvería a olvidarse de ella. Después de todo, no se había preocupado por buscarla hasta que descubrió casualmente aquella joya suya en la tienda del aeropuerto.

— Me ha alegrado verte —le dijo con un tono de distante cortesía—, pero no esperaré ansiosa tu próxima visita, eso te lo aseguro. Que disfrutes de tu vida, Kier —tuvo que desviar la mirada para que no descubriera el brillo de tristeza que asomó a sus ojos.

— Eso es lo que pretendo hacer. ¿Puedes tú decir lo mismo?

— Yo estoy muy contenta con la vida que llevo. Tengo todo lo que necesito.

— ¿Incluido un amante?

— Como te dije antes —lo fulminó con la mirada—, no necesito un hombre.

— Eres una mujer muy apasionada, Shahna, y lo sabes. ¿Cuánto tiempo crees que podrás aguantar sin sexo?

— Todo el que quiera —replicó desafiante—. Hay muchos otros placeres en la vida.

— Pero ninguno como ése —se echó a reír.

Samuel los interrumpió en aquel momento. Ya había terminado de guardar los juguetes en su cesto cuando, al sacudirlo con fuerza, se le cayó al suelo. Fue a rodar hasta los pies de Kier.

Shahna se agachó para levantar al pequeño, como si quisiera

protegerse con él.

—Ma-má —balbuceó el bebé, agarrándola del pelo.

Kier se hizo a un lado, permitiéndole pasar al salón. Shahna se recordó que su hijo era lo más importante de todo. El sexo no era nada comparado con aquel deleite, con aquella emoción. Él era el centro de su mundo.

Mientras tanto Kier se los había quedado mirando con una expresión extrañamente triste, pensativa.

—Entonces me voy.

Shahna asintió con la cabeza, sin atreverse a decir nada. Vio que se acercaba a ellos, de camino hacia la puerta.

—Hasta la vista, Scamp —se despidió del bebé.

Shahna se tensó ante la intensidad de su mirada.

—Y hasta la vista a ti también.

No quiso verlo marcharse. Cuando estuvo segura de que había desaparecido, soltó el aliento que había estado conteniendo hasta ese instante. Samuel le dio unas palmaditas en la mejilla:

—Ma-má.

—Lo siento, cariño —le sonrió, tensa. Se estaba quejando. No se había dado cuenta de que lo había estado abrazando con demasiada fuerza...

Algo más tarde telefoneó a la granja para preguntar por Morrie.

—Está en el hospital —la informó Alison—. En Kaitaia. Es una infección muy mala e incluso puede perder la mano.

Shahna soltó una exclamación de asombro.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Gracias, querida, pero tienes un bebé del que cuidar. Tu amigo Kier se quedará unos días con nosotros para ayudarnos.

Sintió una punzada de alivio a la vez que de consternación. No había esperado volver a verlo.

—Dice que aprende rápido —le estaba diciendo Alison—, y que está deseando intentarlo. Ace cree que puede sernos muy útil.

—Bueno... avisadme de todas formas si puedo ayudaros en algo.

Después de colgar, se quedó durante unos segundos de pie, con la mirada perdida. Así que Kier no se había marchado, después de todo. Lo cual no significaba que tuviera que verlo.

Pero lo vio, al día siguiente. Mientras Samuel dormía la siesta, Shahna estaba trabajando con la azada en el nuevo jardín cuando de repente apareció. Llevaba una caja de cartón de la que asomaban unas hojas verdes.

—Alison te ha mandado esto —bajó la caja—. Yo le dije que querías plantar un jardín de flores.

—Es muy amable, pero con Morrie en el hospital seguro que no tiene tiempo para...

—Creo que está intentando distraerse. Ha estado quitando hierbas frenéticamente y podando toda la mañana, pero ahora mismo acaba de salir con Ace para el hospital.

Alison era una gran jardinera que conservaba el terreno de alrededor de la granja lleno de flores durante todo el año. La admiración y una sana envidia habían impulsado a Shahna a plantar un jardín propio. La caja contenía esquejes de raíz, tubérculos y bulbos para plantar.

—¿Dónde está Samuel? —le preguntó Kier mientras ellas se agachaba para examinarlos.

—Dormido —sacó una raíz—. Éstas son estupendas.

—Me dijo que no había ninguna con espinas, por el bebé —la miró frunciendo el ceño—. ¿Nunca te pones guantes cuando trabajas?

Shahna pensó que él no tenía ninguna autoridad para hacerle comentarios al respecto, a juzgar por el estado de sus manos el día anterior.

—A veces —se había hecho algunas ampollas cuando sembró el huerto en la parte trasera de la cabaña, pero con el tiempo se le habían endurecido las palmas de las manos y no manejaba bien la azada con los guantes.

—¿Alison no te ha contado lo que le pasó a Morrie?

—Me dijo que tenía una grave infección —respondió ella.

—Streptococcus pyogenes. Al parecer es muy común en la tierra de por aquí, y puede penetrar en el sistema sanguíneo mediante el pinchazo de una espina, o con la herida de una astilla, como efectivamente así ocurrió. Habría podido morir si Alison no lo hubiera llevado a tiempo al hospital.

«¿Por una simple astilla?», se preguntó Shahna, asombrada.

—Alison debe de estar muy preocupada. A mí me comentó que puede perder la mano. Y que tú pensabas quedarte un tiempo con ellos —se interrumpió—. Unas vacaciones bastante extrañas, ¿no?

—Es un cambio de ambiente —admitió Kier—. Y, de hecho, lo estoy disfrutando en plan masoquista.

Shahna no pudo reprimir una sonrisa.

—Tú no eres ningún masoquista.

—Yo tampoco habría pensado eso de ti —repuso con un brillo en los ojos—. Supongo que no tendrás intención de enterrarte de por vida en este lugar...

—¿Enterrarme, dices? Me siento más viva que nunca.

—¿De veras? —el brillo de su mirada se intensificó.

Una atropellada oleada de eróticos recuerdos cruzó por su mente, acelerándole el corazón. Cerró los puños.

—He aprendido... que en la vida hay más cosas que el éxito profesional, el dinero y... el sexo.

—¡Aleluya! —se burló—. ¿Crees que el resto de los mortales no sabemos eso?

—Yo no estoy te juzgando a ti. Ni a nadie.

—¿Tú crees?

—Esto no tiene nada que ver contigo, Kier. Así es como he decidido vivir mi vida, y punto.

—¡Pero saliendo de la mía!

—No tenía otro remedio —¿pensaría acaso que le había resultado fácil?

—¿Sin comentármelo siquiera? ¿Sin discutirlo conmigo?

—¿Qué sentido habría tenido eso? Ya había tomado una decisión.

—Tenías miedo de que pudiera convencerte de que cambiaras de idea, ¿verdad?

—No quería provocar una discusión. Y tampoco quiero provocarla ahora.

—Lo tuyo es más complejo que el súbito deseo de llevar una vida tranquila. Ese impulso... ¿te asaltó antes o después de conocer al padre de Samuel?

—Eso es asunto mío.

—¿Estabas enamorada de él? ¿Dónde está ahora? ¿Sabe que tiene un hijo?

—No quiero hablar de ello, ¿de acuerdo? —sentía una opresión en el pecho que amenazaba con ahogarla—. Y tú no tienes ningún derecho a hacerme todas esas preguntas.

—¡Estuvimos juntos durante tres años!

—Dormimos juntos —lo corrigió, para luego añadir con tono cortante—: Y ni siquiera lo hicimos, la mayor parte de las veces. Manteníamos relaciones sexuales, Kier. Y nada más.

—¡Éramos amantes! —exclamó, molesto—. Lo nuestro fue algo más que una simple aventura.

—Si no recuerdo mal, ni una sola vez me dijiste que me amabas.

Aquello lo tomó por sorpresa. Se dijo que, supuestamente, tenía

razón. Le había dicho que amaba su cuerpo, su risa, su desinhibida respuesta sexual... Pero las palabras «te quiero» nunca habían formado parte de su acuerdo.

— ¿Querías que te lo dijera?

Shahna esbozó una sonrisa extrañamente cínica.

— Por supuesto que no.

«Por supuesto que no», repitió Kier para sus adentros, presa de un irracional ataque de furia. Ella tampoco le había dicho nunca que lo amaba.

— Tú no estabas enamorada de mí —le recordó. No podía haberlo estado, vista la facilidad con que se había desentendido de él. Para hacer poco después el amor con otro hombre, además...—. ¿Lo estabas acaso?

— ¿Habría importado algo si hubiera sido así?

— ¡Tú a mí me importabas, y mucho! —le espetó, esquivando su pregunta—. ¿Por qué crees que te he seguido hasta aquí?

— Por curiosidad.

— ¡Más que eso!

— ¿Ah, sí? ¡No me digas que de repente sentiste un amor eterno e incondicional por mi persona y decidiste buscarme porque eras incapaz de vivir sin mí!

— ¿Es eso lo que te habría gustado? —seguirla había sido su primera e instintiva reacción. Había querido salir en su busca para exigirle una explicación. O para besarla y hacerle el amor apasionadamente, arrancándole la promesa de que volvería con él enseguida.

— ¡No! —Shahna sacudió enérgicamente la cabeza—. ¿Por qué crees que me he ido tan lejos? Jamás imaginé que me encontrarías aquí.

— ¿Por qué huiste de esa manera? Yo nunca te hice el menor daño.

—Sólo quería empezar de nuevo —desvió la mirada—. Un corte limpio con mi antigua vida. Sé que no lo comprendes. Tampoco es necesario.

—Quizá yo sí necesite comprenderlo.

—Pues en eso no puedo ayudarte.

Kier se la quedó mirando en silencio, frustrado y desconcertado. Una de las cosas que desde el principio lo habían intrigado de Shahna era la sospecha de lo que escondía detrás de aquella inmaculada apariencia. Siempre tan perfecta, tan profesional, tan segura de sí misma. Una imagen que había logrado preservar hasta la primera noche que compartieron juntos.

Había sospechado que detrás de aquella imagen tan elaborada existía una subterránea corriente de pasión. Y la había encontrado. Pero incluso mientras hacían el amor había percibido una extraña reserva en ella, casi como si estuviera insegura de sí misma y de sus reacciones, sorprendiéndolo con una súbita e inesperada ternura.

Acostumbrado a preocuparse del placer de su pareja antes que del suyo, se había mostrado especialmente cuidadoso. Y a su vez Shahna se había mostrado más confiada, más tranquila. Durante el transcurso de aquella noche, Kier había descubierto en ella una disposición cada vez mayor a iniciarse y a experimentar.

Pero a pesar de su cercanía física, nunca había considerado a Shahna un libro abierto. De alguna manera, algo en su interior se le había escapado, tenazmente esquivo. Ya durante aquella primera noche se había dado cuenta de que se trataba de una barrera difícil de vencer, pero había confiado en hacerlo con el tiempo.

Ahora, en cambio, tenía la impresión de que la conocía menos que nunca. Aquella barrera seguía en pie, rígida. Shahna no estaba dispuesta a explicarle realmente por qué se había marchado. Le había dejado muy claro que no le había gustado nada verlo, no había expresado más que alivio cuando creyó que se marchaba. Y seguía ocultándole la razón concreta que la había llevado a vivir tan lejos de Sydney.

Concentrada como estaba en los esquejes y bulbos que le había regalado Alison, Kier sintió un fuerte impulso de agarrarla de los hombros y obligarla a que respondiera a algunas preguntas. Como por ejemplo quién era el padre de Samuel y por qué se había acostado con él...

Pero, en lugar de ello, enterró las manos en los bolsillos y se limitó a preguntarle si quería que la ayudara a sembrar aquellas plantas.

—No, pero gracias. Antes quiero echar primero el compost.

—¿Tienes una carretilla?

—Hasta ahora no la he necesitado. Me las arreglaré bien.

Estaba claro que no quería su ayuda. Pero Kier no se había olvidado del beso del día anterior. Lo recordaba perfectamente.

—Entonces, si no quieres que te ayude... —se cruzó de brazos—. Me quedaré a observarte.

—¿Observarme? —parpadeó asombrada—. ¿Por qué?

—Porque me gusta mirarte —la desafió con la mirada—. Y recuerdo que antes también a ti te gustaba mirarme.

Implacable, vio cómo se ruborizaba. Sus ojos verdes brillaban como esmeraldas. Sabía que en aquel momento estaba evocando, como él, los momentos en que se había tumbado en la cama, mirándola mientras se desnudaba...

—No creo que sea una buena idea —murmuró con voz ahogada.

—Entonces déjame ayudarte.

—Pero tus manos...

—He traído guantes —sacó un par de gastados guantes de piel del bolsillo trasero del pantalón—. Ace me los ha prestado.

—¿No te necesitan en la granja?

—No hasta que vuelvan esta tarde. Hasta entonces no tengo nada que hacer.

–Si tan aburrido estás... – finalmente se encogió de hombros.

–En la granja tienen una carretilla. ¿Qué hay de ése serrín que te había prometido Morrie?

–Lo echaré al final, como mantillo.

Kier asintió:

–Entonces iré a por la carretilla. Ahora vengo.

Cuando volvió con la carretilla, advirtió que ella también se había puesto unos guantes. Juntos cargaron el compost y lo repartieron sobre el terreno recién trabajado, hasta que se despertó Samuel. A partir de entonces la tarea principal consistió en mantener al bebé lejos del jardín. Al final fue Kier quien terminó la tarea mientras madre e hijo observaban desde la puerta.

–Gracias otra vez –le dijo ella, viendo cómo guardaba las herramientas.

–No hay problema. Ya nos veremos.

«Eso no lo dudes», se prometió Kier mientras se alejaba empujando la carretilla. Porque estaba dispuesto a desvelar a como fuera el secreto que ocultaba.

Shahna se puso a sembrar las raíces y los bulbos una vez que hubo acostado a Samuel. El sol del crepúsculo había incendiado el cielo de tonos rojos. Para cuando terminó, ya estaba oscureciendo. Se sentó en los escalones del porche, disfrutando de la brisa y viendo salir las estrellas.

En las ciudades no había estrellas. Las luces artificiales las ocultaban. Además, nadie tenía tiempo para verlas. En aquel lugar había encontrado una paz, una tranquilidad de espíritu duramente ganado, pero la llegada de Kier amenazaba con romperla. Sabía que era perfectamente capaz de trastornar completamente su vida. Como ya había hecho una vez antes.

A la mañana siguiente, a Samuel le salió otro diente. Después de desayunar, Shahna se lo llevó a la granja, donde Alison la recibió en su enorme cocina. Tomaron té mientras la mujer la ponía al tanto de la evolución de Morrie y el pequeño gateaba por el suelo, jugando. Todavía seguían hablando cuando entraron Ace y Kier.

Mientras Alison se levantaba para servirles un té, Shahna se apresuró a terminar el suyo, deseosa de marcharse. Pero la mujer aprovechó aquel momento para preguntarle por el jardín y se ofreció a darle algunos consejos.

—Ace te llevará el serrín —le prometió—. Sólo tiene que recogerlo en el aserradero.

—Oh, Ace y tú ya estáis demasiado ocupados... —protestó Shahna—. No hay prisa ninguna.

—Yo podría llevárselo —se ofreció Kier—, mientras los dos vais a visitar a Morrie al hospital. A no ser que Ace quiera que haga algo más en la granja... —se volvió hacia el joven.

Ace negó con la cabeza.

—Buena idea. Llévate la camioneta. Yo te indicaré dónde está el aserradero.

—¿Por qué no lo acompañas, Shahna? —le sugirió Alison—. Tú podrás mostrarle el camino y Samuel se lo pasará muy bien con el viaje.

—Pero no puedo instalarle el asiento en la camioneta —objetó. La seguridad de su hijo era lo primero.

—Oh, vaya, no había pensado en eso... Pero me da cargo de conciencia que veas tan poco a tu amigo. Al fin y al cabo, Kier ha venido a visitarte.

—No tenía intención de quedarse —Shahna evitó la desafiante mirada de Kier—. Si Morrie no se hubiera puesto enfermo, a estas horas ya se habría ido.

—Aun así... —de repente tuvo una idea—. ¿Por qué no te vas con

él esta mañana a recoger el serrín mientras yo cuido de Samuel? Ace podrá prescindir de Kier por una hora o así, ¿verdad? —se volvió hacia su hijo.

—Claro —Ace sonrió a Shahna—. Ya sabes lo mucho que le gusta a mi madre estar con el pequeño. Además, ahora mismo, con lo que está pasando, necesita distraerse.

—Y la verdad es que a mí me gustaría quedarme con él...

Cuando Alison dijo eso, Shahna no tuvo más remedio que aceptar. Ace terminó su té y le entregó a Kier las llaves de la camioneta.

—Aquí tienes, amigo.

—Cuando quieras —se dirigió Kier a Shahna. Reacia, se levantó de la mesa y lo siguió al garaje. Mientras tanto, Alison se ocupó de distraer al bebé para que no se resintiera de su ausencia.

Subieron a la camioneta. Shahna lo guió hasta el pueblo y luego por una carretera de montaña, colina arriba, flanqueada de helechos y árboles. Cuando vio acercarse un camión en sentido contrario, Kier tuvo que apartarse y esperar a que pasase.

—Vaya carreteras tan estrechas que tenéis aquí...

—Al final terminas acostumbrándote a ellas —repuso Shahna—. Supongo que tendrás licencia para conducir este trasto, ¿verdad?

—Sí. La licencia que tengo me lo permite —le aseguró Kier—. ¿Tú sabes conducir?

—Nunca lo he intentado. ¿Por qué? ¿Quieres que conduzca?

—No. Pensaba que quizá no confiabas en mí.

—Confío en ti.

Le lanzó una rápida mirada.

—Antes solías, al menos.

Shahna desvió la vista. Kier no consiguió esquivar un bache, y el vehículo se desequilibró.

—Perdona.

—No es culpa tuya —repuso de manera automática.

—¿Y es culpa mía que hayas dejado de confiar en mí?

—¡Ya te he dicho que confío en ti!

—Entonces háblame de Samuel.

—Es mi hijo.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir, Shahna. ¿Cómo es que tuviste un hijo con otro hombre tan poco tiempo después de abandonarme? Otro hombre que no parece pintar nada en el paisaje de tu vida, por cierto. ¿Sabe acaso que es padre?

Shahna comenzó a retorcerse las manos en el regazo, nerviosa.

—Él no cree que Samuel sea suyo.

Vio que Kier tensaba las manos sobre el volante antes de frenar. Con un brillo de furia en los ojos, se volvió hacia ella.

—¿Pero qué clase de canalla...? ¿En qué diablos estabas pensando para relacionarte con un tipo así?

«Estaba pensando en ti», estuvo a punto de pronunciar en voz alta.

—No puedo echarle la culpa. Yo sabía lo que estaba haciendo.

Aunque ella misma tenía sus dudas. Quizá en aquel tiempo había sido completamente incapaz de pensar de una manera irracional.

—Están las pruebas —le recordó Kier—. Tú puedes demostrar que es el padre, obligarlo al menos a que asuma algún tipo de responsabilidad económica.

—No. No quiero volver a tener nada que ver con él. Prefiero criar a Samuel yo sola.

—Debió de haber sido una aventura muy corta —reflexionó Kier en voz alta, frunciendo el ceño. De repente su expresión cambió por completo, palideciendo mortalmente—. No te violaría, ¿verdad?

—¡No!

— ¿Entonces cómo pudiste...? — se interrumpió a mitad de frase.

¿Cómo podía haber hecho el amor con alguien tan poco tiempo después de haberlo abandonado? Kier la conocía algo, y sabía que nunca había tenido el menor interés por las aventuras breves, frívolas.

— Fue un encuentro fugaz, de una sola noche — pronunció Shahna con voz temblorosa y un nudo en la garganta—. Una aventura rápida, ¿de acuerdo? — lo miró desafiante—. Así que ya lo sabes.

Capítulo 5

No me lo creo –repuso Kier, rotundo. Eso habría sido algo completamente insólito en ella.

–Me da igual que te lo creas o no –se encogió de hombros.

–¡Eso no es propio de ti!

–¿Cómo lo sabes?

–¡Maldita sea, Shahna, te conozco bastante bien! Tú no eres el tipo de mujer que se acuesta con desconocidos –al menos de eso sí que estaba seguro.

–Yo no he dicho que fuera un desconocido.

–Has hablado de una aventura fugaz –desconcertado, se pasó una mano por el pelo. Nada de lo que estaba oyendo tenía sentido—. Pero tú me dijiste que habías planeado quedarte embarazada.

–Bueno, eso tampoco es tan difícil. Yo sabía cuándo era la ocasión adecuada.

¿Entonces lo había hecho deliberadamente, a conciencia? Una violenta punzada de rabia le hizo cerrar un puño, apoyándolo contra el volante. Se esforzó por dominarse. Se sentía herido, lastimado, humillado.

–Así que escogiste un semental para tu hijo, ¿eh? Espero que también buscaras en él algún tipo de cualidad moral.

Shahna esbozó una mueva, palideciendo. Evidentemente aquel comentario la había afectado.

–¡Oh, Diablos! Supongo que no debí haber dicho eso...

–¿Supones, dices? –se apresuró a reprocharle, lanzándole una mirada sarcástica.

–De acuerdo, no debí haberlo dicho –masculló, irritado.

De repente apareció un vehículo, en medio de una nube de polvo.

–¿No te parece que deberíamos continuar? –le comentó ella—.

Casi estamos bloqueando la carretera.

Kier arrancó de nuevo, rezongando. Durante un rato condujo en silencio, ceñudo. Cuando llegaron a un cruce, ella le indicó que girara a la derecha.

—Yo sólo quedan un par de kilómetros.

Poco después le señalaba un amplio portalón flanqueado de palmeras. Kier entró en un patio medio lleno de cargas de troncos y tablones cortados, aparcando al pie de un montículo de serrín. Un hombre calvo, vestido con un peto vaquero, salió para ver qué querían, y utilizó un dumper para llenar la tina de la camioneta. Al ver que Kier sacaba su cartera, se lo impidió con un gesto.

—No hace falta. Me viene bien desembarazarme de tanto serrín.

—Gracias —le dijo Shahna, sonriéndole.

En aquel momento Kier se dio cuenta de que a él no le había sonreído ni una sola vez desde que llegó. Era tan estúpido sentirse celoso de aquel desconocido...

—¿Ya habías estado aquí antes? —le preguntó mientras se marchaba.

—Cuando empecé con el huerto, vine aquí a hacer un par de viajes de serrín con el coche.

—Jamás te habría imaginado de jardinera. O cultivando un huerto.

—No soy ninguna experta, pero me encanta preparar y consumir las verduras que cultivo. Y además son buenas para Samuel, ya que se trata de cultivos ecológicos, sin insecticidas ni fertilizantes artificiales.

—¿Te has hecho ecologista?

—Prefiero no consumir venenos. Alison dice que las plagas todavía no han invadido mi huerto, pero dentro de un par de años seguramente sí. Para entonces, sin embargo, ya me habré familiarizado lo suficiente con la agricultura biológica para combatirlas de una manera natural.

¿Un par de años? ¿Realmente esperaba seguir allí para entonces?

— ¡Mira!

Kier frenó cuando una familia de codornices californianas pasó por delante de ellos. El ejemplar adulto, gris y con un bonete de plumas en la cabeza, cruzó seguido de una docena de polluelos. Shahna se echó a reír:

— ¿No son preciosos?

Por un instante, la tensión y la desconfianza que había sentido un momento antes se evaporó por completo. Kier no pudo reprimir una sonrisa.

— Desde luego — detuvo del todo el vehículo.

Unos de los polluelos se cayó en la carretera y se esforzó por levantarse. Los demás ya habían desaparecido entre los helechos, y el descarriado continuó en otra dirección.

— Se ha equivocado — comentó Shahna, preocupada—. Se perderá.

Tenía una mano en el picaporte de la puerta, pero Kier fue más rápido. Intentó dirigir al polluelo en la dirección acertada, pero el animalillo se escapaba a gran velocidad. Hasta que, con Shahna acorralándolo por un lado, pudo agacharse y recogerlo delicadamente.

— ¡Ten cuidado! — le dijo al ver a aquella temblorosa bolita de plumas entre sus dedos.

— Lo tendré — se acercó a la cuneta e, internándose en el borde del bosque, lo soltó. La diminuta codorniz se apresuró a seguir los pasos de su familia.

Al oír el rumor de un vehículo acercándose, Kier la urgió a subir de nuevo a la camioneta. Segundos después pasó un camión de reparto de leche y el conductor los saludó con la mano.

Nada deseoso de ponerla nuevamente a la defensiva, Kier derivó la conversación hacia temas tópicos, inofensivos. Le hizo preguntas sobre la zona e incluso le arrancó una carcajada cuando le relató su

incompetencia con las vacas.

–Creo que fue por eso por lo que Ace se puso tan contento de librarse de mí esta mañana. Se ha dado cuenta de que soy el granjero más torpe del mundo y prefiere hacerlo todo él solo.

–Pues Alison me dijo que para ser de ciudad estabas aprendiendo muy rápido. Y que no le tenías miedo al trabajo duro.

–Eso último sí que es verdad.

–¿No le tienes miedo a nada? –lo miró con curiosidad.

–Ahora mismo no se me ocurre ningún motivo de temor –por supuesto, no iba a hablarle del pánico que sintió cuando regresó aquel día a su apartamento y leyó su nota de despedida. Ni el vértigo que lo atenazó cuando, tras contactar con sus amigos y su jefe en la empresa, tomó conciencia de que había desaparecido de su vida de una forma deliberada, planificada a conciencia.

–Bueno, cuando era niño tenía pánico a las alturas –añadió—. El paracaidismo en caída libre me ayudó a superarlo.

Shahna abrió mucho los ojos.

–Recuerdo aquella foto que tienes con los socios de tu club... ¡Nunca me dijiste que aquello te daba miedo!

–Porque, al cabo de un tiempo, dejó de dármele. Y cuando dejó de dármele, lo abandoné.

–Una medida un poquito drástica... –murmuró Shahna.

Kier la dejó en la granja para que recogiera a Samuel, mientras Ace subía a la camioneta para descargar juntos el serrín. Para cuando ella llegó, ya casi habían terminado de amontonarlo a un lado del terreno.

Shahna se sentía extrañamente sola mientras veía desaparecer la camioneta entre los árboles. Por lo general disfrutaba enormemente de la paz y del silencio de aquel lugar, pero aquella última salida la había puesto nerviosa.

Samuel protestó cuando llegó la hora de su siesta de la tarde, hasta el punto de que tuvo que volver a levantarlo. Estuvo muy irritable durante el resto del día. Después de darle de cenar, lo acostó antes de lo habitual. De repente recordó que todavía no había llamado a Alison para preguntarle por Morrie y se apresuró a telefonar a la granja. Fue Ace quien respondió:

—Los antibióticos están haciendo su efecto. Confían en que podrán salvarle la mano, pero tendrán que operarlo y puede que se le quede inútil, sin fuerza.

Charlaron durante un rato. Ace le contó que su hermana vendría de Wellington hacia finales de aquella semana, y Shahna se despidió después de darle muchos recuerdos para sus padres. En un esfuerzo por combatir la sensación de abatimiento que la acosaba, salió decidida a extender el montón de serrín.

Un rápido movimiento entre los árboles la hizo volverse en redondo, hacia el sendero que llevaba a la granja. Una paloma salvaje se elevó en el aire, batiendo ruidosamente las alas, con sus plumas azules poniendo una nota de color en el cielo. Al experimentar una punzada de decepción, se dio cuenta de que estaba esperando a Kier. Clavó la pala en el serrín, intentando sobreponerse, y se puso manos a la obra. Estuvo trabajando hasta que oscureció.

Durante la noche, Samuel agarró un resfriado y un poco de fiebre. Ese día tocaba grupo de preescolares, pero Shahna no quería que por su culpa se contagiasen los demás niños, así que optó por quedarse en casa. Estuvo observándolo durante todo el tiempo, expectante, a la espera de algún otro síntoma. Por la mañana casi no trabajó en su taller.

Después de comer Samuel consintió en acostarse, de manera que Shahna pudo aprovechar para trabajar. Estaba tallando una pieza de madreperla con engarces de plata cuando una figura se recortó en el umbral.

—No quería distraerte —le dijo Kier—. ¿Te importa si me quedo a echar un vistazo?

Por toda respuesta, Shahna se encogió de hombros y siguió trabajando.

—Esa pieza parece muy bonita —le comentó al cabo de unos minutos, viendo que dejaba a un lado sus herramientas.

En aquel instante acababa de encender el soplete para darle los últimos retoques. Molesta, se giró en la banqueta.

—¿Querías algo en concreto?

—Pensé que quizá podrías necesitar ayuda para extender el serrín, pero parece que ya lo has hecho.

—Sí. Gracias.

—Veo que estás muy ocupada —contempló el pendiente que había dejado sobre su banco de trabajo—. ¿Sam está dormido?

—Por ahora así.

—¿Pasa algo? —inquirió, extrañado.

—No. Creo que ha agarrado un resfriado o algo parecido.

—Estás preocupada.

—Bueno, la verdad es que sí. Un poco —admitió—. Está vacunado de todo pero... bueno, una nunca puede estar segura de nada. La meningitis es mortal, y muy rápida.

—¿Por qué no lo llevas a un médico?

—No puedo llevarlo a un médico cada vez que tenga mocos.

Podía haber pedido consejo a Alison, pero la mujer tenía ya bastantes problemas y no quería molestarla.

—Por el bien de Samuel... ¿no deberías haber elegido un lugar menos aislado para vivir? Yo creía que la disponibilidad de una buena atención médica era la prioridad que se planteaba una madre a la hora de elegir su residencia.

Shahna se levantó bruscamente de la banqueta, indignada.

—¿Crees saber mejor que yo lo que es bueno o no para mi hijo? Alison es una gran enfermera. Y hasta ahora Samuel ha crecido perfectamente sano. Si realmente está enfermo, por supuesto que lo llevaré al hospital.

—No pretendía acusarte de nada. Sólo era un comentario.

—Ya, te agradezco tu preocupación —replicó con un tono sólo a medias sarcástico—. Pero yo me tomo muy seriamente mi responsabilidad para con Samuel. Él es lo más importante de mi vida.

—Lo sé.

Shahna vio que hacía un movimiento como para marcharse. Sabía que debería dejar que se fuera, pero en un impulso le preguntó:

—¿Te apetece un café?

—No quiero interrumpirte... —miró la pieza en la que estaba trabajando.

—Precisamente iba a hacer un descanso.

—Entonces acepto, gracias.

Shahna preparó una cafetera para dos y se sentaron a la mesa de la cocina.

—La hermana de Ace vendrá a pasar este fin de semana —la informó él.

—Sí, ya me lo dijo. Alison se pondrá muy contenta.

—Tengo ganas de conocer a Ginnie. Su familia está muy orgullosa de ella.

Ginnie había conseguido un empleo de gran categoría en una empresa de ordenadores de la capital.

—Es muy buena en su trabajo. Y muy inteligente —en el par de ocasiones que se habían visto, Shahna había resistido el impulso de alardear de su propio éxito profesional en el mundo del diseño.

—Cuando la viste... ¿te arrepentiste aunque sólo fuera por un instante de haber abandonado tu empleo en Australia?

—No, al contrario. Precisamente me alegré de haber dejado atrás aquella vida.

Kier le lanzó una mirada escéptica y ella se la sostuvo, sin parpadear.

—Ahora soy más feliz que nunca.

Era casi verdad, siempre y cuando ignorara el dolor que a veces la asaltaba en mitad de la noche, cuando pensaba en él...

—¿Conmigo no fuiste feliz?

No puso reprimir una carcajada ante aquella descarada expresión de egoísmo. Si algo no le había faltado a Kier en la vida, era la autoestima y la autoconfianza.

—Era una variante de la felicidad, supongo —al ver que fruncía el ceño con expresión sombría, añadió—: Lo que teníamos... no podía durar. Al menos ninguno de nosotros esperaba que durase, ¿no?

Kier no respondió de inmediato.

—Supongo que tienes razón. Pero las cosas pueden cambiar.

Shahna parpadeó, asombrada. El corazón le dio un doloroso vuelco en el pecho.

—Tú... tú nunca me sugeriste nada parecido.

—Lo habría hecho —parecía casi resentido—, si me hubieras dado la posibilidad.

—Dispusiste de tres años para ello —le recordó.

—Estuve pensando en pedirte que te vinieras a vivir a mi casa —le confesó Kier de pronto.

—¿Ah, sí? —aquello le había dolido—. ¿Y después qué?

Kier se removió en su silla, incómodo, desviando la vista por un instante.

—Luego... ¿quién sabe? Creía que debíamos ir paso a paso...

—Paso a paso... ¿hacia dónde? —lo desafió—. Ibas a pedirme que dejara mi hogar y me trasladara al tuyo... ¿para qué? ¿Para no tener

que soportar la molestia de vivir en un sitio y dormir en otro? ¿Sexo fácil?

—¿Por qué siempre tienes que devaluar de esa manera nuestra relación? —replicó, airado—. ¡Sabes perfectamente que lo que tuvimos no fue simplemente sexo!

—¿De veras? Pues para ti eso era bastante importante...

—El sexo siempre es algo importante entre un hombre y una mujer. En aquel entonces, que yo recuerde, no tenías ninguna queja al respecto.

Ciertamente no le había expresado ninguna. El sexo con Kier siempre había sido una experiencia inmensamente satisfactoria. En las raras ocasiones en que no había estado dispuesta, él jamás le había recriminado nada. Al contrario: se había mostrado increíblemente tierno. De hecho, cuando a veces los recuerdos de su relación la despertaban por las noches, era esa exquisita ternura la que más echaba de menos. Mucho más que sus habilidades sexuales.

Pero al final había acabado marchándose, para bien. Si no podía entenderlo, el problema era suyo, no de ella.

—Yo nunca he tenido ninguna queja de nuestra relación sexual —le dijo—. He de reconocer que eres magnífico en la cama.

Kier arqueó las cejas. Para su sorpresa, Shahna vio que se ruborizaba.

—Lo éramos los dos. Y aún podríamos serlo. Pero si eso a ti no te bastaba... ¿por qué diablos no me lo dijiste?

—¿Te bastaba a ti?

Se estudiaron mutuamente. Shahna lo miró con sospecha, dándose cuenta de que tenía una mano cerrada con fuerza en el asa de su taza. Abrió los dedos, intentando relajarlos.

Había sido una pura fascinación sexual lo que los había atraído desde el principio. Ése había sido siempre su principal vínculo. Por supuesto que habían disfrutado otras cosas juntos, pero no una profunda intimidad emocional: eso ni él se lo había pedido ni se lo

había ofrecido. A veces había llegado incluso a preguntarse si su encantadora compañía no había sido más que el precio pagado por Kier para tener acceso a su cuerpo...

—Nunca fue solamente eso —declaró—. Como tú misma dijiste, cualquier mujer habría podido satisfacer mis necesidades físicas. Pero yo te deseaba a ti, no a cualquier mujer. Y todavía te deseo, Shahna.

Sentada allí, frente a aquella mesa, con el sol derramándose por la ventana, se sintió de repente como si la hubieran transportado a otra dimensión, donde cualquier prodigio fuera posible. Un anhelo que hacía tiempo que no sentía se apoderó de ella, quitándole el aliento. Pero el sentido común se impuso. En realidad, Kier no le estaba ofreciendo nada nuevo. Nada que no le hubiera ofrecido ya antes. Y, en cualquier caso, su vida ya se había complicado demasiado.

—No podemos retroceder en el tiempo, Kier.

Echó hacia atrás su silla y se levantó. En un principio Shahna pensó que iba a levantarla en brazos para hacerle el amor y obligarla a capitular, a confesarle que lo deseaba. Pero segundos después hundió las manos en los bolsillos y se acercó a la ventana, de espaldas a ella.

—Debiste haber hablado conmigo antes de marcharte. Contarme lo que funcionaba mal en nuestra relación.

Shahna se preguntó si realmente habría podido hacer algo así. No sin enredarlo en una situación que él nunca había querido.

—Estás tan empeñado en que algo funcionó mal con lo nuestro... ¿Por qué no puedes aceptar simplemente que vi clara la hora de marcharme?

De repente se volvió hacia ella.

—Otra vez la misma reacción. Creía que la habías dejado atrás en Sydney.

—¿De qué estás hablando?

—La primera vez que te vi, fue como si estuvieras protegida con

una armadura. Pensé que podría atravesarla cuando me acostara contigo, pero siempre estuvo allí, impidiéndome descubrir a la mujer real y verdadera que se escondía detrás.

—Eso es absurdo —replicó, incómoda.

¿Pero acaso no se sentía ahora mucho más «real y verdadera» de lo que se había sentido en mucho tiempo? ¿No era eso lo que le había estado diciendo desde que llegó? Kier sacudió la cabeza.

—Veo que has cambiado —le confesó de pronto, confirmando sus reflexiones—. Me di cuenta nada más bajarme del barco —con una inesperada urgencia, añadió—: ¡No te cierres de nuevo a mí, Shahna!

—No me estoy cerrando —pero sabía que tenía razón. Siempre había tenido un fuerte impulso de supervivencia, de autoprotección. Que, al final, se había revelado absolutamente necesario...

—¿Ah, no? —preguntó, incrédulo.

—En cualquier caso, todo eso pertenece al pasado.

—Esto... —miró a su alrededor—, no es el pasado. Estamos aquí ahora —se concentró en ella—. Los dos.

—Pero tú sólo estás de visita. Cuando te vayas...

Cuando se fuera, su vida volvería a la normalidad. Volvería a estar a salvo en su refugio construido con tanto trabajo, cuidando de su bebé. Incluso el recuerdo de Kier y de su relación se desvanecerían con el tiempo. O al menos eso esperaba.

—No me voy a ir a ninguna parte... todavía —le aseguró con un tono casi amenazador—. Supongo que no te importaría retomar lo nuestro donde lo dejamos...

—¡Tú estás de broma! —exclamó, despreciándose por el vuelco que le dio el corazón.

—No del todo. Desde luego, no esperaba que aprovecharas al vuelo la oportunidad. Pero me encantaría saber qué es lo que te lo impide.

A Shahna le costó vencer la tentación. Aunque sólo fuera por una

noche... Estaba tan atractivo, con el sol arrancando reflejos a su cabello, con aquel brillo tan invitador en los ojos...

—Muy bien, ya lo has conseguido. Has venido aquí y lo has hecho: me lo has propuesto. Y yo te he dado calabazas.

Kier se echó a reír, aligerando un tanto la tensión.

—Ésa es la Shahna de siempre. La que creía conocer tan bien.

—El culpable eres tú. Eres tú quien me hace reaccionar así.

—¿De veras? ¿Y qué otras reacciones te suscito yo, Shahna? —le preguntó con voz sensual.

Demasiado bien lo sabía él. Seguía conservando aquel inmenso ego suyo. Shahna se levantó de repente, murmurando que tenía que trabajar. Recogió las tazas para llevarlas al fregadero, esperando que él se apartara. Pero no se movió un ápice, de manera que tuvo que rodearlo. Aprovechó para agarrarla de un brazo.

Se liberó bruscamente y Kier no insistió más. Con el corazón acelerado, Shahna vio que el brillo de su mirada se intensificaba. Y que una expresión de satisfacción se dibujaba en su rostro.

—¿Para qué luchar contra ello?

—¿Para qué forzarlo?

—Por los viejos tiempos —respondió él, sonriendo.

—No, gracias. Los viejos tiempos son precisamente eso: viejos. Has cometido un error al venir aquí, Kier, si esperabas que cayera rendida a tus brazos a la menor oportunidad, para pasar conmigo unas cuantas noches y luego volverte a tu casa.

—Eso jamás se me ha pasado por la cabeza.

—Pero te gustaría, ¿verdad?

—Lo que me gustaría sería hacerte el amor —le espetó—. La segunda parte, en cambio, no me gusta: lo de dejarte aquí mientras yo vuelvo al mundo real.

—Éste es mi mundo real —insistió ella—. Así que, como ves, no tiene ningún sentido que volvamos a ser amantes. Ya estoy harta de

aventuras temporales, de relaciones sin promesas.

La miró frunciendo el ceño, con un brillo alerta en la mirada.

— ¿Quieres promesas? ¿Compromisos?

—No te preocupes —repuso, irónica—. No esperaré ninguno de ti. Pero tú tampoco esperes de mí ningún tipo de... favor sexual. No estoy disponible.

—Favor sexual —repitió Kier—. Suena como a burdel —de repente se alejó de la ventana, mirándola con expresión sombría y enigmática—. Si es un compromiso lo que quieres, te lo daré —y como si le estuviera lanzando un guante de desafío, añadió—: ¿Qué te parece éste? Cásate conmigo, Shahna.

Capítulo 6

Kier no podía creerse lo que acababa de decir. Era tan extraño, tan asombroso, como la sensación que lo acometió la primera vez que saltó en paracaídas, cuando se encontró cayendo al vacío.

Y Shahna parecía tan asombrada como él. Lo miraba fijamente y tenía los labios entreabiertos, como si le costara respirar. Le entraron ganas de cerrárselos con un beso hasta que... hasta que le dijera que sí. Quería que le dijera que sí, que aceptara su proposición. Sí a su beso, sí a que hicieran el amor con la salvaje pasión de antaño. Sí a compartir su risa, su despertar por la mañana, el desayuno y el diario del domingo, tal y como habían hecho alguna vez cuando se había quedado algún sábado por la noche en su apartamento. Sí, en suma, a casarse con él.

Cuando dio aquel paso fuera del avión y se vio cayendo al vacío se quedó aterrado, pero luego descubrió que estaba volando sin alas. Y aunque el corazón se le subía a la garganta y el miedo siempre estaba presente, con el tiempo la experiencia de la caída libre le resultó inesperadamente excitante.

—Estás de broma —murmuró Shahna con tono inexpresivo, estupefacta.

Pudo haber respondido que sí, que claro que estaba de broma. Que no lo había dicho en serio. Pero, en lugar de ello, saltó al vacío.

—No. No estoy de broma —y cayó. El avión se perdió en el cielo azul—. Quiero casarme contigo, Shahna —se sentía aturdido, eufórico. ¿Por qué no lo había hecho antes? ¿Por qué había tenido tanto miedo?

—No —retrocedió un paso, como apartándose de él—. Eso no es posible.

Esa vez Kier se estrelló contra el suelo. El paracaídas no se abrió.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque... —lo miraba casi con miedo—. Porque no puedo. Está Samuel. Y todo lo que he construido aquí. Porque no me

estarás sugiriendo que te vengas aquí a vivir con nosotros, ¿verdad?

— ¿Aquí? — tal vez estuviera un poco loco, pero no tanto.

Shahna esbozó una sonrisa, pero en sus ojos había aparecido una expresión de tristeza.

— ¿Lo ves? Es imposible.

Un molesto eco del pánico que había sentido después de su abandono lo atenazó de golpe, en forma de un nudo en el estómago.

— Nada es imposible.

— Ya, ésa es tu frase favorita, ¿verdad? Pero tú no puedes gobernar la vida de la gente como gobiernas tu empresa, Kier. Ni siquiera tu propia vida.

Kier se dijo que, afortunadamente, lo había hecho bastante bien. Hasta que apareció Shahna para luego dejarlo plantado.

— Eso nunca funcionaría — añadió, desesperada—. ¿Es qué no lo comprendes?

— No lo comprendo en absoluto. Nosotros podríamos hacer que funcionara, si tú lo quisieras de verdad.

— ¿Y qué hay de ti? — lo desafió—. ¿Qué sacrificarías para que nuestra relación pudiera funcionar? ¿Tu trabajo, tu estilo de vida? ¿Todo lo que tanto te ha costado ganar?

— ¿Me estás pidiendo que lo haga?

— Estoy intentando hacerte comprender lo que me estás pidiendo a mí.

Exasperado, lanzó una mirada a su alrededor.

— ¿Te refieres a renunciar a una ruina de cabaña que ni siquiera es tuya, en mitad de ninguna parte? ¿Y a un antiguo lavadero donde trabajar? ¡Por supuesto, nunca podrías cambiar todo eso por un estudio decente en una ciudad del mundo civilizado, donde tu obra conseguiría la atención que se merece! ¿Qué horrible pecado has cometido para condenarte a ti misma a llevar esta vida de ermitaña?

— No, no he cometido ningún pecado... al menos ninguno por el

que tenga que hacer penitencia. En este lugar he dejado una parte de mi ser. Me inspira para mis diseños. Tiene un alma que jamás podría encontrar en Sydney.

— ¡Es solamente un lugar, como tantos otros! — exclamó Kier—. Eso es todo. ¿Me estás diciendo que guardas algún tipo de relación mística con él?

— Si no lo sientes, es inútil que intente explicártelo.

Kier soltó un profundo suspiro, dispuesto a seguir insistiendo. Y a recurrir a todas sus armas.

— ¡No! — lo interrumpió antes de que él empezara.

— ¿Que no qué?

— He dicho que no, Kier. Y va en serio.

Su primer impulso había sido asegurarse su capitulación por cualquier medio, incluso hacerle el amor para recordarle lo que se había estado perdiendo... Después de todo, le había dicho que era un amante magnífico. Pero también era un estratega, un hombre acostumbrado a lidiar con sus problemas usando la cabeza, y no dejándose llevar por las emociones. Algo le advirtió que un ataque frontal no era lo más adecuado. Bajó la cabeza, disimulando la expresión de su mirada.

— Si es eso lo que piensas... — cuando volvió a levantarla, Shahna lo estaba mirando con sospecha —. Pero si cambias de idea, sólo tienes que decírmelo.

— No cambiaré de idea.

Kier se mordió la lengua y asintió, sin disimular un gesto de decepción. Shahna parecía triste, incluso dubitativa, como si no estuviera muy segura de lo que acababa de hacer. Lo cual no pudo alegrarlo más. No renunciaría todavía a sus pretensiones. Era demasiado pronto.

* * *

Después que se hubo marchado, Shahna se quedó frente a la ventana, con la mirada perdida. Hasta que la sobresaltó el súbito vuelo de una docena de periquitos, en una borrosa mancha de colores rojos, azules, verdes y amarillos.

Kier le había pedido que se casaran. Era algo tan inesperado que le resultaba difícil de creer. ¿Cuándo había mostrado algún interés por el matrimonio? Muy al contrario, desde el principio de su relación le había dejado muy claro que no contemplaba en absoluto la perspectiva de algo estable, duradero.

Incluso ese mismo día había empezado ofreciéndole mucho menos. Sólo cuando vio que se resistía, se atrevió a jugar su as: la carta del matrimonio. ¿Realmente la deseaba tanto como para proponerle algo así? Mientras recogía las tazas, intentó ignorar una punzada de excitación, de euforia. O de anhelo. Si le hubiera sugerido que se casaran antes, cuando aún estaban juntos...

Fregó las tazas y las secó con energía. No había hablado de amor. Entonces... ¿qué motivaciones podía tener para casarse? ¿Atrapar simplemente a la presa que se le había escapado? Cerró con gesto decidido el armario donde había guardado las tazas. Nada de lo que le había dicho había perdido vigencia. Fueran cuales fueran sus motivos, su respuesta había sido «no». Asunto terminado.

Además, ¿se habría dado cuenta Kier de que no podía casarse con ella sin responsabilizarse al mismo tiempo de su hijo? Sospechaba que cuando le había hecho aquella impetuosa propuesta, se había olvidado incluso de que existía, en su apresuramiento por salirse con la suya. No. Tal y como le había dicho, el matrimonio no constituía ninguna opción. Había muchas razones por las que una relación de ese tipo jamás podría funcionar. Pero aquella sensación de abatimiento, de nostalgia por lo que podía haber sido, no la abandonó en todo el día.

Seguía presente por la mañana. Y también la leve fiebre de Samuel, a pesar del paracetamol para bebés que le había dado.

Preocupada, telefoneó a Alison.

—Tráemelo para que le eche un vistazo.

Se dirigió apresurada a la granja, entrando por la puerta de la cocina. La habitación olía a beicon recién frito, y en la mesa Kier y Ace estaban desayunando unos huevos con salchichas mientras Ginnie se limitaba a una solitaria tostada. Rubia, elegante, a esas horas ya estaba perfectamente maquillada y peinada. Llevaba una bata de satén azul, de estilo exótico.

Alison, que estaba tostando más pan, se volvió al verla de pie, en el umbral.

—Estoy interrumpiendo vuestro desayuno.

—No te preocupes, querida —se adelantó para tomar a Samuel en sus brazos—. Vamos a ver lo que le pasa a este pequeño... ¿Has desayunado ya?

—No tengo apetito.

—Ya sabes que dejándote morir de hambre no ayudarás en nada a Samuel.

—No me estoy dejando morir de hambre...

Pero Alison ya le estaba ordenando a Ace que le sirviera un café, y Kier le sacó otra silla.

—Bueno, de acuerdo, comeré algo. Pero sólo una tostada —aceptó, sentándose.

Ginnie le acercó el plato de tostadas y Shahna tomó una.

—Gracias, Ginnie. Me alegro de volver a verte.

—Virginia —la corrigió la joven—. Por favor —añadió sonriendo.

Ace le puso delante el café, un plato y cubiertos. Kier, a su vez, le acercó la mantequilla.

—Deberías comer algo más —y le pasó una loncha de beicon de su plato.

Alison, mientras tanto, continuaba examinando al niño.

Sentándolo en sus rodillas, le levantó la camiseta para mirarle el pecho.

—No tiene ningún sarpullido —lo informó Shahna.

—¿Se ha estado rascando las orejas?

—No.

Ace continuó desayunando y Ginnie, o Virginia, tomó un sorbo de café. Kier, sin embargo, no apartaba los ojos de Alison y el niño. De pronto Samuel empezó a llorar y Shahna se levantó.

—No, quédate sentada —le dijo la mujer—. Yo me encargo de él mientras desayunas. Creo que lo más prudente será llevarlo al hospital de Rawene, pero unos minutos de más o de menos no supondrán ninguna diferencia. El ferry no saldrá hasta dentro de media hora.

Se llevó a Samuel a la habitación contigua y no tardó en distraerlo con un sonajero.

—Cómete eso —le dijo Kier, sentado a su lado.

Shahna se comió rápidamente la tostada y apuró el café para reunirse con Alison en el salón. El bebé tenía la cabecita apoyada en su seno y se había quedado casi dormido.

—Es una pena despertarlo, pero si te das prisa podrás tomar el próximo ferry. ¿Te atreverás a ir tú sola?

Pero en el instante en que Shahna levantó en brazos a su hijo, oyó la voz de Kier a su espalda:

—Yo conduciré. Así tú podrás llevarlo en brazos.

—De todas formas tiene que ir en su asiento.

A Samuel no le gustó que lo despertaran, y se puso nuevamente a llorar.

—Deja que te acompañe Kier —intervino Alison, viendo que dudaba en aceptar—. Es lo mejor.

—Vamos entonces —dijo Kier—. ¿Tienes las llaves?

Shahna pensó que si discutía con él, solamente conseguiría perder más tiempo.

—Sí —lo siguió fuera la casa.

El proceso de instalarlo en su asiento disgustó a Samuel, pero Shahna se sentó detrás, a su lado. No dejó de acariciarlo hasta que se quedó dormido.

Subieron a bordo del ferry en el coche, junto con unos cuantos vehículos más. Algunos pasajeros se bajaron para disfrutar de la vista. Kier se volvió hacia Shahna, mirando al niño.

—¿Bajamos?

—Si tú quieres...

Kier bajó rápidamente y le abrió la puerta. Después de lanzar una última mirada al bebé, Shahna se reunió con él en la barandilla. Intentó concentrarse en la espuma de las olas que resbalaban a lo largo del casco, y en las nubes que colgaban bajas sobre las colinas. La blanca aguja de una iglesia misional, edificada toda ella en madera, asomaba en medio de un valle. Siempre le había encantado aquel corto trayecto, que solía hacer con Samuel en los brazos.

—Creo entender por qué te gusta esto —le confesó Kier—. Supongo que si uno quiere paz y tranquilidad, éste es el lugar ideal.

Shahna pensó que paz y tranquilidad no era su estilo. A él le gustaba el desafío, el estímulo constante, el riesgo de los grandes negocios. Ella, en cambio, había optado por todo lo contrario, y estaba contenta de haber dejado atrás aquel mundo.

—Pues esta bahía es muy peligrosa cuando hay tormentas.

—Me resulta difícil de creer.

—A veces las apariencias engañan.

—Dímelo a mí —repuso Kier, sonriendo.

La brisa le había despeinado, dejándole unos mechones sueltos sobre la frente. Le brillaban los ojos. Estaba increíblemente atractivo. Al mirarlo, un irresistible y familiar anhelo se apoderó de ella.

Y él lo sabía. Pudo verlo en el brillo de deseo que asomó a sus ojos... segundos antes de que inclinara la cabeza para besarla. Fue un contacto breve, fugaz, pero tan intenso como una descarga eléctrica. Había empezado a entreabrir los labios cuando él se apartó, y se sintió engañada, estafada. Ansiaba más.

Pero quizá fuera eso precisamente lo que él había querido. Kier era un jugador nato, hábil y experimentado. Y no era la primera vez que experimentaba sus sutiles tácticas de seducción. Pero Shahna ya era mayor, una mujer adulta y responsable, más sabia. Además de que había cosas mucho más importantes en juego...

Se volvió para echar un vistazo a su hijo y comprobar si seguía durmiendo. Kier aprovechó aquel momento para ponerle una mano encima de la suya, sobre la barandilla.

—Se pondrá bien. Intenta relajarte.

«Relajarme», pensó, irónica. Entre preocuparse por Samuel y luchar contra el impulso de lanzarse a los brazos de Kier, poca oportunidad iba a tener de hacerlo...

—Si llora, lo oiremos.

Fue a retirar la mano, pero él cerró la suya sobre sus dedos.

—Debe de ser muy difícil ser madre en estos tiempos que corren.

—En cierta forma, sí. Pero nunca me he arrepentido.

—¿Nunca?

—Jamás. Ni por un solo segundo.

Vio que asentía con la cabeza, pero no parecía del todo convencido.

—El miedo es la otra cara del amor —añadió ella—. No puedes tener una cosa sin la otra.

De repente fue como si aquella frase le hubiera tocado una fibra sensible. Un extraño brillo asomó a sus ojos por un instante.

—Supongo que tienes razón —pronunció, pensativo.

Kier estaba pensando en los sueños que no habían dejado de acosarlo desde que Shahna lo abandonó.

Pesadillas de algún tipo de desgracia que se abatía sobre ella mientras él se esforzaba por salvarla. Luchando contra gigantescas olas que amenazaban con tragársela, alejándola cada vez más de él, o intentando salvar grietas que se abrían en la tierra, separándolos. ¿Acaso su subconsciente había estado intentando decirle algo?

Amor. Probó a pronunciar mentalmente la palabra. Nunca había admitido amar a Shahna. Ni siquiera ante sí mismo. Si acaso en un futuro ella llegaba a decírselo, quizá entonces se decidiera a utilizar la palabra fatídica para responderle. Pero hacía mucho tiempo que había aprendido una cosa: que si alguna vez quería algo de alguien, no debía ofrecerle ninguna ventaja. Ni mostrar debilidad alguna.

Shahna, desde luego, no había mostrado ni una sola. Siempre lo había tentado con su misterio, con la fascinante personalidad que parecía esconder. Pero allí, en Nueva Zelanda, parecía distinta. Aún seguía decidido a mantenerlo a distancia, como antes, pero Samuel había conseguido algo insólito, algo en lo que Kier siempre había fracasado: penetrar en su armadura hasta llegar a los más ocultos pliegues de su corazón, y volverla por tanto vulnerable.

De todas formas, detectaba algunas grietas en aquella armadura de cristal y pensaba aprovecharlas al máximo. Hasta que se rompiera en mil pedazos.

El ferry atracaba al final de la calle principal de la población, donde la carretera subía colina arriba entre viejas tiendas de madera techadas con placas de calamina. Samuel no se despertó hasta que Shahna lo levantó de su asiento, en la puerta del hospital que se alzaba en lo alto. Gimió suavemente, con los ojos medio cerrados, vidriosos.

Kier esperó en una sala mientras Shahna entraba con el bebé

para que lo examinaran. Cuando los vio salir, se levantó como un resorte:

— ¿Qué te han dicho?

— Es una infección normal de garganta. Me han recetado un antibiótico. Si para dentro de un par de días no ha mejorado, lo volveré a traer.

Incluso Sam parecía algo más contento. De hecho, había consentido tomar la medicina antes de dejar la farmacia.

— ¿Me permites que te invite a comer? — le preguntó Kier.

— No sé... — parecía dubitativa, con el bebé en brazos—. Aunque al niño le vendría bien beber algo. Tengo que estar pendiente de que no se deshidrate.

En un pequeño café al borde del mar, Samuel se bebió un zumo de naranja. Incluso se atrevió a mordisquear el sándwich que se había pedido Shahna.

— Tiene mejor aspecto, ¿no te parece? — observó Kier.

— Eso creo — barrida por una incipiente sensación de alivio, la tensión había desaparecido de su rostro. Sus mejillas también habían recuperado algo de color.

— ¿Quieres algo más? — le preguntó él mientras abandonaban el café para dirigirse al coche.

— Quizá comprar un poco de pescado fresco. Samuel tendrá hambre para la hora de cenar.

— Déjame que lo lleve yo.

Le quitó al crío de los brazos, y Sam pareció debatirse entre protestar o ceder de buena gana. Afortunadamente, optó por lo último. Una vez en el muelle encontraron a un vendedor de pescado, y Shahna compró dos piezas. Kier le preguntó:

— ¿Crees que a Alison le gustaría que le llevara alguno?

— Quizá. Ace suele salir a pescar, pero esta semana no ha tenido mucha oportunidad de hacerlo...

Compró dos grandes pescados y otro más pequeño, los guardó todos en una bolsa y se dirigieron al coche a tiempo de tomar el siguiente ferry. Esa vez Shahna sacó a Samuel a cubierta. Le señaló una gaviota y lo sentó en la barandilla, abrazándolo, para que pudiera ver la espuma y las olas que levantaba el barco.

Cuando volvieron a la granja, el coche de la familia no estaba.

—Supongo que se habrán ido todos al hospital. Dejo el pescado en la nevera y os llevo a la cabaña.

—Ya no hace falta, de verdad —le aseguró Shahna, sentándose al volante mientras él sacaba del maletero la bolsa del pescado—. Gracias por tu ayuda... y por la comida. Te estoy muy agradecida.

—¿Cómo de agradecida? —no podía dejar pasar la oportunidad.

Lo miró con expresión desconfiada y él le propuso, sonriendo:

—Si te llevo el pescado que he comprado... ¿me invitarías a cenar? Con Virginia en casa, puede que la familia quiera estar sola cuando vuelva del hospital... —al ver que se lo estaba pensando detenidamente, insistió—: Yo podría ayudarte a cocinarlo.

—Oh, de acuerdo —cedió al fin—. Vente a cenar a casa.

Cuando Kier apareció poco después, con su pescado, una botella de vino y una rosa del jardín de Alison, vio que Shahna se había puesto un vestido en lugar de los vaqueros que había llevado esa mañana. Calzaba unas sandalias planas, de tiras. Se había cambiado para él, probablemente incluso duchado...

Por un instante se permitió imaginársela en la ducha, con el agua resbalando sobre su cuerpo desnudo. Vio que le sonreía tímidamente, haciéndose a un lado para dejarlo pasar. Se había pintado los labios y puesto un poco de sombra en los ojos. Olía maravillosamente bien.

—Delicioso perfume —observó.

—Es el champú. Yo no me pongo perfume.

Pero se había maquillado. Por fuerza eso tenía que ser una buena señal. Le entregó la rosa y ella la aceptó tentativamente, vacilante. No pudo resistirse a olería.

—Preciosa. Gracias —al ver la botella, le preguntó—: ¿Dónde has conseguido eso?

—De la bodega de Morrie. No te preocupes, se la repondré.

—Hace siglos que no bebo vino. Ni siquiera tengo copas apropiadas.

—¿Por qué no? —le preguntó—. Quiero decir... ¿por qué hace tanto tiempo que no saboreas una buena copa de vino?

Se alejó unos pasos para dejar la rosa sobre el mostrador de la cocina y abrir un armario.

—Dejé de tomarlo cuando me quedé embarazada de Samuel. Y luego... Bueno, supongo que perdí la costumbre.

Sacó un vaso para la flor y la llevó a la mesa. Acto seguido empezó a desenvolver el pescado.

—Si quieres ayudar, puedes ir pelando las patatas. ¿Qué noticias hay de Morrie? He oído la camioneta...

Le habló de sus anfitriones hasta que la comida estuvo hecha y se sentaron a la mesa. El pescado estaba exquisito, aderezado con limón y perejil fresco, y las patadas cocidas tenían un leve sabor a menta. Como guarnición, las zanahorias y la espinaca aliñada le daban una nota de color. Kier decidió que no había comido un plato mejor en su vida: ni siquiera en los mejores restaurantes.

—¿Desde cuándo cocinas tan bien?

Shahna se echó a reír.

—Oh, la culpa es de los productos naturales y frescos. Recién sacados del huerto... o del mar.

De postre sirvió ciruelas con nata. Entre los dos casi habían terminado la botella de vino. Kier vio que tenía la mirada baja, concentrada en su copa vacía, y se apresuró a rellenársela.

—No, gracias —alzó la vista—. He bebido bastante.

—Tampoco es que vayas a conducir —le sonrió—. No tienes que preocuparte.

—¿Tú crees? Pues yo tengo la impresión de que necesito mantenerme sobria.

—¿No confías en mí?

—¿Debería?

Aquella pregunta tan directa desafió su elaborada estrategia. Y hacía parecer su plan de seducción como lo que era en realidad: algo sórdido y, de alguna manera, despreciable.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Una expresión extraña, casi culpable, cruzó por su rostro. Desvió la mirada.

—Sabes que sí. Durante el tiempo en que estuvimos juntos, confié en que no me engañarías con nuestro... arreglo.

La palabra dejaba un regusto amargo. «Arreglo» sonaba tan frío, tan distante...

—Te refieres a nuestra relación.

—Llámalo como quieras.

Kier quería llamarlo «relación», o «aventura amorosa». Cualquier cosa menos la palabra que ella había utilizado.

Capítulo 7

Shahna hizo a un lado su copa.

– No me la puedo terminar.

Por un instante creyó distinguir una expresión de desilusión en los ojos de Kier. Pero al momento se encogió de hombros, indiferente.

– Como quieras. Pero es un buen vino.

– Muy bueno. Gracias por haberlo traído.

Sin embargo, gracias a aquel vino se sentía menos segura, tentada de dejarse llevar. Ya una vez antes se había permitido seguir sus impulsos y lo había culpado al exceso de vino. Un error de esa categoría bastaba para toda una vida. Se levantó de la mesa para preparar el café.

– Podemos tomarlo aquí o... – señaló el sofá.

– Allí mejor.

Kier se instaló en el sofá pero ella escogió la silla, sentándose frente a él. No dijo nada, aunque un brillo de desafío asomó a sus ojos.

Shahna miró el reflejo de sus figuras en la ventana. Una pareja compartiendo un café, sentados muy cerca: una escena hogareña, casi íntima. Pero la realidad era muy distinta. Eran como polos opuestos. Querían cosas distintas, llevaban estilos de vida completamente diferentes. Lo único que tenían en común... era que se deseaban. Kier era un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Pero esa vez no lo conseguiría. Por muy poderosa que fuera la tentación, esa vez tenía que negarse, rechazarlo. Invitarlo a su cama no haría sino aumentar sus ya falsas expectativas. Y sería como entregarle un arma poderosa que no dudaría en usar contra ella.

Bajando su taza de café, desvió la mirada hacia la ventana. Detrás del reflejo podía distinguir vagamente el brillo de las estrellas.

– ¿En qué estás pensando? – le preguntó Kier.

– En lo hermosa que está la bahía de noche – respondió.

—¿Quieres enseñármela? —le propuso. Estaba ya levantado antes de que ella pudiera contestar, dejando su taza vacía sobre la mesa—. Cuando termines, claro —añadió.

Apuró el poco café que le quedaba y se levantó también, reacia. Pasear con Kier bajo las estrellas se le antojaba un escenario demasiado peligroso...

—¿Necesitas ponerte algo? —le abrió la puerta.

—No hace falta. Está haciendo muy buen tiempo —salió y la cerró inmediatamente a su espalda, para que no se le llenara la cabaña de mosquitos. Luego caminó por el sendero, deteniéndose hasta la puerta de la valla recién instalada—. Hasta aquí hemos llegado. No quiero alejarme más por Samuel.

—Entiendo —apoyó los brazos sobre la valla, mientras ella permanecía de pie, a un lado—. Tenías razón. La vista es espectacular.

El cielo estaba despejado y absolutamente cubierto de estrellas. La luna llena derramaba su luz dorada sobre la bahía, reflejándose en las aguas.

—¿No te asusta vivir sola en un lugar tan aislado como éste? —le preguntó Kier, de pronto—. Sobre todo siendo como eres, una chica de ciudad...

—Yo no me asusto fácilmente: Y no siempre he sido una chica de ciudad.

—Yo creía que eras de Auckland —parecía sorprendido.

—No. Hasta los diez años viví no muy lejos de aquí, en una pequeña población en la que mi padre poseía una pequeña imprenta.

—Eso nunca me lo habías dicho.

—Mi padre se resistía a trasladarse a la ciudad y aceptar un trabajo en un periódico. No vivíamos muy cerca del puerto, pero lo visitábamos con frecuencia. De niña me encantaba subir al ferry —se quedó callada por un momento, contemplando el reflejo de la luna en el agua—. ¿Sabes lo que quiere decir «Hokianga»?

—Ni idea.

—El lugar del regreso —pronunció con tono suave—. En el fondo, creo que siempre quise volver aquí.

La única ocasión en que había vuelto, antes de trasladarse a vivir allí, fue durante las últimas vacaciones que había pasado con sus padres. Por una vez no habían terminado discutiendo, y Shahna lo recordaba como un tiempo feliz de cielos azules y aguas cristalinas. Un tiempo de felicidad que no tardó en convertirse en otro de lágrimas y reproches después de que abandonaran aquel mágico lugar.

Quizá sus padres habían hecho un último y desesperado esfuerzo por su bien. Pero para entonces ya era demasiado tarde...

—¿No te sientes vulnerable por las noches, en un lugar como éste? —le preguntó él, sacándola de su ensimismamiento.

—No le tengo miedo a la oscuridad.

—¿Entonces a qué le tienes miedo?

—¿Por qué debería tenerle miedo a algo?

—Vamos, yo ya te he hablado de mi miedo a las alturas... Tiene que haber algo que te asuste.

«Tú». Sabía que podía hacerle perder el control de sus propios sentimientos. Y destrozar su tranquilidad emocional, su autoestima y su sentido común.

—Muchas cosas —respondió con tono ligero—. Contarle a la gente mis miedos es una de ellas...

—Ah, déjame adivinar... Tienes miedo de dejarte llevar demasiado por tus propios impulsos, ¿verdad? O dejar que alguien se acerque realmente a ti. Tienes miedo de... esto.

La atrajo hacia sí, pero esa vez Shahna se mantuvo rígida, inmóvil, y giró la cabeza esquivando su beso. Apoyó las manos sobre su pecho, empujándolo suave pero firmemente, en un gesto de inequívoco rechazo.

—No me hagas esto, Kier. Por favor.

No había forcejeado con él. En lugar de ello, se había quedado dentro del círculo de sus brazos y le había pedido que la dejara en paz. Se lo había pedido por favor con un tono de desesperación que jamás antes había escuchado en su voz. Avergonzado y estremecido, la soltó.

—Perdona, Shahna. Yo no quería...

—¿Asustarme? —cuadró los hombros, como recuperando la compostura—. No lo has hecho.

«Mentirosa», pensó Kier. Estaba asustada de su propia sexualidad, y de lo que pudiera sucederle si se dejaba llevar por ella... ¿Desde cuándo?, se preguntó, frunciendo el ceño. Ése era un aspecto de su personalidad con el que no se había tropezado antes...

A no ser... El pensamiento lo inquietó. A no ser que hubiera estado demasiado preocupado por su propio placer para notarlo...

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que he sido contigo un maldito egoísta? Cuando estábamos juntos, quiero decir.

—No —Shahna sacudió la cabeza—. Tú siempre estuviste muy pendiente de mis necesidades. Ya te lo dije: como amante fuiste magnífico.

Un gran elogio, que un año atrás habría aceptado contento y satisfecho. Engreído, incluso. Pero en ese momento no le sonaba ni mucho menos tan maravilloso. «Como amante», había dicho. Un papel demasiado limitado.

—¿Y como hombre? —le preguntó, incapaz de contenerse.

Por un instante no dijo nada, y Kier se preparó para recibir una respuesta contundente, mordaz. No fue ése el caso.

—Seguro que no necesitas que yo te diga la clase de hombre que eres. ¿Acaso no lo sabes tú?

Lo sabía. No estaba tan seguro.

La dejó poco después. Su alivio cuando se despidieron no le pasó desapercibido. Nada más entrar en la granja vio una luz encendida en el salón.

–Hola –lo saludó Ginnie–. Has vuelto temprano.

Se detuvo en el umbral y miró su reloj: eran poco más de las nueve. Estaba sentada en un sillón, con las piernas cruzadas en una postura tan elegante como forzada. Tenía una revista sobre el regazo, y una mano descansando sobre el papel, con sus largas uñas pintadas de color rosa brillante. Kier recordó que Shahna las llevaba cortas, naturales, sin pintar.

En los ojos de Ginnie, de un azul claro, reconoció una inequívoca expresión de curiosidad femenina.

–Pensé que a lo mejor te quedabas a pasar la noche con ella –arqueó sus cejas bien delineadas, expectante.

Kier no pudo reprimir una sonrisa.

–Shahna y yo ya no tenemos ese tipo de relación –le dijo, dando un paso dentro del salón.

–¿De veras? –le sonrió, evidentemente complacida con su respuesta–. ¿Pero antes sí la teníais?

Kier pensó que su familia tenía razón respecto a ella: no era ninguna estúpida.

–Supongo que sí –contestó, encogiéndose de hombros.

–Y has venido a buscarla.

–En efecto.

–Y no te ha recibido precisamente con los brazos abiertos.

–Eso es.

–¿Es tuyo el bebé? –inquirió, frunciendo el ceño.

—No —lo dijo con un sentimiento de rabia y pesar que a él mismo lo sorprendió.

—Perdona —se disculpó con tono ligero—. No es asunto mío. Sólo que como... se parece algo a ti...

—No te disculpes. Es una cuestión algo... complicada, eso es todo.

—Evidentemente lo es.

—Seguro que no te gustaría mezclarte en ella.

Levemente divertida, Ginnie anunció de pronto:

—El lunes me vuelvo a Wellington.

La insinuación fue tan sutil como calculada. Kier casi soltó una carcajada. Con una mujer como Ginnie, un hombre siempre sabía a lo que atenerse. Cerró la revista y se levantó, dejándola sobre el sillón.

—Bueno, supongo que yo también me iré a la cama —se desperezó discretamente, estirando los brazos y echando la cabeza hacia atrás, con sus senos destacándose bajo la blusa. Durante todo el tiempo no dejó de espiarlo a través de los párpados medio cerrados.

Era una mujer muy atractiva. Pero Kier sintió que su cuerpo fracasaba en reaccionar. En ningún momento se le aceleró mínimamente el pulso.

—¿Ginnie? —la llamó en el último momento, cuando estaba a punto de salir del salón—. Digo, Virginia...

—¿Sí? —un brillo de esperanza asomó a sus ojos mientras se volvía hacia él. Pero al ver su expresión tuvo que resignarse. No era eso lo que había estado esperando.

—¿Alguna vez has pensado en volver aquí... quiero decir para vivir?

—¡Dios mío, no! —se estremeció visiblemente—. Mira, si me estás preguntando por qué Shahna ha escogido vivir en un lugar como éste, no tengo ni la más remota idea. Francamente, creo que está loca. Por eso y por otras cosas...

Batió las pestañas en un descarado despliegue de coquetería, y Kier sonrió. Se entendían perfectamente. Ojalá pudiera decir lo mismo de Shahna...

—¿Crees que ella podría hablar contigo? —le preguntó con tono urgente. La idea apenas acababa de ocurrírsele, pero se aferró a ella con todas sus fuerzas.

—¿Conmigo? —Ginnie sacudió la cabeza—. Pero si apenas la conozco.

—Pero tenéis cosas en común. Tenéis más o menos la misma edad y... —frunció el ceño, intentando explicarse—, ella era como tú cuando yo la conocí. Una mujer de carrera, una profesional de ciudad. Dinámica, competitiva, exitosa.

—Vaya, has oído los elogios que me hace mi familia, ¿eh?

—Todos están muy orgullosos de ti —para su sorpresa, Kier vio que se ruborizaba. Esbozó una sonrisa seductora—. Ya sé que es mucho pedirte, y que no me debes nada, pero... —por un instante sintió remordimientos de conciencia—, te estaría muy agradecido si... —sabía que era una vergüenza; en aquel momento se estaba aprovechando descaradamente de ella. Sin que le importara en absoluto—. Tal vez tú podrías conseguir que ella te dijera...

—¿Que me dijera el qué? Te advierto que no es muy probable que nos hagamos confianzas de adolescentes...

—Pero... —rara vez solía vacilar tanto a la hora de expresar sus pensamientos—. Quizá pueda darte alguna pista de las razones que tuvo para trasladarse aquí, y de su decisión de quedarse...

—¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor ya no te desea? Quiero decir... —le lanzó una mirada apreciativa, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua—, bueno, sobre gustos no hay nada escrito.

—Por supuesto que se me ha ocurrido —replicó Kier con tono algo cortante—. Pero no se trata de eso, lo sé. ¿Podrías inventarte alguna excusa para visitarla antes de irte? Por favor...

—¿Y sonsacarle información? —Ginnie se encogió de hombros—.

De acuerdo, pero tú me acompañarás.

—No creo que sea prudente.

—Mira, si yo me presento a verla sola, es seguro que sospechará. Además, si nos ve juntos podré hacerme una mejor idea de lo que siente.

—Nos vio juntos esta mañana.

—Pero estaba absolutamente pendiente de su hijo. De hecho, creo que no vio a nadie. Supongo que debe de ser una característica de las madres —su tono implicaba que no lo entendía en absoluto—. No te preocupes, ya encontraré una manera de sorprenderla a solas —y añadió, lanzándole una mirada levemente cínica—: Pero después de esto, te advierto que me deberás una...

Kier le sonrió de nuevo.

—Trato hecho.

Samuel había dormido bien toda la noche y ya estaba casi completamente recuperado cuando Shahna lo levantó de la cuna. La fiebre había bajado y no dejó de reír mientras lo bañaba.

Estaba tendiendo la ropa, con Sam jugando en el césped, cuando vio aparecer a Kier y a Ginnie entre los árboles. Él llevaba vaqueros y una camiseta blanca; ella unos pantalones de lino, color azul claro, y una blusa a juego. Parecía recién salida de una revista de moda. Caminaban muy juntos pero sin tocarse. Había algo íntimo en la manera que Ginnie tenía de mirarlo, o de escucharlo mientras él inclinaba la cabeza hacia ella. Tuvo que reprimir una inmediata punzada de celos. Kier era libre y podía hacer lo que quisiera con la tal Virginia.

Pero apenas el día anterior le había pedido que se casara con él... «Y tú lo rechazaste», se recordó, severa. Por lo que ella tampoco tenía ningún derecho sobre su persona...

—Hola —la saludó al acercarse—. ¿Qué tal está Sam?

—Mucho mejor —se sentía incómoda, vestida con sus vaqueros cortos y su ancha camiseta, tan distinta de la elegante Ginnie—. Ahí lo tienes.

Lo señaló con la cabeza. Samuel estaba sentado en la hierba, abrazado a una pelota y mirando a los recién llegados.

—Kee —pronunció, decidiéndose finalmente a reconocer a Kier.

—Hola, amiguito —se agachó—. ¿Qué tienes ahí?

El bebé le ofreció instantáneamente la pelota y Shahna continuó tendiendo la ropa. Ginnie sacó una sábana del cesto, decidida a ayudarla.

—Gracias —aquello sí que era una sorpresa.

—De nada.

Kier había echado a rodar la pelota para que Samuel la alcanzara, gateando. Lo siguió, sin perderlo de vista. Entre las dos, sólo tardaron unos pocos minutos en terminar de tender la ropa.

—Er... ¿os apetece un café? —preguntó Shahna, levantando el cesto vacío.

Kier no pareció oírla, ya que seguía jugando con Samuel.

—Sí. Estupendo.

Entraron en la cabaña y Ginnie se sentó a la mesa de la cocina mientras ella preparaba el café. Por la ventana, Shahna miró a Kier. Estaba echando a rodar la pelota de nuevo para que la alcanzara Sam. Como si hubiera sentido su mirada, alzó la vista y la saludó con la mano. Le señaló la cafetera, recordándole la invitación, y él asintió con la cabeza antes de seguir jugando. Parecía estar disfrutando tanto...

—Has adecentado muy bien esta cabaña —le comentó de pronto Ginnie, mirando en torno suyo.

—Eso intento.

—Mi hermano y yo solíamos jugar aquí cuando estaba vacía. Me sorprende que la hayas arreglado tan bien.

Shahna se preguntó si la joven la percibiría como una intrusa.

— ¿Te molesta? Me refiero a si te molesta que yo la esté ocupando ahora...

— Por supuesto que no —parpadeó asombrada, y miró de nuevo a su alrededor—. Me alegro de que siga teniendo alguna utilidad — luego, como si de repente se acordara de algo, le preguntó—: Por cierto, ¿qué estás haciendo aquí? Kier me dijo que tenías un empleo altamente cualificado en Sydney.

— Sí. Pero quería cambiar.

— ¿No echas de menos la vida en la ciudad?

— La verdad es que no.

— Pero sí que debiste de echar de menos a Kier.

Estaba abriendo un paquete de galletas cuando, de repente, resbaló entre sus dedos. Por suerte, cayeron al mostrador. Las recogió una a una para dejarlas en un plato.

— ¿Qué es lo que te ha contado?

— No mucho. Supongo que estabais muy... unidos.

Shahna no pudo evitar lanzarle una mirada de recelo. ¿Qué era lo que quería saber? ¿Tenía acaso pensado echarle el lazo a Kier?

— Eso fue... hace tiempo —casi se atragantó con las palabras. El tópico «sólo unos buenos amigos» acudió a su mente, pero no llegó a pronunciarlo. Ni tampoco la frase «El campo está libre. Si quieres ir a por Kier, adelante».

Estaba tensa, nerviosa. Intentó decirse que Ginnie sería la pareja ideal de Kier. Se movían en ambientes similares, probablemente compartirían parecidos puntos de vista sobre las cosas. Y, desde luego, ninguno de ellos tenía ni tiempo ni ganas de llevar la vida de campo que Shahna había elegido. Se estremeció visiblemente.

— ¿Te pasa algo? —le preguntó Ginnie, extrañada.

— Aquí no hace tanto calor como fuera, al sol.

¿No se merecía Kier a una mujer que fuera como él, con la que

podiera sintonizar bien tanto a nivel profesional como privado? Aunque la propia Shahna había gozado de aquella oportunidad... y la había rechazado. En realidad debería desearle a aquella joven lo mejor, que tuviera buena suerte. Pero en lugar de eso le entraban ganas de arañarle la cara... «Soy una miserable», se recriminó. Dejando el plato de galletas sobre la mesa, le lanzó una radiante sonrisa:

—Sírvete las que quieras.

—Gracias —tomó una y le dio un minúsculo mordisco—. ¿Te hizo algo Kier? No se comportaría de manera violenta contigo, ¿verdad?

—¡Oh, no!

—Ya me parecía a mí. Pero eso nunca se sabe. Porque, claro, como te alejaste tanto de él... —se interrumpió, expectante.

Si Ginnie estaba interesada en Kier, reflexionó Shahna, antes querría saber el tipo de hombre que era. Eso explicaba que hubiera decidido acompañarlo en su visita.

—Kier jamás le alzaría la mano a una mujer. Él no es así.

—¿Y cómo es? —le preguntó, curiosa.

Estuvo tentada de responderle que lo averiguara por sí misma. Presa de una mezcla de rabia y dolor, pronunció con voz temblorosa:

—Es... un hombre honesto y decente. Sincero. Generoso a su modo.

—¿A su modo? —murmuró Ginnie.

—Quiero decir... que es generoso con las cosas materiales. Los regalos. Y con las mujeres... es tierno y considerado —recordó lo atento que siempre había estado a sus humores, a sus necesidades... Excepto a aquella profunda necesidad que siempre le había ocultado.

—Bueno en la cama, ¿no? —le espetó Ginnie, sin rodeos.

—Er... no sólo en eso... —se ruborizó.

No tenía costumbre de hablar de su vida privada, pero Ginnie ya

había adivinado que había sido amante de Kier. O él se lo había dicho. Era estúpido sentirse traicionada por ello. Al fin y al cabo, no era ningún secreto.

— Es un hombre que... se preocupa por las mujeres.

Quizá en realidad había rechazado a Ginnie. Después de todo, a ella le había pedido que reconsiderara su negativa a casarse con él. De repente se animó un tanto:

— No es de esos que de buenas a primeras dan por terminada una relación — reflexionó en voz alta.

Tal vez, de los dos, Ginnie fuera la única en sentirse atraída...

— ¿Es de los que son fieles?

Shahna se preguntó qué querría esa mujer. ¿Una recomendación?

— Cuando está con una mujer, se entrega a ella por completo — en aquel instante experimentó una violenta punzada de arrepentimiento por haberlo abandonado y luego rechazado. Y tuvo que volverse con el pretexto de revisar la cafetera.

— Una verdadera joya — la miró pensativa, mordisqueando su galleta —. ¿Por qué lo abandonaste entonces?

— Queríamos cosas diferentes — respondió mientras sacaba las tazas del armario.

— ¿Como cuáles?

— Kier es un hombre de ciudad. Yo, en cambio, necesitaba escapar de aquella vida tan competitiva, tan dura. El café está listo. Voy a llamarlo.

Cuando salió para avisarlo y recoger a Samuel, vio que Kier le lanzaba una penetrante mirada. Sentó al bebé en la trona y le dio un zumo mientras los adultos tomaban el café. En todo momento fue consciente del juego de miradas entre Kier y Ginnie. Se obligó a sonreír y a poner interés en la conversación, que giró en torno al trabajo de Virginia en la capital. En ningún momento habló de que tuviera una pareja, o amigo alguno.

Ginnie no disimulaba en absoluto la atracción que sentía por él, a juzgar por su lenguaje corporal. Y Kier, aunque al principio se había mostrado algo reacio, no se estaba mostrando precisamente inmune.

Shahna, mientras tanto, sufría por dentro. Si realmente tenían intención de enredarse, le habría encantado que lo hubieran hecho en cualquier otro lugar que no fuera aquella casa. Cuando vio que Samuel gruñía levemente y se ponía algo colorado, agradeció aquella excusa para levantarlo y llevárselo unos minutos.

Al volver, vio que Kier y Ginnie se apartaban de repente, como si acabara de interrumpirlos en una conversación íntima.

—¿Se encuentra bien Samuel? —le preguntó él.

—Sí —quería gritarles a ambos que se marcharan—. Está perfectamente.

Como para confirmarlo, el bebé apareció detrás de ella y se acercó gateando al banco, reclamando su cesto de los juguetes. Shahna se apresuró a sacárselo. De repente Kier se levantó después de apurar su café de un trago.

—Le dije a Ace que estaría de vuelta antes de las once. Os dejo a las dos para que habléis —miró a Shahna—. Porque supongo que, viviendo aquí, no tendrás muchas oportunidades de hablar con una mujer de tu edad e... intereses similares.

Y se marchó sin darle oportunidad a replicar nada. Imaginaba que Ginnie se habría quedado tan desconcertada como ella.

—Er... ¿te apetece un poco más de café, Gi... Virginia? —le preguntó, tensa.

—Oh, deja eso y llámame Ginnie —soltó un profundo suspiro—. Cuando vuelvo a casa, nunca consigo que me llamen Virginia. Es como una causa perdida. Sí, me apetece otra taza, pero yo me la serviré. ¿Quieres tú más?

—Sí, gracias —sonrió.

Mientras removía su café, Ginnie se quedó viendo jugar a Samuel con expresión pensativa.

— ¿Es por el niño por lo que dejaste de trabajar?

— Yo no he dejado de trabajar.

— Perdona. Me refería a tu trabajo en Sydney.

— No, eso fue antes...

— ¿Antes de que tuvieras a Sam o antes de que te quedaras embarazada?

— Antes de que me quedara embarazada — respondió, vacilante.

Ginnie se recostó en su silla, tomando un sorbo de café.

— Kier me dijo que... Samuel... no es suyo.

— Y es verdad — declaró Shahna con tono firme —. No lo es.

La joven miró de nuevo al niño.

— ¿Su padre se quedó para el parto?

— No.

— Qué canalla.

— Lo de tener un hijo fue idea mía, así que no me pareció justo complicarle la vida.

— Pero para eso se necesitan dos personas. Yo se la habría complicado, te lo aseguro.

— Ya, bueno, pero él no quería tener nada que ver... y yo me alegro de poder criar y educar a Sam sola.

Supuso que eso tal vez sonara egoísta. Quizá había sido realmente egoísta, al privar a Samuel de un padre que lo habría querido y disfrutado. Evocó la escena que había contemplado antes: Kier jugando alegremente con Sam en el jardín. Kier, que una vez había declarado con un tono de absoluta convicción:

— No hay espacio en mi vida para un hijo — ya continuación se había echado a reír —. Sería un pésimo padre.

Pero también le había pedido que se casara con ella... Mirando a la mujer que tenía delante, se dijo que una cosa era divertirse jugando con un bebé y otra muy diferente responsabilizarse y ejercer de

padre. Kier no había tomado nada de eso en cuenta cuando le propuso que se casara con él. De hecho, estaba convencida de que sólo había sido algo fruto del momento, un impulso mal disimulado. Probablemente, en aquel preciso instante, ni siquiera se había acordado de Samuel.

Y, probablemente también, incluso se habría alegrado de que le hubiera respondido que no.

Capítulo 8

No lo sé –le confesó Ginnie cuando Kier consiguió hablar a solas con ella en el jardín de la granja, después de comer, donde estaba cortando flores para su padre—. No le saqué gran cosa. Pero estoy segura de algo: está enamorada de ti.

Se sintió como si hubiera recibido un puñetazo. Se había quedado aturdido, como flotando.

– ¿Eso te lo dijo ella?

– Pues claro que no – siguió cortando flores—. Pero creo que le habría gustado echarme a patadas. O sacarme los ojos.

Eso a Kier le resultaba muy difícil de creer.

– Yo creía que las dos os llevabais bien.

– Es gracioso, pero ahora me cae mejor que antes.

– ¿Y tú le caes bien?

– Creo que le da igual, pero la noté un poco... irritable, como quisquillosa. Aunque quizá fuera culpa mía.

– ¿Qué quieres decir? –le preguntó. Shahna había mostrado ante él la misma actitud, y si Virginia había descubierto algo al respecto, quería saberlo.

– Supongo que pensó que yo era... no sé, una curiosa impertinente que se estaba metiendo en su vida. Lo que no acabo de entender es por qué habría de querer alguien vivir tan lejos de... todo.

De repente Kier sintió el impulso de defender a Shahna.

– Bueno, éste es un lugar tranquilo, pacífico. Un buen lugar para criar a un hijo.

– ¿Tú crees?

– Tú te criaste aquí, ¿no? –le recordó él.

– Y me marché tan pronto como pude –replicó mientras envolvía las rosas en un papel de periódico.

Kier se resistió a volver a la cabaña por la tarde. En lugar de ello, abrió su ordenador portátil y se conectó con su oficina en Sydney. Cada día dedicaba varias horas a trabajar con su ordenador, a veces hasta bien entrada la noche. Evidentemente su ayudante no entendía aquella súbita urgencia suya por «ver un poco el país» aprovechando su visita a Nueva Zelanda, pero se mostraba muy discreto al respecto.

Sydney, su trabajo: todo eso le parecía tan lejos... Había algo extraño en Hokianga, como si allí el tiempo transcurriera con una deliciosa lentitud... Desde donde estaba, en la granja, ni siquiera podía ver la bahía, pero aun así la percibía. Creía oír el relajante rumor del mar acariciando la costa.

Shahna le había dicho que la bahía era peligrosa cuando había tormenta.

Se le ocurrió que ella misma era como la bahía, con sus ignotas profundidades ocultas tras una serena lámina brillante. ¿Qué clase de tormenta sería necesaria para romper la decidida compostura de Shahna y agitar las emociones que escondía en su interior?

Tenía que dejar de pensar en ella. Concentrarse. Tenía un negocio del que ocuparse. ¿Pero por qué incluso su propio trabajo había dejado de parecerle importante?

Se suponía que a la tarde siguiente, después de visitar a su padre en el hospital, Ginnie tenía que volver a Auckland. Una vez que salieron todos de la granja, Kier hizo algunas llamadas de trabajo, realizó las tareas que le había encargado Ace y finalmente se dirigió a la cabaña.

Shahna estaba en su taller, concentrada en unos pendientes de ópalo y plata labrada. Lo saludó rápidamente y lo invitó a servirse un café.

– ¿Quieres tú también uno?

Asintió con la cabeza, absorta en su trabajo. Kier le puso la taza delante y se sentó en la puerta del taller, contemplando el bosque que rodeaba la cabaña y escuchando el rumor de las hojas de los árboles, salpicado de vez en cuando por el canto de algún pájaro. Un súbito aleteo y una sombra fugaz en el jardín le hicieron levantar la mirada. Era la mancha azul de un martín pescador dirigiéndose hacia el agua.

Oyó un leve sonido cuando Shahna dejó su herramienta sobre el banco y recogió otra. Casi podía oírla respirar. Después de terminarse el café, se quedó donde estaba. ¿Cuánto tiempo llevaba así, sentado al sol sin hacer nada? ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había estado tan cerca de la felicidad? Desde la infancia por lo menos. Y quizá ni siquiera entonces.

Recordaba a su madre como una mujer silenciosa y contenida, siempre con una sonrisa triste en los labios. Murió cuando Kier sólo tenía catorce años. La noche que perdió al fin su larga lucha contra el cáncer, padre e hijo lloraron, abrazados.

Esa fue la última vez que estuvieron tan cerca, tan unidos. No sabiendo qué hacer con un adolescente dolido, Alan Remington lo envió a un selecto internado, y Kier pasó la mayor parte de sus vacaciones con diversos parientes y con familiares de compañeros suyos que se apiadaban de él. Tuvo que aprender a valerse por sí mismo, enterrando aquel profundo sentimiento de traición bajo una fachada de indiferencia, de frialdad.

Había hecho algunos buenos amigos, pero sin intimar demasiado con ninguno. A nadie le confesó su continuo dolor y su secreto sentimiento de abandono. No estaba bien visto que los chicos adolescentes expresaran sus emociones. Descubrió una solitaria margarita en el césped y se agachó para cortarla.

Su padre combatió la pérdida de su esposa sumergiéndose en su trabajo, y poco a poco fue amasando una pequeña fortuna con su bufete de abogados. Asistía a la entrega de algún premio o galardón para su hijo o lo felicitaba por sus éxitos académicos. Y cuando no podía asistir, se disculpaba aduciendo que estaba muy ocupado.

—No te importa, ¿verdad? Comprenderás que tengo un negocio

del que ocuparme. Tu madre habría querido que estuvieras bien cuidado.

Kier lo comprendía. «Bien cuidado» significaba estudiar en una buena universidad, una salida ocasional y unos pocos días de vacaciones al año con su padre, donde apenas hablaban más que de sus notas académicas y de sus proyectos. Siempre las mismas preguntas. Y las mismas respuestas. Más tarde sus conversaciones comenzaron a girar sobre el dinero que le enviaba o sobre su plaza garantizada en el bufete, para cuando terminara sus estudios universitarios.

Kier se quedó contemplando la margarita mientras le daba vueltas entre los dedos. Durante la adolescencia, su único acto de rebeldía fue incorporarse a un grupo de amigos para hacer una excursión a las montañas, cuando tenía diecinueve años. Su padre no le prohibió que fuera, si bien expresó su desaprobación de la manera acostumbrada:

— A tu madre no le habría gustado.

— Ella no está aquí para verlo —había replicado Kier, para arrepentirse de inmediato al ver la mueca de dolor de su padre. Pero de todas formas se había sumado a la excursión. Jamás se le había ocurrido pensar que el viejo hubiera podido estar preocupado por su seguridad. En aquel instante, mientras acariciaba con el pulgar el botón de la margarita, experimentó una punzada de remordimiento.

A las pocas semanas de graduarse en la universidad, Kier heredó el bufete familiar cuando Alan Remington falleció de un repentino ataque cardíaco. Era casi como si hubiera estado esperando el momento justo para legarle el negocio y descansar de una vez. Para entonces, su padre se había convertido casi en un extraño para él. Secretamente siempre se había prometido que, cuando trabajaran juntos, recuperarían la relación que habían perdido tras la muerte de su madre. Pero se había engañado a sí mismo y, tras el funeral, el sentimiento dominante no fue otro que el rencor. Si se hizo cargo del bufete no fue por interés o por gusto, sino porque se lo debía a Alan por tantos años de trabajo duro, por el presunto bien de su hijo.

Irónicamente, fue ese profundo desinterés, ese íntimo desapego, lo que le permitió triunfar y superar con creces las más optimistas expectativas de su padre, incluso las suyas propias. Utilizó los ahorros que Alan había invertido prudentemente en deuda pública y los invirtió en el mercado bursátil.

El sol le calentaba la espalda. Un sordo zumbido indicaba que Shahna estaba utilizando una máquina, quizá alguna especie de lijadora. El azar había sido el culpable de su temprano éxito, pero pronto comprendió que con la suerte no bastaba: para triunfar se necesitaba atrevimiento, perspicacia y también prudencia. Se convirtió en agente inversor, empezó a comprar y vender empresas, y antes de cumplir los veinticinco años ganó reputación y respeto. Y dinero: suficiente para comprarse lo que le apeteciera, gastárselo en extravagantes objetos de lujo. O en mujeres.

Shahna, sin embargo, nunca se había dejado impresionar por su dinero. Kier siempre la había tratado como a una igual, sin hacer ostentación alguna. Respetando su independencia y su integridad. Seduciéndola para que se acostaran juntos. Pero nunca había conquistado su corazón.

Se recordó que él nunca había querido conquistar el corazón de ninguna mujer, y que Shahna no era ninguna excepción. Pero en el fondo sabía que no era una mujer como las otras. Volvió la cabeza, observándola. Inclineda sobre su banco de trabajo, parecía completamente ajena a su presencia, con expresión intensa, concentrada. Su perfil poseía esa delicada fuerza que tanto lo había fascinado siempre.

De repente vio que alzaba la cabeza y se quedaba inmóvil. Dejó a un lado las herramientas y se levantó antes de que Kier pudiera darse cuenta de lo que pasaba. Samuel se había despertado.

Por unos segundos se quedó mirando a Kier con expresión de asombro. Era lógico: se había olvidado completamente de su presencia, a la puerta del taller. Y Virginia le había dicho que estaba enamorada de él... ¡Vaya con la intuición femenina! Se hizo a un lado para dejarla pasar, aspirando su deliciosa fragancia, y la siguió con la

mirada hasta que entró en la casa. Se levantó, entumecido. ¿Cuánto tiempo se habría quedado allí, perdido en sus reflexiones?

¿Y qué diablos estaba haciendo en aquel lugar, por cierto? Shahna ya había rechazado su proposición: de hecho, apenas se acordaba de que existía. Alison y Ace no lo necesitaban para nada. Su ayudante de Sydney seguía preguntándole por la fecha de su vuelta, y él se deshacía en vagas e inconsistentes excusas. Aquello era una locura. Él estaba loco, al esperar de aquella manera lo imposible...

Justo en aquel instante Shahna salió de la casa, con Samuel en los brazos. Sonreía al bebé mientras Kier la contemplaba con adoración. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Desde luego que estaba loco.

Pero aún no se había dado por vencido.

Shahna lo sorprendió mirándola con una expresión extrañamente intensa, los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada —respondió, relajándose—. ¿Quieres que me encargue de Samuel mientras tú sigues trabajando?

—No, ahora puedo estar un rato con él. Quizá salga a dar un paseo.

—¿Os importa que os acompañe? —inquirió, risueño.

—Claro que no. A Samuel le caes bien.

—Sam tiene muy buen gusto —extendió una mano para acariciarle la cabecita.

Shahna soltó una corta carcajada y Samuel rió también a su vez, imitándola. Sosteniéndolo contra la cadera, se dirigió hacia la puerta del jardín.

—Le gusta la bahía. A veces vemos peces, o pájaros pescando. O barcos.

Kier cerró la puerta a su espalda.

— ¿Bar-cos? — pronunció Sam, señalando hacia el agua.

— Yo hoy no veo ninguno — le dijo Shahna, contemplando el puerto.

Caminaron por el césped, al borde del agua. Unas cuantas ovejas corrían ladera arriba. De repente un bote a motor apareció en la bahía, para entusiasmo del bebé.

— Tenías razón, Sam. Creo que es la lancha de Timoti.

Mientras se acercaba, una figura los saludó con la mano, y Shahna le devolvió el saludo. Samuel se apresuró a seguir su ejemplo. El bote enfiló hacia ellos, ya con el motor apagado. A popa llevaba un par de cañas de pescar, pero Timoti parecía estar solo.

— Hola, Shahna. ¿Qué tal van las cosas?

— Bien, gracias.

Timoti se volvió hacia Kier:

— ¿Aún tienes intención de quedarte aquí?

— Sí, por unos días.

— Kier se ha ofrecido a ayudar a Ace con la granja mientras Morrie está en el hospital — le explicó ella.

— Bien hecho, amigo — aprobó Timoti—. ¿Qué tal está el viejo?

— El médico dice que se pondrá bien. Para la semana que viene le darán el alta.

— Estupendo — se dirigió a Shahna—: ¿Quieres un par de pescados?

— Me encantaría.

— Te los dejaré en el embarcadero — dijo antes de encender nuevamente el motor y alejarse hacia allí.

Shahna se cambió a Samuel de cadera y siguió caminando. El terreno era cada vez más accidentado.

— Déjame que lo lleve yo — se ofreció Samuel.

Se lo entregó, aliviada.

—La verdad es que me llevaré una gran alegría cuando aprenda a caminar —le confesó.

Kier sentó al niño sobre sus hombros, sujetándolo bien. Al ver que Shahna contemplaba la maniobra con cierta inquietud, se apresuró a tranquilizarla:

—No te preocupes. No se me caerá.

Samuel la miró sonriente desde aquel puesto tan aventajado, y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Más pescado? —le comentó Kier.

—Siempre es bienvenido. Timoti es muy generoso —se echó a reír—. Creo que le doy lástima.

—¿Por qué?

—Porque Samuel y yo estamos solos. Siendo maorí le resulta inconcebible que yo tenga familia. Meri y él nos adoptaron a los dos nada más llegar. Me ayudaron muchísimo, trayéndome los muebles en el barco y todo lo demás.

—¿Cómo encontraste la cabaña?

—La descubrí desde la lancha de Timoti. Sabía que los alojamientos en Rawene eran baratos, y encargué a Timoti y a Meri que me buscasen uno. Timoti montó un pequeño crucero para turistas y me invitó a acompañarlo. Cuando pasamos por delante de la casona, de inmediato comprendí que era justo lo que estaba buscando. Hasta entonces no había sabido lo que era exactamente... —se detuvo para contemplar la bahía—. Timoti me dijo que llevaba años vacía y que no creía que me fuera a gustar. Pero cuando volvimos, telefoneó a Morrie de mi parte. Adecentarla exigía bastante trabajo, pero el alquiler era barato y tanto Morrie como Ace me ayudaron mucho.

«De inmediato comprendí que era justo lo que estaba buscando. Hasta entonces no había sabido lo que era exactamente». Aquellas palabras reverberaron en el cerebro de Kier mientras Shahna regresaba al embarcadero. Así era como se había sentido en el instante en que la vio en la puerta de la cabaña, esperándolo. Deseoso de que rellenara el doloroso vacío que había dejado en su vida cuando se marchó.

En el suelo de tabla del muelle había dos peces brillantes, atados con hilo de cáñamo. Adelantándose a Shahna, Kier se agachó para recogerlos, pero Sam aprovechó aquel momento para tirarle del pelo.

—No te preocupes, ya los recojo yo —dijo ella, echándose a reír.

—¡Agarra tú a Sam! —le pidió, consciente de que se hallaba en una postura muy inestable, en cuclillas y demasiado cerca del agua.

Shahna tomó al bebé y Kier se incorporó.

—Tenía miedo de que se me cayera al agua... —le explicó—. ¿No te preocupa tener el mar tan cerca, una vez que el crío empieza a andar?

—Para eso es la valla que me instalaste el otro día.

—¿Cuánto tiempo tardará en aprender a saltarla?

Shahna le lanzó una mirada desconfiada. Kier se preguntó si habría pensado en eso, a pesar de su aparente intención de vivir allí para siempre.

—Un año o dos como poco.

Él, desde luego, tenía intención de alejarlos de allí mucho antes. Fue a tomar de nuevo a Samuel.

—No, déjalo. Encárgate tú de los pescados —le dijo ella.

Shahna bajó al bebé al suelo y se puso delante, animándolo a que diera algunos pasos. Luego, llevándolo cada uno de una manita, se dirigieron lentamente hacia la cabaña.

Kier dejó los pescados sobre el mostrador de la cocina mientras ella sacaba los juguetes del bebé.

- ¿Quieres que los ponga en la nevera?
- Primero tengo que limpiarlos y hacerlos filetes.
- ¿Sabes hacer eso?
- Meri me enseñó.

Lo había dicho con tanta naturalidad. De alguna forma, la distancia que lo separaba pareció profundizarse. ¿Qué más cosas habría aprendido a hacer desde que se marchó de la ciudad?

– ¿También cazas conejos? –le preguntó mientras la veía sacar un largo cuchillo de un cajón.

Extendió una hoja de periódico sobre el mostrador. Al principio se lo quedó mirando sorprendida, como si se tratara de una broma.

- No. Pero Ace sí, y yo me los como –empezó a abrir el pescado.
- Un auténtico chico de campo, ese Ace.
- No hay nada malo en eso –lo miró de reojo.
- Claro que no.

Pensó que Ace no era ningún estúpido. Le gustaba el trabajo físico, a la intemperie, pero también llevaba las cuentas de la granja, estudiaba ganadería y programas de cruce de especies. Incluso se defendía en una conversación sobre macroeconomía internacional.

El compañero ideal para una inteligente mujer de ciudad que adoraba la vida en el campo...

Kier desvió la mirada cuando Shahna destripó el primer pescado. Samuel estaba gateando entre el banco y el sillón. Hasta que de repente, manteniéndose de pie, dio un tentativo paso hacia delante, y otro más. Eran tres pasos los que lo separaban del agarre de la silla del comedor. Y los dio.

- ¡Ha andado! –exclamó Kier.
- ¿Qué?
- Samuel acaba de andar. Acaba de dar tres pasos sin apoyarse en nada.

—No me lo creo —lo miró. En aquel instante estaba concentrado en su xilófono.

—De verdad que los ha dado —insistió él, y se agachó frente al bebé, extendiendo los brazos—. Vamos, Sam. Repite delante de mamá lo que acabas de hacer.

El bebé lo miró sin comprender y se puso nuevamente a gatear.

—No, así no... ¡No me hagas quedar como un mentiroso, por favor!

Samuel soltó una carcajada, divertido. Shahna contemplaba la escena con una sonrisa. Sacudiendo la cabeza, volvió a su tarea.

Kier lo levantó en brazos. El crío señaló lo que estaba haciendo su madre, curioso: quería verlo de cerca. Kier satisfizo su deseo pero no le dejó tocar nada.

—Estás criando un monstruo —le comentó a Shahna, bromista.

Se echó a reír. A Kier le encantaba su risa. Tenía las manos sucias y el pelo despeinado. Llevaba una camiseta ancha y unos viejos vaqueros con las rodilleras gastadas. Iba descalza. Y el hedor del pescado mataba cualquier otro perfume. Pero no le importaba.

El sonido de su risa, la luz de sus ojos cuando se volvió para mirarlo le aceleró el corazón. Con Sam en los brazos, se inclinó hacia ella y la besó.

Shahna se quedó muy quieta, de puro asombro, pero su reacción no fue otra que abrir los labios, deseosa, anhelante. El gorjeo de Samuel acabó con aquel instante mágico.

—Oh, oh —exclamó ella—, Creo que no deberías haber hecho eso —y se concentró de nuevo en filetear el pescado, bajando la mirada para disimular su expresión.

Samuel, mientras tanto, miraba sonriente a una y a otro.

—Parece que Sam lo aprueba... —comentó Kier.

En vez de contestarle, Shahna lo fulminó con la mirada.

—No he podido evitarlo, de verdad —se disculpó de pronto, muy

serio.

—Bueno, al fin y al cabo sólo ha sido un simple beso... —se encogió de hombros—. No hay que exagerar.

Dio la vuelta al pescado y lo siguió cortando con movimientos hábiles y enérgicos. Kier se alegró por un instante de no encontrarse en su lugar.

Shahna seguía con la mirada fija en su tarea, esforzándose por dominar el impulso de lanzarse a sus brazos. Si Samuel no hubiera estado allí, quizá lo habría hecho. No era justo lo que aquel hombre era capaz de hacerle...

En el salón, Kier estaba intentando persuadir a Samuel de que repitiera su hazaña. No parecía que el beso lo hubiera afectado tanto como a ella.

Para cuando Shahna hubo terminado y se lavó las manos, Kier estaba sosteniendo al bebé para que caminara. Pero nada más soltarlo, se caía al suelo aterrizando con el trasero.

Shahna se rió de nuevo, y Kier alzó la mirada con una sonrisa en los labios.

—Eh —le dijo a Samuel—. Mira, ésta es tu mamá. Enséñale lo que sabes hacer.

El pequeño se levantó y, agarrándose a un dedo de Kier, dio un paso. Luego, como vio que no quería acompañarlo en su recorrido, se soltó y consiguió dar la media docena de pasos que lo separaban de su madre. Shahna lo alzó en brazos y lo besó, emocionada:

—¡Enhorabuena!

Kier se incorporó, tan sonriente como Samuel.

—Te dije que podía hacerlo.

Shahna le dio otro beso y luego se volvió hacia Kier. La sonrisa seguía allí, junto con algo más: una mirada extrañamente triste, nostálgica, que no le había visto antes.

—Eres muy bueno con él...

– El mérito es suyo.

– Yo creía que no te gustaban los niños.

– ¿Quién te dijo eso?

– Tú mismo dijiste que no tenías espacio para ellos en tu vida.

– No lo recuerdo – frunció el ceño –. En cualquier caso, no es lo mismo.

– Fue en el bautizo del bebé de Quentin.

– Tal vez – sacudió la cabeza –. Pero te digo que no lo recuerdo.

– Tampoco mostraste mucho interés por el protagonista de la ceremonia.

– ¿El bebé de Quentin? – parecía perplejo –. Bueno, no sé... No era una persona... A menos no como Sam.

Al escuchar su nombre, Sam se volvió hacia él, sonriente, y le pidió a su madre que lo bajara al suelo. El crío se quedó inmóvil hasta que, decidiéndose, caminó varios pasos hacia Kier.

Era un nuevo juego, y así estuvo durante un rato, caminando entre uno y otra hasta que se sentó bruscamente en el suelo.

– Está cansado – dijo Shahna.

– No me sorprende, después de tanto ejercicio.

Kier se dispuso a marcharse. Estaba a punto de salir cuando de pronto se detuvo en el umbral, mirándola:

– ¿Por qué te estás reprimiendo a ti misma? Y a mí.

Shahna se dijo que estaba intentando servirse de su ventaja anterior: sabía perfectamente cuál había sido su reacción ante aquel beso. Pero nada había cambiado. En silencio, negó con la cabeza. Y Kier se marchó después de lanzarle una última e inquietante mirada.

Capítulo 9

Frustrado pero más decidido que nunca, Kier se encaminó de vuelta a la granja.

¿Qué podía hacer para que Shahna regresara a Australia? Podía comprarle un taller, con todas las comodidades. Podrían vivir en una casa de las afueras, si le gustaba la naturaleza. Había complejos de apartamentos rodeados de bosques en las Montañas Azules. Compraría un helicóptero para ir a la oficina diariamente, si era necesario. O le regatearía horas al trabajo, como estaba haciendo ahora...

Compromiso. Estaba deseoso de comprometerse, pero Shahna parecía anclada a aquel lugar.

Alison y Ace ya estaban de vuelta, y con buenas noticias. Morrie saldría del hospital para finales de aquella semana, y aunque no podría utilizar la mano por un tiempo, los médicos confiaban en que recuperaría el movimiento con un tratamiento intensivo de fisioterapia.

Alison quería acostarse temprano. Ace, sin embargo, quería bajar al pub a celebrarlo, y le preguntó a Kier si quería acompañarlo.

—¿Y puedo saber quién te llevará a casa? —le preguntó su madre, a quien no le hacía ninguna gracia la idea.

—Yo conduciré —se ofreció Kier. Se dijo que quizá un ambiente festivo fuera la mejor medicina para la depresión que parecía haberse apoderado de él—. Yo no tomaré más que un par de vasos de cerveza.

No le costaría demasiado, ya que nunca había sido un gran bebedor. Ace se mostró aliviado, y Alison agradecida.

El bar del hotel estaba repleto de gente. Después de que Ace le presentara a sus amigos, Kier intentó que le duraran sus dos cervezas y luego se cambió a los refrescos. Habló con granjeros, con

pescadores, con el propietario del taller de mecánica del pueblo... y finalmente se encontró en un grupo que incluía al editor jubilado de un diario local, a un poeta que conducía un autobús escolar y a un periodista que escribía para revistas de todo el mundo.

— ¿Y tú vives aquí? — le preguntó Kier, incrédulo.

— Sólo entre seis y ocho meses al año — se echó a reír —. El resto del tiempo lo dedico a viajar por el mundo, aunque gran parte del trabajo lo sigo haciendo en mi casa. Es un cobertizo de dos habitaciones, pero tiene luz, calefacción, teléfono... y por lo general tengo éxito cuando intento conectarme a Internet.

— ¿Estás casado?

El hombre le lanzó una peculiar mirada.

— Ya no.

Lo suponía.

Al día siguiente Shahna pasó la mañana en la pequeña iglesia del pueblo, con otras jóvenes madres, intentando controlar a un bullicioso grupo de atrevidos preescolares. Samuel tuvo ocasión de caminar bastante, practicando sus nuevas habilidades. La madre de uno de los pequeños, algo mayor que Sam, los invitó luego a comer.

Ya era media tarde cuando llegaron a casa. Mientras Samuel jugaba a sus pies, Shahna se dedicó a hacer bocetos para un collar a partir de un broche roto que había comprado en Kaitaia, durante su última visita, por muy poco dinero. El broche tenía una aguamarina que le recordaba el color de la bahía de Hokianga, y quería engastar la piedra en un diseño que representara el puerto y las colinas.

Pero le resultaba difícil concentrarse. Cuando no se quedaba mirando a Samuel, se distraía pensando o recordando cosas. A Kier besándola por sorpresa, con su hijo en los brazos. O sonriendo emocionado mientras veía andar a Sam... Pero también en aquel bautizo en Sydney, pronunciando la frase que se le había quedado

grabada:

—No hay espacio en mi vida para un hijo. Sería un pésimo padre.

Le había dicho que se había olvidado de ello, pero Shahna lo recordaba perfectamente. Recordaba la muerte de su esperanza, el atronador latido de su pulso en los oídos, su aturdimiento mientras hablaba con otra persona sin escucharla siquiera, el dolor de sus músculos faciales mientras forzaba una sonrisa. El hecho de tener que fingir que se estaba divirtiendo cuando su mundo entero, su vida, acababa de romperse en pedazos.

—¿Te encuentras bien? —le había preguntado alguien, preocupado—. Estás muy pálida.

Recordaba haberle dado una vaga respuesta. Otra persona le puso un vaso de agua en la mano. Hasta que apareció Kier, tomándola del brazo:

—¿Qué te pasa? Estás pálida como la cera.

—Estoy bien —dijo al coro de rostros que la rodeaba. Porque a él no podía mirarlo—. El calor... seguramente me he quedado un poco deshidratada...

Era pleno verano en Sydney, y todo el mundo se había tragado la excusa. Kier la había llevado a casa, sentándola en su coche como si fuera un objeto de porcelana y mirándola preocupado de cuando en cuando, durante todo el trayecto. Una vez en su apartamento, se tumbó en la cama mientras él le preparaba un agua con hielo.

—Todavía estás pálida —observó—. ¿Quieres que llame a un médico?

—No hace falta. Ya me siento mejor.

—Me quedaré esta noche contigo.

—¡No!

—Shahna, estás enferma. No puedo dejarte así.

—No estoy enferma. Ha sido por estar de pie tanto tiempo, con este calor.

– Aun así...

– De verdad, prefiero quedarme sola.

Llegaron a un acuerdo. Kier le preparó un sándwich mientras ella se duchaba. Luego esperó a que se acostara antes de marcharse. Sólo entonces se echó a llorar. Fue la última vez que se dejó llevar por la autocompasión. Después de un sueño inquieto, se obligó a ser pragmática. «Piensa en el problema, toma decisiones, diseña una estrategia y llévala a cabo».

«Como el diseño de este collar», se recordó en aquel momento, mirando con ojo crítico el boceto que tenía delante. Descontenta, lo tiró y empezó de nuevo, pero su mente seguía atrapada por los recuerdos. La primera y más difícil decisión había sido salir de Sydney, alejarse todo lo posible de Kier. Lo cual había significado abandonar su trabajo, su casa, sus amigos. Lo había conseguido, y sin muchos remordimientos. En realidad, los amigos que había hecho en Sydney tenían muy poco en común con ella. Al menos con la Shalna que ahora vivía en la bahía de Hokianga. El contacto se habría marchitado con el tiempo, incluso aunque se hubiera esforzado por conservarlo. Pero hasta sido más sencillo no hacerlo.

Trazó un círculo con el lápiz, imaginándoselo de plata. Un delicado y finísimo hilo de plata. Después de volar a Nueva Zelanda, había aceptado un trabajo inmoral en Auckland, la mayor ciudad del país, pero mucho más pequeña que Sydney. La empresa que la había contratado era pequeña y modesta, pero sus nuevos compañeros la habían recibido muy bien. Había empezado a hacer amigos. En la base del círculo trazó una línea que se fue curvando hasta adquirir la forma de una media luna, horizontal.

Era fácil hacer amigos. También los había hecho allí, en Hokianga, cuando se trasladó. Timoti y Meri, los McKenzie, las otras madres del grupo de preescolares. Pero nunca había encontrado a nadie que ocupara el lugar de Kier. Se había dicho desde un principio que Samuel llenaría aquel vacío de su corazón, y que no tardaría en olvidarlo. En realidad, ahora lo sabía, no había hecho otra cosa que mentirse a sí misma.

El lápiz que sostenía se había quedado inmóvil. Lo acercó de nuevo al papel y sombreó la parte externa de la media luna, evocando los tupidos bosques que rodeaban la bahía. Luego coloreó la parte interna con un lápiz azul, representando el agua. ¿Lacado?, garabateó al pie del diseño. No, quedaría demasiado brillante. Mejor usaría plata y lo puliría con acero para darle un acabado mate. Tachó la nota que había escrito. No podía casarse con Kier. ¿O sí?

Samuel. No quería llevar a Samuel a la ciudad. Aunque mucha gente elegía los suburbios residenciales de una ciudad para instalarse con sus familias. ¿Una familia? ¿Hermanos y hermanas para Samuel? ¿Qué pensaría Kier al respecto? Dividió la mitad inferior de la media luna con una línea curva, vertical, y la coloreó de verde oscuro. La otra sección sería de... de madera blanca. Una veta de madera blanca penetrando en la plata.

Para sus diseños, siempre se inspiraba en la naturaleza de Hokianga. Otra razón para no regresar a Sydney. Por supuesto, si no amaba a Kier, todos los demás argumentos eran irrelevantes. Amor. La palabra había surgido, reacia, de su subconsciente. A pesar suyo. Se quedó inmóvil, con el lápiz entre los dedos, abismada en sus propios sentimientos.

Por supuesto que amaba a Kier. En el fondo lo había sabido siempre, desde la primera vez que lo invitó a pasar la noche en su apartamento. Pero durante mucho tiempo se había esforzado en disimularlo, incluso a sí misma, como una especie de mecanismo de defensa. Porque Kier nunca había usado esa palabra con ella y porque, para una mujer, amar a un nombre que no la amaba era como suicidarse emocionalmente.

Por eso se había marchado de Sydney, para alejarse de él. Pero Kier había partido en su busca y la había encontrado, trastornando completamente su proyecto... Se concentró nuevamente en el boceto. Trazó una curva de plata bajo la media luna, luego un aro y... no, un corazón. Se preguntó si habría querido hacerlo a propósito. Se lo quedó mirando. El aguamarina gris azul quedaría perfecta dentro de aquel delicioso diseño.

Kier nunca le había dicho que la amaba: sólo que la deseaba. Quizá no conociera la diferencia. O quizá estuviera jugando una carta falsa, esperando a que ella le revelara sus sentimientos primero. Hasta el momento había llevado toda la iniciativa y además tenía por costumbre esconder su juego. La esperanza y la duda batallaban en su interior. ¿Podría aprender a amar a Samuel? Era una pregunta crucial. Pese a haber afirmado que sería un pésimo padre, se llevaba sorprendentemente bien con su hijo...

Pero cuando Samuel dejara de ser un bebé... ¿cuáles serían los sentimientos de Kier? Porque jamás antes había demostrado el menor interés por los niños. En cualquier caso, Sam constituía su primera preocupación. Quizá lo había traído al mundo de manera egoísta, pero sus necesidades eran lo principal. Kier iba después. Dibujó la forma de una aguamarina y la coloreó, imaginándosela colgando libre dentro del corazón de plata. Como una lágrima.

Kier estaba discutiendo con su ayudante y segundo de a bordo en la empresa.

–Yo sé que puedes, Quentin –insistió–. Confía en ti mismo.

–Ya, bueno... te agradezco tu confianza. Pero me sentiría más tranquilo si tú estuvieras aquí... Er... te avisaré del resultado.

–Hazlo.

Kier colgó el teléfono de los McKenzie y se quedó sentado, frunciendo el ceño. Inquieto, se puso a tamborilear con los dedos en la mesa. La indecisión era un estado al que no terminaba de acostumbrarse. ¿Por qué no podía olvidarse de Shahna y de su inexplicable terquedad? Eran muchas las mujeres que saltarían ante la oportunidad de casarse con él. Mujeres que le darían encantadas un hijo...

Se levantó para acercarse a la ventana a oscuras. La pequeña luz que se distinguía entre los árboles le decía que Shahna estaba despierta, probablemente trabajando en su taller después de haber

acostado a su hijo. Podía imaginársela absorta en su trabajo, convirtiendo una simple pieza de metal en una maravillosa artesanía. Y todo ello mientras Samuel dormía plácidamente...

Samuel, el hijo que había tenido con otro hombre en lo que, según ella, no había sido más que una aventura de una sola noche. Cerró los puños, preso de una rara mezcla de furia y dolor. Ciertamente, los niños jamás habían figurado en su agenda. Sin parientes, y sin ambición alguna de crear una dinastía, jamás había pensado seriamente en tener hijos. Pero el pequeño Sam había terminado por conquistarlo. De repente se dio cuenta, estupefacto, de que deseaba con todas sus fuerzas que aquel niño fuera suyo. Quería a Shahna. Y quería también a su hijo.

Kier se fue a Rawene en el camión para recoger unos encargos de Ace. Terminó pronto, de manera que le sobraba tiempo para embarcar en el ferry. Estaba paseando por el muelle cuando se encontró con Timoti, limpiando pescado en su bote.

— ¿Podrías enseñarme a hacer eso? — le preguntó.

— Claro — sonrió —. Sube a bordo.

Kier se mostró un tanto torpe, pero Timoti no dejaba de darle ánimos.

— Ya irás adquiriendo práctica. ¿Has pescado alguna vez?

— Lo intenté una vez cuando era pequeño, pero fue un fracaso.

— Yo puedo llevarte cuando quieras. Mañana, si te parece bien. Después de comer.

— Gracias. Si Ace no me necesita para nada, te acompañaré.

— Adelante — le dijo Ace —. Que te diviertas.

Timoti lo recogió en el embarcadero cercano a la granja, y poco después anclaba el bote en un lugar donde el bosque descendía hasta

el agua. Entregándole una caña, le enseñó a poner el cebo y a lanzarlo. Luego se sentaron en dos cómodas sillas, en cubierta, y esperaron tranquilamente.

El bote se mecía suavemente, con el agua chapoteando contra los costados. El cielo estaba azul, apenas veteado por algunas nubes blancas. Timoti tenía los pies apoyados en la borda, con los ojos medio cerrados. Una pareja de gaviotas voló a su alrededor antes de posarse en el agua. Kier se removió en su silla, inquieto.

—Pescar requiere paciencia —comentó Timoti, absolutamente inmóvil.

Intentando imitar su relajada postura, Kier se dijo que podía ser paciente, desde luego. Sólo que estaba acostumbrado a hacer que las cosas sucedieran. Y no a esperar a que sucedieran solas.

—Los peces son como las mujeres —añadió Timoti—. Tú les muestras el cebo, les dejas que piensen que no estás interesado y, más tarde o más temprano, la curiosidad les puede. Dan un mordisco o dos. Luego quieren más, y cuando se quieren dar cuenta ya están enganchados.

—¿Así fue como te pasó a ti con Meri?

—Ah, Meri —soltó una carcajada—. No, ella era diferente. Una mujer orgullosa. Como Shahna.

—¿Shahna?

—Tiene su orgullo, ¿no? —lo miró de reojo—. Cuando se vino aquí sola, con el bebé, no pidió favores a nadie —de repente se quedó pensativo—. Sola, sin ningún hombre ni familiar que la ayudase.

—A mí me dijo que no necesitaba ningún hombre.

—Ya —asintió Timoti—. Meri me dijo lo mismo a mí —se echó a reír—. Pero me quería. El problema era que no era capaz de admitirlo —se interrumpió, viendo a un cormorán negro posarse discretamente en el agua y plegar sus alas—. Aunque yo no le hice ningún bebé hasta que estuvimos casados.

—Samuel no es mío.

Timoti le lanzó una mirada escéptica.

—Supongo que la diferencia es importante...

—¡No! —exclamó Kier, involuntariamente—. Quiero decir que... para mí no lo es.

Era verdad, a pesar de los celos que sentía por el padre de Samuel. Timoti volvió a quedarse callado. El cormorán había desaparecido, pero volvió a surgir a unos metros, descansando antes de bucear de nuevo. Segundos después emergió con un pez en la boca.

—Ha pescado uno —comentó Timoti—. Los peces andan por aquí.

Y continuó esperando tranquilamente. Poco al poco el balanceo del bote y el silencio, apenas turbado por el rumor del agua, empezó a surtir su efecto sobre Kier. Jamás en toda su vida había sentido tanta paz, tanta serenidad. Cuando su sedal se tensó de pronto, tardó unos segundos en darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Ha picado?

—Eso creo —se levantó, tirando de la caña.

Ayudado en todo momento por Timoti, consiguió pescar un kahawai de considerable tamaño. A punto estuvo de devolverlo el agua, pero su compañero fue más rápido y lo limpió en un santiamén. Sintió una punzada de arrepentimiento por aquella hermosura de la naturaleza que ya no era más que una cosa blanca e inerte. Añadió tres piezas más a la media docena de Timoti antes de emprender la vuelta. Le pidió que lo dejara en el embarcadero de Shahna. Por muy ridículo que fuera, estaba deseoso de enseñarle sus capturas.

Shahna abrió la puerta con Samuel en los brazos. Una oleada de ternura lo barrió por dentro al verlos juntos.

—Hola, Kier —sólo por un instante, una sonrisa asomó a sus labios. De inmediato adoptó una expresión ligeramente recelosa—. Pasa —lo invitó, algo reacia.

Levantó los peces, colgando de un cordel de cáñamo.

—Espero que no estés cansada de comer pescado.

—No si es fresco —lo acompañó a la cocina, mientras Samuel contemplaba fascinada el pescado—. He oído el bote de Timoti. ¿Te los ha dado él?

—No. Los he pescado yo mismo.

—¿Tú?

—Y los he limpiado además. Están listos para cocinar —los dejó sobre el mostrador.

—Estoy impresionada —y sorprendida también—. Pero me van a sobrar.

—Toma los que quieras, el resto se los llevaré a Alison.

—Gracias. Tomaré uno.

—Que sean dos y yo los prepararé —le sugirió—. Visto que los he pescado yo, me haría ilusión cocinarlos también.

Samuel se puso a palmotear en aquel instante, y Shahna soltó una carcajada.

—Vaya, a Sam le gusta la idea —añadió Kier.

El bebé le tendió los brazos.

—Kee...

—Claro que sí, pequeño... —se agachó para levantarlo.

—Oh, de acuerdo... —Shahna se echó a reír de nuevo—. Yo prepararé las verduras y tú el pescado. Será mejor que avises a Alison de que no cenarás allí.

Recordándose que no debía tentar demasiado su suerte, Kier mantuvo un tono ligero de conversación mientras ella daba de comer a Samuel. Cenaron una vez que el bebé estuvo acostado, cuando todavía no se había puesto el sol.

—Estaba delicioso —comentó Shahna, haciendo a un lado su plato—. Gracias, Kier. ¿Un café?

—Yo lo haré. Tú quédate sentada.

Se recostó en su silla, suspirando.

—Debes de estar cansada —adivinó—. Samuel no para quieto cuando está despierto, ¿verdad?

—Oh, no me importa... —bostezó.

—¿Estás contenta? —le preguntó Kier mientras llenaba la cafetera.

—¿De haber tenido a Samuel? Desde luego que sí.

—¿No te arrepientes de nada?

—No me arrepiento de haberlo tenido —contestó, mirándolo con expresión desconfiada.

—¿Y de haberme dejado? —le hizo la pregunta en voz baja, con toda naturalidad, como si no le importara demasiado su respuesta.

—Ah, eso... —desvió la mirada—, eso fue... inevitable.

Lo dijo con un tono triste, deprimido. Mientras Kier buscaba una pregunta menos directa que el simple y obvio «¿por qué?», ella añadió:

—Por favor, no me preguntes más.

Eso requería un gran esfuerzo por su parte, pero aceptó. No insistiría más por esa noche. Mientras servía el café, recordó el consejo que le había dado Timoti: «paciencia» era la palabra clave. El salón había quedado en penumbra, ganando en intimidad.

—Tú nunca me hablaste mucho de tus padres.

Kier suponía que habían fallecido en un accidente de tráfico. En cierta ocasión, cuando se lo preguntó, Shahna se limitó a encogerse de hombros, sin añadir nada más. Y ya no volvieron a abordar el tema. Y él, tenía que reconocerlo, tampoco había querido saberlo. Ninguno de los dos había querido contarle al otro la historia de su vida. Habían vivido únicamente para el presente. Sus pasados respectivos habían sido irrelevantes. Pero nada en Shahna le parecía irrelevante ahora.

— ¿Mis padres? — parpadeó, sorprendida.

— Tienes que acordarte de ellos. Tenías doce años, según me dijiste, cuando murieron.

— Yo nunca te dije que habían muerto.

Pero ciertamente lo había insinuado. Kier procuró escoger cuidadosamente sus palabras.

— Me dijiste que los perdiste a ambos cuando temas doce años... ¿qué fue lo que pasó?

— Mi padre se marchó. Ya lo había hecho antes, pero esa vez se fue en compañía de otra mujer. Bueno, quizá no fuera la primera, eso no lo sé. Se fue a vivir con ella, y mi madre se quedó tan amargada que nunca me permitió visitarlo. Yo solía verlo en secreto, nos citábamos en la calle, pero él nunca se molestó en conseguir un derecho legal para verme, o una custodia compartida. En cualquier caso, cuando se fue con su amante... perdimos el contacto.

— No parece que fuera un padre muy ejemplar.

— Es el único que tuve.

— ¿Qué le sucedió a tu madre?

Shahna se encogió de hombros, como si estuviera luchando consigo misma. Kier esperó. Pacientemente.

— Una vez que papá nos abandonó, mi madre se puso a beber. Solía traerse a casa una botella de vodka del trabajo, era recepcionista de un hotel, y se sentaba en la cocina con ella durante horas... antes de irse a dormir. Primero fueron las noches del viernes, luego casi cada noche. Se las arregló para mantener su trabajo, pero en casa apenas estaba sobria.

— ¿Con una adolescente a la que cuidar?

— A los catorce años ya me las arreglaba bastante bien sola. A los dieciséis habría preferido marcharme de casa, pero ella me necesitaba. Hasta que una noche, cuando yo acababa de acostarme, salió... no sé a qué. Quizá a comprar más bebida, ya que se había terminado la botella. Se cruzó delante de un coche y falleció al cabo

de unas horas. Fue entonces cuando vendí la casa y me vine a Australia. Tenía dieciocho años.

—¿Y nunca volviste a saber más de tu padre?

—No, ni me importa —de repente una expresión nostálgica asomó a sus rasgos—. Aunque me habría gustado que Samuel hubiese tenido abuelos. Abuelos de verdad, que lo hubiesen querido.

—Te entiendo. Y un padre de verdad —añadió Kier—. El muy canalla...

Shahna se lo quedó mirando.

—Pero tú sólo conoces a Samuel de un par de semanas —pronunció, dubitativa.

—Es un niño precioso —tenía la sensación de que lo conocía de toda la vida.

—¿A ti... er... te habría gustado tener un bebé?

—No sé. Nunca pensé en ello —sin poder evitarlo, le lanzó una mirada acusadora—. Tú no me diste la oportunidad.

Shahna se levantó bruscamente y se dirigió casi corriendo a la cocina. Estuvo a punto de chocar contra el mostrador, como si no lo hubiera visto. Kier se apresuró a tomarla de los hombros, preocupado.

—¿Shahna? —la hizo volverse hacia él—. ¿Qué pasa?

—Nunca hablamos lo suficiente... Lo siento, Kier, lo estropeé todo. Y ahora no podemos dar marcha arras.

—Pero aún no es tarde y...

—¡Claro que sí! —exclamó, angustiada—. ¡Es demasiado tarde!

Capítulo 10

—Tú no lo comprendes —murmuró. Se ahogaba de pura desesperación.

—¡Pues háblame ahora! —la sacudió suavemente—. Dime lo que sientes.

No habría sabido por dónde empezar. Había tantas cosas que no sabía... Y además, ¿qué bien podía reportarle saberlas ahora? ¿Cómo se sentiría si le dijera la verdad? ¿Furioso? ¿Dolido? ¿Asqueado?

—No puedo —le confesó—. No sé lo que siento.

Acunando su rostro entre sus manos, la obligó a que lo mirara.

—Quizá esto te ayude —y la besó.

Al principio mantuvo los puños cerrados sobre su pecho, impidiéndole acercarse. Pero luego los abrió y le devolvió el beso con la misma pasión, dejándose arrastrar por aquel instante agridulce.

Cuando se apartó, vio que estaba llorando.

—Shahna... ¿Qué pasa?

—Nada que tú puedas arreglar —sacudió la cabeza—. Por favor, vete de aquí, Kier. Estaba perfectamente hasta que tú llegaste.

Se dijo que estaba siendo injusta. Ella era tan culpable como él, si no más, de su situación actual. Pero necesitaba pensar, ordenar sus pensamientos, y era incapaz de hacerlo con Kier allí, seduciéndola con sus besos. Y haciéndole tomar conciencia de lo mucho que lo echaba de menos.

Alzó una mano para enjugarle una lágrima. Pero la dejó caer al ver su expresión.

—Sólo ha sido un beso, Shahna.

Furiosa, se pasó el dorso de la mano por los ojos. ¿Sólo un beso?

—Muy bien, pues dejémoslo así.

—Nunca antes te había visto llorar.

Por supuesto que no. Siempre le había escondido sus lágrimas, negándose a que descubriese lo vulnerable que era.

—Bueno, algún día tenía que ser el primero, ¿no? Pero no te preocupes. Lo superaré.

—Ojalá pudieras decirme por qué te has alterado...

—Estoy cansada. Lo único que necesito es una buena noche de sueño.

—¿No has estado durmiendo bien?

—No he dormido muy bien por culpa de Samuel —le recordó—. Y aún no he tenido tiempo de recuperar esas horas de descanso.

—De acuerdo, he captado la insinuación.

—No quería ser grosera...

—No puedo quejarme... —admitió Kier—, sobre todo después de haberme invitado a mí mismo.

Ya se dirigía hacia la puerta cuando sonó el teléfono. Mientras ella contestaba, se detuvo con una mano en el picaporte.

—Es Alison —le tendió el auricular—. Para ti.

Lo tomó, frunciendo el ceño. El gesto preocupado no lo abandonó durante toda la conversación.

—La mujer de Quentin ha estado intentando ponerse en contacto conmigo.

—¿Qué ha pasado? —sabía que si Jill lo había telefoneado allí, debía de haber sido por una buena razón.

—Quentin está en el hospital. Parece que se trata de un ataque cardíaco. ¡Maldita sea!

—Oh, pobre Quentin... ¡y pobre Jill! ¿No es demasiado joven para eso?

Kier se pasó una mano por el pelo.

—Tengo que volver a casa. En el primer avión.

—Sí, claro —el corazón le dio un vuelco—. Jill tiene que estar

muy angustiada.

La miró como si no la estuviera viendo, y de repente Shahna comprendió que su cerebro estaba trabajando a toda velocidad, haciendo planes, estableciendo prioridades.

– Cuando haya solucionado esto, hablaremos.

Shahna no contestó nada. Una vez que regresara a Sydney y retomara su rutina, quizá cambiara de idea. Quizá considerara aquel episodio como una aberración, unas cortas vacaciones en medio de la realidad. Tuvo que reprimir el absurdo impulso de lanzarse a sus brazos, de suplicarle que no se marchara. No esperaría su vuelta. ¿Acaso no había sabido que ese momento llegaría alguna vez? Sí, pero no tan bruscamente.

– Puedes usar mi teléfono, si necesitas llamar a la agencia.

– No, llamaré desde la granja. Espero que Alison y Ace no sientan que los dejo en la estacada.

– Lo comprenderán. Morrie volverá a casa en un día o dos. Y tienen amigos que los ayudarán.

Vio que esbozaba una mueca de disgusto, como si el pensamiento no le gustara en absoluto.

– Supongo que, en realidad, aquí no soy en absoluto necesario – contempló la cabaña como si quisiera retenerla en la memoria, antes de mirarla de nuevo.

Alzó una mano para acariciarle tiernamente una mejilla. Esa vez Shahna no se apartó. Apenas la rozó con las yemas de los dedos.

– Hasta la vista – murmuró, vacilando por un instante antes de dirigirse hacia la puerta.

Shahna lo observó marcharse. Preguntándose si volvería a verlo alguna vez.

Sydney era más bullicioso de lo que recordaba, caluroso, lleno de

gente, y el conductor del taxi que tomó en el aeropuerto estaba de muy mal genio. Para cuando subió su equipaje a su apartamento, Kier también lo estaba. Después de ducharse y afeitarse salió directamente para el hospital, encontrando a Jill tensa y levemente hostil.

Quentin, a pesar de su palidez y de la cantidad de tubos que tenía conectados, insistió en darle un detallado resumen de todo lo que había hecho antes de caer desmayado en su despacho.

—Ha estado trabajando hasta el agotamiento —le informó Jill poco después, cuando salieron juntos de la habitación—. Está estresado.

Sólo le faltó añadir que era culpa de Kier.

—Lo siento, Jill. Debí de haber adivinado que le estaba exigiendo demasiado.

—Tiene una familia en la que pensar. Para ti está bien, Kier. Tú no tienes hijos —de repente se ruborizó—. Perdona, no debería haberte dicho todo esto... A Quentin no le gustaría.

—No te preocupes. Quizá debería habérmelo dicho el propio Quentin, y mucho antes.

—¿Le habrías escuchado?

—Yo siempre escucho a mi plantilla —repuso, algo molesto esa vez—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Por tu enorme grado de implicación en tu trabajo. Quentin intentaba imitarte, estar a la altura de tus expectativas.

—¿En detrimento de su propia familia? Desde luego, jamás quise transmitirle esa impresión —aunque, si tenía que ser sincero, apenas había pensado en los otros compromisos de su ayudante, fuera del trabajo...

Quentin jamás le había mencionado sus compromisos familiares cuando Kier le había pedido que se quedara trabajando hasta tarde, o que saliera de viaje de negocios al momento, sin previo aviso. Solamente en una ocasión le había solicitado varios días libres para estar con su mujer y sus hijos, antes y después de su último parto.

Kier se los había concedido, sin quejarse. Había creído ser un jefe comprensivo, tolerante. Pero quizá no lo había sido tanto.

—Quentin necesitará tiempo para recuperarse del todo.

—No perderá su trabajo, ¿verdad? —le preguntó Jill, mirándolo angustiada—. Se preocupará aún más si lo sustituyes por otro...

Por momentos Kier se estaba sintiendo como una especie de ogro que no tenía ninguna compasión por sus empleados.

—No podría arreglármelas sin él —declaró con tono firme, y casi sincero—. ¿Dónde podría encontrar un colaborador tan bueno?

—¿Puedo decirle eso de tu parte?

—Claro. Yo mismo se lo diré la próxima vez que lo vea. ¿Y tú? ¿Cómo te las estás arreglando? ¿Necesitas alguna ayuda en casa?

—He dejado a los niños con una vecina, pero tampoco puedo abusar. Tengo que volver a casa para ver cómo están —parecía distraída—. Pero no me gusta dejar solo a Quentin...

—Por el momento parece que está muy estable. Yo me quedaré con él, si quieres. Toma mi móvil. Te prometo que te llamaré de inmediato si pasa algo.

—Tengo el de Quentin, ya sabes el número. Pero... ¿no quieres ir a la oficina?

Quería, y había asuntos que requerían su atención. Pero lo primero de todo era tranquilizarla.

—Eso puede esperar —se dijo que su secretaria ya se encargaría de lo más urgente—. Anda, vete a casa. Cuanto antes soluciones lo que tengas que hacer allí, antes podrás volver.

Los días siguientes transcurrieron a un ritmo frenético, agotador. Normalmente a Kier no le habría importado, pero esa vez sí. Quizá fuera porque se sentía culpable de lo que le había ocurrido a Quentin.

Y por la sensación de haber dejado algo sin terminar, debido a su

apresurada marcha de Hokianga.

Seguía viendo el rostro de Shahna cuando se despidió de ella. Relajado, sereno, pero con el trasfondo de una expresión que no conseguía descifrar. Y echaba de menos a Samuel. Echaba de menos la mirada maravillada que proyectaba sobre el mundo, su risa de gozo cuando lo levantaba en brazos.

Había querido telefonar a Shahna con la excusa de informarla sobre el estado de Quentin, pero ella misma se le había adelantado al llamar a Jill, preocupada.

—Ha sido muy amable por su parte —le estaba diciendo Jill—. Shahna siempre me ha caído muy bien. No sabía que aún seguíais en contacto. Me dijo que estabas de visita en su casa cuando llamé al número que le habías dado a Quentin. Lo siento si... bueno, si os interrumpí en algo importante.

—En este momento la salud de Quentin es lo más importante. Le dije a Shahna que volvería.

Jill pareció aliviada por su respuesta.

—Me alegro.

Kier telefoneó a la granja y se enteró de que Morrie ya estaba en casa, recuperándose. Alison se alegró mucho de que hubiera llamado, pero en un determinado momento interrumpió la conversación con un «discúlpame un minuto».

—Tengo a Sam aquí —le explicó cuando volvió a ponerse—. Me lo ha dejado Shahna.

—No estará enferma, ¿verdad?

—No, no. Tenía una cita con el dentista de Rawene. Le dije que se tomara su tiempo y se quedara a comer allí. Últimamente está un poco nerviosa. No es fácil ser madre soltera, y ahora que Samuel ya sabe caminar, le da mucho más trabajo que antes. Bueno, me alegro mucho de tener noticias tuyas, Kier. Le diré a Morrie que has

preguntado por él.

Colgó el teléfono con una sensación de insatisfacción. ¿Por qué estaría nerviosa Shahna? ¿Lo echaba de menos, o era por los trastornos que le estaba causando Samuel? Los quería y los echaba de menos. A ambos.

Pasaron dos semanas antes de que Quentin recibiera el alta, y Jill invitó a Kier a cenar en casa, para celebrarlo.

—Será una comida sana, con pocas grasas —le advirtió—. Y Quentin no podrá quedarse levantado hasta muy tarde.

Kier le prometió que se marcharía temprano. La cena estuvo exquisita. Quentin pareció disfrutarla especialmente, después del menú del hospital.

—Deberías comer tú también así de sano —le sugirió Jill a Kier—. Si no tienes cuidado, eres otro candidato a sufrir un ataque al corazón.

—Oh, estoy bien...

—Aun así, si no bajas un poco el ritmo...

El sollozo de un bebé en la habitación contigua los interrumpió. Jill se levantó, suspirando, y reapareció segundos después con un crío de tres años en los brazos.

—Ha echado mucho de menos a su papá —le explicó a Kier mientras Quentin lo sentaba en sus rodillas.

Kier no pudo evitar preguntarse si Samuel lo habría echado de menos a él.

—Voy a traer el café. ¿Con leche y azúcar, Kier?

—Sólo con azúcar —estaba observando, distraído, al bebé de Quentin. En cuestión de unos minutos, se quedó dormido.

—Voy a acostarlo.

—Déjame a mí —Kier se levantó, velando para que su amigo no hiciera ningún esfuerzo. Tomó suavemente en brazos al bebé y Quentin lo guió hasta el dormitorio.

Mientras contemplaba la ternura con que Quentin arropaba a su hijo, inclinándose para besarle la frente, algo se removió en su interior. Como si un extraño y doloroso anhelo se hubiera abierto paso en su pecho.

Cuando volvieron al salón, Jill estaba colocando las tazas.

—¿Has acostado al niño? —le preguntó a Quentin, asustada—. Sabes que no debes hacer esfuerzos y que...

—Kier lo ha hecho por mí.

—¿Kier? Gracias, Kier, has sido muy amable.

—Puedo serlo cuando quiero —le sonrió.

La mujer le lanzó una mirada dubitativa y sonrió, avergonzada.

—Han sido unos momentos muy duros. Te agradezco tu ayuda.

En realidad, había hecho muy poco. Durante los días siguientes procuró mantener a Quentin al margen de los problemas del negocio, asegurándole que estaba todo bajo control. Y asegurándose él mismo de resolverlos. Pero por primera vez en años, no consiguió concentrarse por entero en el trabajo. En medio de una reunión se sorprendía a sí mismo pensando en cierta cabaña tranquila de Hokianga. Y una vez, mientras esperaba en el coche a que cambiara el semáforo, tuvo una súbita visión: la de las aguas gris verdosas de la bahía, apenas rizadas por la estela del bote de Timoti.

Ese día, cuando llegó a casa, fue directamente al teléfono y marcó el número de Shalna.

—¿Diga? —contestó, soñolienta.

—Perdona —se disculpó—. Me había olvidado de la diferencia horaria—. ¿Te he despertado?

—¿Kier! —exclamó con voz ronca—. No importa. ¿Va todo bien?

—Sí —«no. Todo va mal, mientras tú y yo estemos separados», habría querido responderle—. Yo sólo quería...—«escuchar tu voz»— asegurarme de que estás bien. Alison me comentó que parecías cansada.

—Me dijo que habías telefoneado. Estoy bien, de verdad. ¿Qué tal sigue Quentin?

—Recuperándose muy rápido. Pero Jill aún no le permite volver a trabajar. Pasará todavía algún tiempo antes de que pueda volver a Nueva Zelanda otra vez.

Hubo un corto silencio al otro lado de la línea.

—Tampoco esperaba que lo hicieras.

—Te dije que volvería.

—Ya, pero...

Kier se dijo que el teléfono era un frustrante medio de comunicación. No podía verle la cara. Adivinar lo que estaba pensando, sintiendo.

—Te he despertado... y necesitas dormir.

—No pasa nada, no me importa —se apresuró a responder Shahna—. Me alegro de que hayas llamado, Kier.

—Vuelve a la cama. Ya te llamaré a una hora más civilizada.

Shahna se echó a reír, y aquel sonido cálido, vibrante, lo conmovió de la cabeza a los pies.

—Estaré esperando. Buenas noches, Kier.

Después de colgar, se quedó sentado durante un buen rato, con una sonrisa de felicidad en los labios. Le había dicho que estaría esperando su llamada.

Había intentado convencerse de que si no la había llamado antes había sido para ponerla a prueba. Para darle tiempo a que lo echara de menos. Una cuestión de estrategia. Pero en aquel instante, con el corazón henchido de gozo, descubrió que en realidad había tenido miedo. Miedo de que lo rechazara, de que le dijera que no quería saber nada más de él. Por suerte, no lo había hecho. Las líneas de comunicación aún seguían abiertas.

Había una luz al final del túnel, a pesar de todo.

Shahna seguía sonriendo cuando se acostó de nuevo. Desde que Kier se marchó se había sentido triste, abatida, desanimada. Su silencio le había confirmado lo que se imaginó en su despedida: que a su regreso a Sydney había vuelto a su rutina habitual y se había olvidado de ella.

Debería haberle dicho que no la llamara de nuevo, porque seguramente el hecho de que siguieran en contacto no serviría más que para prolongar la inevitable agonía de separarse de nuevo. Pero nada más oír su voz el corazón le había estallado de alegría. Y no le había importado lo más mínimo lo intempestivo de la hora.

De repente, negando la oscuridad que rodeaba la solitaria cabaña, el mundo le pareció un lugar mucho más brillante. Luminoso.

Kier llamó varias veces más durante las semanas siguientes. Le preguntaba por Samuel y se mostraba genuinamente interesado por sus progresos. Shahna le describía las joyas en las que estaba trabajando y los nuevos mercados que había encontrado. Él, por su parte, le hablaba de su trabajo, de sus reuniones con representantes del gobierno, de los problemas que estaba teniendo para atar los cabos que Quentin había dejado sueltos cuando cayó enfermo.

Pero no abordaron ningún tema personal, y Shahna decidió no dar demasiada importancia a aquellos contactos intermitentes. Eran como burbujas de jabón, hermosas mientras duraban, pero frágiles y destinadas a desaparecer en la nada, sin previo aviso.

Una tarde Kier pasó por casa de Quentin y encontró a Jill exhausta. Cuando se agachó con gesto cansino para levantar a su hijo del suelo, se dio cuenta de que se había vuelto a quedar embarazada.

—Lo siento si he llegado en un mal momento. Sólo necesito ver a Quentin unos minutos.

—Está descansando —le espetó, lacónica—. ¿No te puedes esperar?

No por mucho tiempo, pero evidentemente estaba decidida a impedir que nadie molestara a su marido. Al fondo se oía llorar a un bebé más pequeño. El crío que estaba sosteniendo se quejó al ver que su madre se disponía a bajarlo al suelo.

—Ssshhh —empezó a mecerlo de nuevo—. Sé un buen chico... Si no me ocupo de tu hermana, despertará a papá...

Kier dio un paso adelante y extendió los brazos.

—Dámelo a mí mientras tú atiendes a la niña.

—¿Tú?

—Se me dan bastante bien los bebés —sonrió—. Me he quedado cuidando un par de veces al de Shahna.

—Yo no soy un bebé —protestó el niño, molesto.

—No, tú ya eres un niño muy mayor —repuso Kier—. ¿Quieres enseñarme lo mayor que eres?

El crío se moría ya de ganas de bajar al suelo.

—Mira, así de mayor —se quedó de pie, frente a Kier, extendiendo una manita por encima de su cabeza.

—Estoy impresionado —Kier le hizo un gesto a Jill mientras cerraba la puerta a su espalda—. ¿Y cuánto de mayor serás cuando crezcas?

El niño estiró el bracito todo lo posible.

—¡Tanto como mi papá!

Kier se echó a reír, pero se quedó serio cuando se alejó Jill. ¿Sería capaz Samuel de decir alguna vez eso? Él no conocía a su padre y, según Shahna, probablemente nunca lo conocería. Aquel hombre no tenía ni la más remota idea de lo que se estaba perdiendo.

Mientras Jill levantaba en brazos al bebé, Kier se sentó en el suelo del salón a jugar con el niño.

—De modo que al final Shahna tuvo el bebé —le dijo ella al cabo de un rato, tomando asiento en el sillón.

Kier alzó la mirada.

—No sabía que había estado en contacto contigo.

—Y no lo estuvo. Pero sospechaba, antes de que desapareciera tan de repente, que estaba embarazada.

Kier experimentó una sensación extraña, como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies.

—No estaba embarazada cuando se marchó.

Jill arqueó las cejas.

—¿Estás seguro? Yo habría jurado que tenía... aquella mirada.

—¿Qué mirada?

—Es difícil de explicar. No sé, supongo que debe de ser algo... hormonal. Es una especie de brillo, de luminosidad interior, que se muestra de cuando en cuando.

—El bebé tiene once o doce meses —con una punzada de inquietud, se preguntó si habría celebrado su primer cumpleaños.

Jill estaba asombrada.

—Supongo que el tiempo siempre corre más rápido de lo que uno se piensa. Pero me acuerdo de que en el bautizo de esta pequeña... —señaló al bebé que tenía en los brazos—, tú te llevaste temprano a Shahna porque no se sentía bien.

—Fue un pequeño malestar de estómago. No era la primera vez —recordaba que lo había padecido desde hacía semanas, durante varios días.

—¿Malestar de estómago o náuseas matutinas?

—No tenía los vómitos por las mañanas.

Jill se echó a reír.

—La verdad es que no sé por qué las llaman así. Te asaltan a cualquier hora, en cualquier momento durante el embarazo. Yo las

tengo desde el primer día, te lo aseguro. Fue eso lo que me indicó que me había vuelto a quedar embarazada, y sospecho que no desaparecerán hasta dentro de cuarenta semanas.

A Kier se le aceleró el corazón.

— ¿Cuarenta semanas? Yo creía que eran nueve meses...

— Los bebés no se fijan en los calendarios. Cuarenta semanas, unos pocos días o unos pocos días menos... o incluso algunas semanas.

— ¿Semanas?

— Veo que no sabes mucho al respecto, ¿eh? Éste... — señaló al crío que estaba jugando a sus pies —, nació con tres semanas de retraso, y me tuvieron que hacer la cesárea.

— Shahna... no pudo haber estado embarazada en aquel entonces — pronunció Kier, mirándola con un extraño brillo en los ojos.

Jill abrió la boca como si fuera a discutirsele, pero enseguida la cerró.

— Bueno, en cualquier caso, no es asunto mío — murmuró, poco convencida —. Perdona.

Quentin entró en aquel instante en el salón, pasándose una mano por el cabello despeinado.

— No me dijiste que Kier estaba aquí — le reprochó a su esposa —. Pasa a mi despacho.

— No queríamos molestarte — repuso Kier, siguiéndolo —. He estado haciendo, muy buenas migas con el pequeño Morgan, y veo que dentro de poco tendré que volver a felicitarte.

Quentin sonrió mientras cerraba la puerta de su estudio a su espalda.

— Ha sido una sorpresa, la verdad — explicó, ruborizándose. Le indicó que se sentara, pero él se quedó de pie al lado del escritorio. Parecía tenso, incómodo —. Los médicos me dijeron que podré volver al trabajo la semana que viene.

Kier procuró disimular el alivio que sintió al oír eso.

—Tienes que tomártelo con calma. Jill nunca me perdonará si te permito que hagas demasiado y demasiado pronto.

—Los dos te agradecemos todo lo que has hecho por nosotros — Quentin se interrumpió, vacilando—. Pero... bueno, yo quiero pasar más tiempo con mi familia. Si eso no te satisface, tendré que presentarte mi dimisión.

El cerebro de Kier empezó a trabajar a toda velocidad. Si tenía que encontrar y preparar debidamente a un nuevo ayudante, tardaría años en poder regresar a Hokianga, con Shahna y con Sam.

—Jill se contentará con que gane algo menos a cambio de disponer de más tiempo para ella y para mi propia salud. Cuando sufres un ataque al corazón, empiezas a ver la vida de otra manera.

—Debes hacer lo que consideres más conveniente para ti —le aseguró Kier—. Y para tu familia.

—Si tienes hijos —añadió Quentin con tono de disculpa—, tienes que pensar en ellos. Hasta ahora, el trabajo ha sido la prioridad número uno en mi vida. Yo siempre pensé que los ingresos familiares eran esenciales, pero como dice Jill, es mucho más importante que los niños tengan un padre. Y con otro bebé en camino...

—Creo que no es un buen momento para que renuncies a tu cualificación y a tu salario. No quiero perderte, Quentin. Espero que ambos podamos llegar a un acuerdo que nos convenga a los dos.

—Yo también —se animó de repente—. Jill no está llevando muy bien este último embarazo. El médico quería ingresarla en el hospital para que hiciera reposo, pero ella se negó en redondo. En cualquier caso, tú no has venido aquí a hablar de bebés. ¿Qué es lo que querías?

Kier disimuló su frustración mientras le hacía las preguntas que había deseado hacerle sobre el negocio. Y que en realidad habían dejado ya de interesarle. Durante todo el trayecto de regreso a casa, no dejó de hacer los mismos cálculos mentales, una y otra vez. Tan pronto como llegó, sacó un calendario.

La cabeza empezó a darle vueltas, y las fechas se le nublaban. ¿Sería posible que...? Jill podía estar en lo cierto. Cuanto más miraba las fechas, más se convencía de ello. La única pregunta era si Shahna había sabido que estaba embarazada cuando se marchó tan repentinamente. Porque Jill sí que lo había sabido. O adivinado.

Su primer impulso fue enfrentarse con Shahna y reclamarle razones, explicaciones. ¿Por qué no se lo había dicho nunca, ni antes ni después? ¿Por qué le había negado incluso que el niño era suyo? Porque no había querido que él tuviera nada que ver en su educación.

Sintió una punzada de rabia. Una vez la había acusado de haberse buscado un semental o de haber recurrido a un banco de esperma. Ahora se daba cuenta de que lo había hecho en realidad. A su costa. El pensamiento le dejó un amargo sabor de boca. Lo había considerado lo suficientemente bueno para inseminarla, pero no para que la ayudara a educar a su propio hijo.

¿Habría planeado eso desde el principio de su aventura? ¿Cuándo había dejado de tomar la píldora? ¿La había tomado alguna vez, o eso también había sido una mentira? Pero no podía haber tardado tres años en concebir. En un momento determinado debía de haber decidido tener un hijo, pero sin implicarlo a él.

O tal vez le había mentado y el embarazo no había sido planeado. Quizá se había olvidado de tomar la píldora y luego, al quedarse embarazada, había decidido que el problema era suyo y suya la responsabilidad. Sí, ése parecía un comportamiento muy propio de Shahna. Demasiado orgullosa para admitir un error, demasiado autosuficiente para pedirle que compartiera sus consecuencias. Cerró los puños.

Siempre le había parecido irreal la historia que le había contado de que se había quedado embarazada a propósito, en una aventura de una sola noche. Pero Shahna se había mostrado muy convincente. Le había dado una pista falsa en un momento en que él la había estado presionando demasiado, acercándose peligrosamente a la verdad. Una verdad que lo había dejado aterrado y entusiasmado a la vez. Samuel era su hijo. Él era su padre.

Pensó en su propio padre, en lo mucho que se habían distanciado durante los últimos años de su corta vida. En el hecho de que, durante aquellos años, se hubiera convertido en un extraño.

De alguna forma, como fuera, tenía que convencer a Shahna de que se casara con él.

Capítulo 11

Las llamadas de teléfono se habían interrumpido. Pasó una semana, y otra, y Shahna perdió la esperanza de escuchar la voz de Kier cuando levantaba el auricular.

Intentó decirse que eso ya lo había previsto, en un vano intento por combatir la decepción que la abrumaba. Kier se había dejado absorber finalmente por su rutina diaria y la estaba olvidando. Ahora era ella quien debía olvidarlo a él.

Pero eso le estaba resultando bastante difícil, y había noches en que se quedaba despierta en la cama, amando al techo, atenta a los ruidos de la noche, presa de una insoportable sensación de soledad. En aquellos momentos se recordaba que, si hubiera aceptado su propuesta, habría podido estar con Kier. ¿Acaso no había sido una estúpida por rechazarlo? A veces se sentía tentada de levantar el teléfono, sin importar le la hora, y marcar su número, que se sabía de memoria. ¿Pero para decirle qué? ¿Que había cambiado de idea y se casaría con él al momento?

Hasta que una tarde abrió la puerta de la cabaña al oír el motor del bote de Timoti y experimentó una sensación de *déjà vu*. No, no podía ser. Pero lo era.

Tuvo que apoyarse en el marco de la puerta mientras veía desembarcar a Kier y despedirse luego de Timoti. Cuando alzó la cabeza hacia ella, el tiempo pareció detenerse durante un instante eterno. Subió lentamente la cuesta, con la mochila al hombro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —recordaba haber pronunciado aquellas mismas palabras.

Kier dejó la mochila en el suelo y le lanzó una radiante sonrisa. Luego, sin molestarse en responder, la levantó en brazos y la besó con una pasión que la dejó sin habla, consternada.

Podía sentir sus esfuerzos por dominarse, por mostrarse más tierno, mientras el beso se convertía en una suerte de persuasivo y dulce tormento. Pero seguía agarrándola con fuerza, como si temiera

dejarla escapar.

Cuando finalmente dejó de besarla, bajándola al suelo, murmuró con un brillo de deseo en los ojos:

–Necesitaba esto.

«Y yo también», admitió Shahna para sus adentros.

–Será mejor que entres – fue lo primero que se le ocurrió –. ¿Te quedarás esta noche?

Shahna vio que en sus ojos ardía otra pregunta y le sostuvo la mirada, casi desafiante. Demasiado bien se estaban comunicando sin palabras. No tenía sentido mostrarse tímida, con remilgos. Lo deseaba rotunda, absolutamente, y había pasado el momento de pretender lo contrario. Aunque sólo fuera por esa noche...

–Gracias – pronunció él, pero de repente su expresión se tornó fría, casi hostil. Se agachó para recoger su mochila.

Shahna estaba desconcertada. Quizá no había entendido bien lo que había querido decirle...

– ¿Dónde dejó esto?

–En mi dormitorio – y lo guió por el estrecho pasillo.

Su habitación daba a la bahía y estaba sobriamente amueblada con una cama de matrimonio, un armario y una mesa de tocador. Kier dejó la mochila en el suelo y miró a su alrededor. De inmediato llamó su atención un adorno que colgaba en la pared, sobre el cabecero de la cama, elaborado con madera, cobre, veneras y plumas.

– ¿Lo hiciste tú?

–Sí. ¿Te gusta? –se había quedado en el umbral. Se sentía inquieta, nerviosa.

–Mucho. ¿Qué pasó con el mantón de seda?

–Prácticamente se me desintegró en los dedos cuando lo bajé. Era tan frágil...

En aquel tiempo le había parecido un símbolo de lo frágil e insustancial de su relación, incapaz de soportar los rigores de la vida

diaria, de una rutina estable. Kier se acercó a ella, apoyando la mano en el marco de la puerta, muy cerca de su cara. Le lanzó una mirada intensa, escrutadora.

— ¿Dónde está Samuel?

Como si hubiera oído su nombre, el pequeño salió de su habitación abrazado a un gran conejo de peluche. Parecía más alto de lo que Kier recordaba, pero los ojos azules eran los mismos de siempre, y en aquel instante lo miraban con una mezcla de curiosidad y sospecha.

— Hola, Sam — se agachó frente a él — . ¿Te acuerdas de mí?

Samuel lanzó una mirada interrogante a su madre hasta que, ya más tranquilo, se fijó de nuevo en el visitante.

— ¿Quién es éste? — le preguntó Kier, levantando una de las largas orejas del conejo — . ¿Bugs Bunny?

— Bunny — pronunció el niño con toda claridad.

— ¿Ya habla? — se volvió hacia Shahna, sorprendido.

— Unas pocas palabras.

— Ha crecido mucho.

— Suele ocurrir con los niños.

— Se ha olvidado de mí.

— No tardará en acostumbrarse de nuevo a ti. Es decir, si tú...

Kier se incorporó y se volvió para mirarla. Su invitación a que se quedara lo había tomado por sorpresa. Había esperado una reacción defensiva, de desconfianza. Pero ella se había adelantado a sus planes de una decidida y meticulosamente calculada seducción. Escrutó su rostro, a la búsqueda de alguna pista de lo que sentía.

— Las aventuras de una sola noche no me interesan — le dijo — . Yo creía que lo sabías.

— No sabía de cuánto tiempo podías disponer.

— De todo el que sea necesario — repuso, sombrío. Ante su

mirada interrogante, optó por no añadir nada más.

Kier había contratado a un nuevo ayudante ejecutivo, eligiéndolo entre un grupo de candidatos altamente cualificados. A Quentin le había conservado el salario con la categoría de asesor, encargándole la gestión del sistema informático. Les había dicho que no podía precisarles una fecha de su vuelta, pero el nuevo ayudante acababa de empezar, y tampoco había mucha prisa. En cualquier caso, estaba decidido a conseguir lo que quería con un mínimo de retraso.

En aquel instante Samuel soltó su conejo de peluche y corrió al lado de su madre. Shahna lo levantó, y desde su nueva perspectiva inspeccionó el rostro de Kier.

— ¡Hombre! — pronunció al fin.

— Sí, es un hombre. Pero se llama Kier, ¿no te acuerdas? — le recordó Shahna.

— Creo que ya hemos tenido esta misma conversación antes.

Sólo que en aquella ocasión no había podido pronunciar bien la palabra. Los cambios que había experimentado en un par de meses eran impresionantes. Shahna también había cambiado. Estaba algo más delgada y tenía un extraño aire de fragilidad. Esperaba que lo hubiera echado de menos. Su elocuente invitación hablaba de un atrevimiento que lo excitaba e inquietaba a la vez.

Cuando la miró, vio que le sostenía la mirada valientemente, pese al rubor que teñía sus mejillas. Lo cual lo excitó aún más. Si no hubiera sido por Samuel la habría tumbado en la cama más cercana para hacerle el amor y satisfacer así el ansia que lo devoraba por dentro... Pero en lugar de ello, se preparó un café y un sándwich, a sugerencia de Shahna, mientras ella bañaba a Samuel y lo vestía para acostarse.

— Dale las buenas noches a Kier — le dijo, levantándolo en brazos.

— Buenas nochesss, Kee — pronunció el bebé, obediente, agitando una manita.

Kier se inclinó hacia él, tomando sus diminutos dedos entre los suyos. Obedeciendo a un irresistible impulso, lo besó en el pelo.

— Buenas noches, Sam.

Minutos después Shahna volvió a la cocina.

— ¿Café? — le ofreció él, levantándose para servírselo.

— Gracias — se sentó con la taza en la mano.

— ¿Has comido?

— Sí, hace un rato — miró su plato vacío —. ¿Te has quedado con hambre?

— No tenía mucha — esbozó una sonrisa —. De comida, al menos.

— Qué original — repuso ella, sonriendo a su vez con expresión burlona.

— Y tú qué arpía eres...

Shahna se echó a reír y bajó la cabeza. La sedosa cortina de su cabello ocultaba su expresión. Estaba distinta: se parecía más a la mujer que había conocido en Sydney, con aquel escudo de sofisticación que desafiaba sus intentos por penetrarlo. Se preguntó cómo reaccionaría si le contara que sabía lo de su engaño. Pero antes de introducir semejante complicación, necesitaba estar seguro de ella. Ya le había dejado muy claro que no quería comprometer para nada al padre de su hijo, y desde luego pretendía evitar a toda costa que sospechara de sus motivos.

La observó detenidamente mientras se terminaba su café. Consciente de su escrutinio, así como de la tensión que crecía entre ellos a cada segundo, Shahna se tomó su tiempo. El crepúsculo parecía envolver la cabaña en un abrazo de silencio y penumbra.

— ¿Cómo está Quentin?

— Mejorando. Pero tiene que tomárselo con tranquilidad. Es por eso por lo que he tardado tanto en volver. Jill me habría matado si lo hubiera dejado solo tan pronto.

No le explicó la razón por la que había dejado de llamarla, así

que ella tampoco se lo preguntó.

—Hace calor aquí —dijo Shahna, bajando su taza—. Me gustaría salir a pasear un rato.

—Buena idea.

Todavía quedaba algo de luz. Dejaron la puerta entreabierta, para poder oír a Sam si lloraba. Kier le pasó un brazo por los hombros mientras bajaban la cuesta hasta el embarcadero.

Se oía el rumor del agua chocando contra los pilares de madera. Shahna dejó de caminar y él se detuvo detrás, abrazándola suavemente por la cintura. Suspiró y se apoyó contra su pecho, ignorando sus dudas, sus miedos, su sospecha de que estaba jugando con ella, de que había cortado deliberadamente todo contacto durante las últimas semanas con la intención de sorprenderla y conseguir su capitulación.

Porque, en aquel instante, nada de eso importaba.

Kier estaba allí, y la deseaba. Con eso era suficiente, al menos por el momento. Podía sentir su aliento acariciándole la nuca, hasta que volvió la cabeza y se encontró con su boca. Una mano se alzó de su cintura para cerrarse sobre un seno, acelerándole el corazón. La otra buceó bajo su blusa para explorar su piel.

Su candente excitación presionaba contra su espalda. Finalmente la hizo volverse, apretándola con fuerza contra sí. Una sonrisa bailaba en sus labios.

—¿No llevas sostén?

—Demasiado calor —murmuró—. ¿Te molesta?

—Diablos, no.

Shahna le echó los brazos al cuello y él aprovechó para seguir acariciándole los senos, estimulándole los pezones con los pulgares a la espera de su reacción. No pudo disimularla. Entreabrió los labios, con el corazón acelerado, y echó la cabeza hacia atrás. Kier se apresuró a trazar un sendero de besos a lo largo de su cuello.

Ella, a su vez, empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

Cuando consiguió abrírsele, recorrió con dedos temblorosos su piel desnuda, buscando el fuerte latido de su corazón. Gimiendo, Kier la apartó de pronto y le sacó la camiseta por la cabeza, lanzándola a las tablas del embarcadero. Inmediatamente la abrazó con renovada fuerza, deleitado ante el contacto de su piel desnuda contra la suya, estrechándola contra el cálido muro de su pecho.

Fue un largo, profundo, devorador beso, la elocuente confesión de una pasión durante demasiado tiempo negada. Y, a la vez, una promesa de consumación. Cuando al fin se apartaron, ambos sabían ya que había rebasado el punto de no retorno.

— ¿Volvemos a la cabaña? — preguntó Kier con voz ronca.

— Sí. Samuel...

Lo comprendía. No consentiría en hacer el amor allí mismo, en el embarcadero, aunque la cabaña estuviera tan cerca. Subieron la cuesta con la última luz del crepúsculo. Nada más abrir la puerta del jardín. Kier la alzó en brazos y la llevó hasta la habitación, depositándola en la cama. La ventana estaba abierta, y las cortinas se movían agitadas por una fresca brisa.

Kier abrió su mochila y sacó un pequeño paquete, que dejó sobre la mesilla. Luego se desnudó del todo para tumbarse al lado de Shahna, que se había quedado inmóvil, con una mano detrás de la cabeza y la otra descansando sobre su estómago. Sabía que había estado admirando su silueta recortada contra la ventana, lo cual no hizo más que aumentar su excitación. Obligándose a no precipitarse, la besó con infinita delicadeza el ombligo antes de desabrocharle los vaqueros y empezar a acariciarla íntimamente. Animada por el profundo suspiro que lanzó ante aquel primer contacto, procedió a bajarle el pantalón, ropa interior incluida. Tenía los ojos medio cerrados, brillantes a la luz de la luna, y los labios invitadoramente entreabiertos, expectantes.

Tenía intención de hacerla esperar, aunque su clamaba por todo lo contrario.

La besó en la boca. Pero cuando ella empezó a acariciarlo,

deslizando un muslo entre los suyos, perdió todo control. Tumbándola de espaldas, entró en ella sin ningún juego preliminar, directamente.

Vaciló cuando la oyó soltar un gemido, temeroso de que pudiera haberle hecho daño. Pero el temor era infundado, ya que Shahna le rodeó la cintura con las piernas, apretándose con fuerza contra él, urgiéndolo a que la penetrara aún más profundamente. El miedo de Kier se transformó en alivio, y después en una pura sensación física, de gozo inefable, más allá de todo pensamiento o de toda emoción.

Creyó oír sus sollozos mientras su cuerpo se convulsionaba bajo el suyo. Se aferraba a él con desesperación, como si fuera lo único estable en un universo desintegrado. Hasta que al final quedó inmóvil, agotada, el rostro ruborizado enterrado en su hombro.

Kier ansiaba prolongar ese momento. La levantó delicadamente para colocarla encima de él, disfrutando de la sensación de su peso leve, exquisito. Exploró con los dedos sus deliciosos contornos hasta que la sintió estremecerse, contener al aliento, tensarse. Y supo que se avecinaba un segundo orgasmo.

Fue al encuentro de aquel clímax con una renovada punzada de deseo, y minutos después ambos yacían en un placentero letargo, abrazados. Mientras él le acariciaba el cabello, Shahna le sembraba de pequeños besos el hombro, la base del cuello, el pecho...

—Si sigues haciéndome eso... No te dejaré dormir.

—¿Quién quiere dormir? —murmuró ella con una sonrisa en la voz.

La besó en el pelo. En un minuto tendría que levantarse y... El pensamiento lo golpeó como si hubiera recibido un martillazo. El paquete que tan precavidamente había dejado sobre la mesilla seguía allí, sin abrir. Masculló una maldición y Shahna alzó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¡Diablos! —¿cómo podía haberse olvidado? Jamás antes le había sucedido eso—. Me he olvidado de ponerme el maldito preservativo. Lo siento, Shahna. He roto mi promesa.

Se quedó callada durante unos segundos, hasta que al fin comentó:

—Lo más probable es que no pase nada. Aunque... creo que tengo cierta facilidad para concebir.

—La próxima vez me aseguraré.

Estaba decidido. No era justo arriesgarse a un embarazo no deseado. Ni para ella ni para una futura criatura.

Pero no pudo evitar pensar que eso le daría un cierto poder para convencerla de que se casara con él. Quizá su subconsciente había estado trabajando en secreto cuando se olvidó de su promesa...

La despertó el llanto de Samuel. El sol entraba a raudales por la ventana. De inmediato fue consciente de que no estaba sola en la cama. Kier yacía de espaldas, con un asomo de sonrisa en los labios. La sábana apenas le cubría las caderas.

Pero no tenía tiempo de admirarlo. Se levantó apresuradamente de la cama y, recordando que se había dejado su camiseta en el embarcadero, se puso la camisa de Kier. Estaba en la cocina, dando de desayunar a Samuel, cuando lo vio aparecer en el umbral, recién duchado y desnudo de cintura para arriba. Su mirada se detuvo en sus piernas antes de viajar de nuevo hacia su rostro.

—Ya veo a donde ha ido a parar mi camisa. Debo admitir que a ti te sienta mejor. ¿Qué dices tú, Sam? —se acercó a ella y le pasó un brazo por la cintura, mirando al pequeño.

Samuel miró a su madre y luego a Kier, blandiendo su cuchara.

—Ma-má.

—Mi camiseta sigue abajo, en el embarcadero —señaló Shahna—. ¿Y de quién es la culpa?

—Deduzco que me estás culpando a mí... —se inclinó para darle un beso en los labios—. Voy ahora mismo a por ella —al ver que

Samuel lo miraba fijamente, añadió—: Estas cosas son de mayores, todavía no puedes comprenderlas. Tiempo al tiempo.

Shahna no pudo evitar soltar una carcajada, pero se lo quedó mirando pensativa mientras se marchaba. ¿Tiempo al tiempo? ¿Pensaría quedarse?

Terminó de servirle el desayuno a Sam y fue a ducharse. El cuarto de baño estaba lleno de vapor y olía a jabón y a otro aroma, deliciosamente masculino. Se dio toda la prisa que pudo. Se dirigía a su dormitorio, envuelta en una toalla, cuando Kier apareció con su camiseta en la mano.

—Estás preciosa —le comentó, siguiéndola hasta la habitación—. ¿Cuánto tiempo seguirá Samuel ocupado con su desayuno? —la besó en un hombro.

—No mucho —esquivó su caricia—. Vete, que tengo que vestirme.

—¿Puedo quedarme a mirar? —inquirió, provocativo.

—No. Ve con Samuel, anda —le ordenó, aferrando con fuerza su toalla como temiendo que pudiera quitársela.

—Qué pena —dejó la camiseta sobre la cama y se dispuso a salir de la habitación. En el último momento, sin embargo, le comentó desde la puerta—: Pero hazme un favor: no te pongas sostén.

Shahna abrió un cajón y sacó unas bragas y un sostén a juego, de seda. Mientras se ponía una blusa sin mangas y una falda corta, se dijo que el hecho de que se hubiese acostado con él no significaba que estuviera a sus órdenes. Su mente, y su cuerpo, seguían siendo suyos. Cuando volvió a la cocina, Samuel había empezado a quejarse y Kier estaba intentando desabrocharle el cinturón que lo mantenía sujeto a la trona.

—Se abre así —se lo mostró y alzó en brazos al bebé.

Nada más dejarlo en el suelo, caminó hasta la puerta de la cabaña, que aún seguía abierta. Al ver que Kier se apresuraba a seguirlo, le dijo que no hacía falta:

– Tranquilo. Estará bien.

Kier vio que Samuel se detenía, inspeccionaba los escalones y los bajaba cuidadosamente a cuatro patas, sin arriesgarse.

– Muy inteligente por su parte.

– Aprende rápido. ¿Quieres desayunar? – ya estaba hirviendo agua para el café—. Si me hubieras avisado de que venías, habría comprado un poco de beicon. Puedo prepararte unos huevos.

Mientras ella freía los huevos y tostaba pan, Kier se quedó en el umbral, vigilando a Samuel. El crío estaba jugando solo con un balón, lanzándolo y recogéndolo. De repente percibió un aroma dulce, fragante. Estaban saliendo las plantas del nuevo jardín de Shahna. Todas habían desarrollado hojas y algunas incluso flores. Una valla baja dividía el jardín de flores del resto, para protegerlas.

– ¿Quién ha instalado esa valla? ¿Samuel no la salta para acercarse a las flores?

– Ace me ayudó a ponerla. Y Samuel sabe que no puede tocarlas. La valla solamente sirve para recordárselo. Tu desayuno está listo.

Después de comer, Shahna recogió los platos y los llevó al fregadero. La noche anterior había intentado no pensar en nada, pero esa mañana decenas de preguntas acibillaban su mente. Preguntas que no se atrevía a formular.

– ¿Tienes algún plan para hoy? – le preguntó Kier.

– Nada especial. Pero tengo varios trabajos que quiero terminar.

– ¿Te importaría que luego fuésemos a un sitio en el coche? Quiero enseñarte algo.

– ¿Qué es lo que pretendes, Kier? ¿A qué has venido realmente?

– Yo creía que era obvio. Si estoy aquí es porque no puedo estar alejado de ti.

Samuel empezó a subir trabajosamente los escalones de la puerta,

bajo la vigilante mirada de Shahna.

—No te mostraste tan poco hospitalaria cuando llegué —añadió él.

—Me tomaste por sorpresa —se volvió para mirarlo cuando Samuel terminaba de subir el último escalón, manteniéndose de pie con expresión triunfante. De inmediato se levantó para entregarle sus juguetes—. Creía que no volverías.

—Deberías saber que yo no renuncio tan fácilmente.

—Sí —repuso, estremecida—. Estás acostumbrado a salirte siempre con la tuya. Pero yo tengo que pensar en Samuel.

Kier se levantó también, encarándose con ella.

—¡Pues piensa entonces en darle un padre! —exclamó, sobresaltándola con su vehemencia—. ¿Acaso no se lo merece?

Se lo quedó mirando entre aturdida y asombrada. Parecía furioso, e ignoraba por qué.

—¿Te refieres... a ti?

—¡Por supuesto que me refiero a mí! ¿Quién diablos si no? —sólo en ese momento pareció dominarse y añadió, bajando la voz—: Te pedí que te casaras conmigo, ¿recuerdas?

Shahna miró a su hijo, que seguía sentado en el suelo, contemplándolos con los ojos muy abiertos.

Interesado, pero aparentemente nada temeroso. Un nudo de amargura le atenazó la garganta, a punto de asfixiarla. Cerca de dos años atrás Kier le había roto el corazón con su elocuente oposición a la idea de tener hijos. ¿Y ahora estaba dispuesto a ejercer de padre de Samuel? Todo aquel asunto destilaba una triste ironía. No puedo evitar una punzada de resentimiento.

¿Volvería a cambiar de idea cuando tuviera que soportar cotidianamente a un bebé? Por alguna razón le había tomado cariño a Samuel, pero la novedad no duraría siempre.

—No me digas nada ahora... —le dijo Kier al fin, mientras el

silencio se prolongaba — . Puedo esperar.

Pero mientras tanto la asediaría como si fuera una fortaleza, estaba segura de ello. Se serviría de cualquier medio para lograr persuadirla.

— ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

— Ya te lo dije, el que sea necesario. O hasta que tú me pidas que me vaya.

La desafió con la mirada, provocándola a que lo hiciera. Y, para su propia vergüenza, Shahna no se atrevió.

— ¿Qué pasa con tu trabajo? ¿Durante cuánto tiempo se las podrán arreglar sin ti?

— Contactarán conmigo cuando lo necesiten. Por ahora, esto es más importante.

¿Más importante? El recuerdo de la pasada noche seguía fresco en su mente y su cuerpo aún evocaba sus caricias.

Quizá se arrepentiría después, pero no pudo evitarlo y asintió con la cabeza, tensa.

— ¿A qué hora quieres salir?

— Cuando tú digas.

— Antes de comer, entonces. Samuel tiene que dormir la siesta.

Capítulo 12

Samuel gorjeó de anticipado deleite cuando Shahna lo colocó en el asiento de seguridad del coche. Obviamente le encantaba viajar.

Kier le abrió la puerta del conductor con gesto caballeroso. Shahna sabía que era estúpido, pero no puedo evitar sentirse conmovida. Cuando salieron a la carretera, él le indicó que girara a la izquierda.

Debió haberlo previsto. El desvío de la derecha llevaba a otra granja y terminaba en un terreno pantanoso que se llenaba de aves y que sólo frecuentaban los cazadores varios meses al año. Con un mapa sobre sus rodillas, Kier continuó dándole indicaciones. Atravesaron un pueblo y llegaron a un cruce.

– A la derecha – le dijo de pronto, sorprendiéndola.

La pista ascendía flanqueada de árboles y enormes helechos, como una bóveda vegetal.

– Probablemente sea más fácil llegar en barco... – añadió en un murmullo mientras sacaba un papel del bolsillo, con una dirección escrita –. Por aquí – anunció cuando llegaron ante la verja de una granja.

– ¿Seguro? – inquirió mientras frenaba.

La verja estaba abierta.

– Sí. Entra y baja por la pista.

La pista de tierra pasaba por delante de una granja lechera y se internaba en el bosque. Poco después llegaron a una parcela llana, desierta, abierta a la bahía.

– Aquí es.

– ¿El qué?

Por toda respuesta, Kier abrió la puerta y bajó a Samuel del coche. El crío se puso a corretear por la hierba, contento de disponer de tanto espacio. Luego tomó a Shahna de la mano y los tres se acercaron al borde de la parcela, que descendía en una cuesta

cubierta de vegetación hasta la misma costa. El sol arrancaba reflejos de diamante a la lámina de agua, con las colinas azules al fondo.

— ¿Qué te parece?

Samuel se volvió entonces hacia él y alzó las manitas. Se agachó para levantarlo en brazos, sosteniéndolo contra su cadera.

— Es una vista maravillosa.

— Y un buen terreno para construir una casa. No está lejos del pueblo. Ni del ferry.

— ¿Una... casa?

— No está tan cerca del mar como tu cabaña, pero... ¿no te parece que sería más seguro para Samuel? Podríamos tener un bote. Y un taller con vistas, para ti. Y muchísima luz.

— ¿Podríamos, has dicho? — inquirió con voz ronca.

Cuando Kier la hizo volverse, vio que tenía los ojos brillantes de lágrimas.

— ¿Shahna? ¿Qué pasa?

— Nada. Es el reflejo del sol — mintió.

Samuel quiso bajarse al suelo y echó a correr de nuevo por la hierba.

— Tendrá mucho espacio para moverse.

— Yo... er... todavía no acabo de entenderlo bien... ¿No estarás pensando en trasladarte aquí?

— Eso es precisamente lo que estoy pensando.

— ¡Estás de broma!

— Puedo instalar aquí mi despacho y comunicarme por teléfono y correo electrónico con Sydney. He estado dándole vueltas a la idea de traerme la sede de la compañía a Auckland. Con una licencia de piloto de helicóptero, podría acercarme hasta allí en cualquier momento. Aquí hay suficiente espacio para construir una pista, y aún sobraría.

—¿Cómo has encontrado este terreno? —estaba asombrada y maravillada a la vez.

—Fue Timoti quien lo encontró. Le dije lo que quería y le pedí que hiciera algunas averiguaciones. Se conoce esta bahía como la palma de su mano.

—¿Está en venta?

—Si te gusta, el dueño podría darme un precio... para toda la parcela o para una parte de la misma. Eso habría que hablarlo con él.

—Bueno, es una decisión algo... atrevida, ¿no te parece?

—¿Para qué sirve acumular el dinero si luego no te lo gastas en comprar la felicidad?

Shahna tragó saliva, nerviosa.

—¿Es eso lo que pretendes hacer? ¿Comprar la felicidad?

—La tuya... y la de Samuel —miró al niño, que había encontrado algo interesante en la hierba y se había sentado.

Shahna siguió la dirección de su mirada.

—Será mejor que vaya a echarle un vistazo, no sea que se coma algo...

Lo alzó en brazos. En la manita tenía una flor de lavanda.

—¿Shahna?

Suponía que, llegados a ese punto, lo lógico y esperable era que se lanzara a sus brazos y aceptara su propuesta. Kier acababa de planificar un giro importante en su vida, y todo porque ella se había negado a dejar Hokianga. ¿Qué más podía pedir?

En cualquier caso, lanzarse a sus brazos con Samuel colgado del cuello no era posible. Por el momento. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Kier le preguntó:

—¿Qué más necesito hacer para convencerte?

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas, a pesar suyo. Había percibido una gran diferencia en Kier desde que lo vio desembarcar

aquella segunda vez del bote de Timoti. Parecía tener un aire de furiosa determinación, como si estuviera decidido a conseguir sus propósitos a toda costa. Shahna ya había visto antes aquella decisión en su mirada, pero la furia era nueva, y la inquietaba. Si tan dispuesto estaba a cambiar de vida, sus sentimientos debían de ser mucho más profundos de lo que había sospechado. Aun así todavía no había pronunciado las palabras que podían despejar todas sus dudas.

—Podrías decirme que me amas —lo dijo en un impulso. Ni siquiera expresó un pensamiento en voz alta: fue una petición que surgió directamente de su subconsciente.

Por un instante Kier la miró con una expresión extraña, incluso hostil. Hasta que se echó a reír.

—De acuerdo —pronunció, entrecerrando los ojos—. Te amo. ¿Cómo podrías dudarlo?

Pero aquella respuesta tan rotunda no hizo más que profundizar sus sospechas.

—Se supone que el sentimiento debe ser recíproco —añadió, irónico.

—¿Qué es lo que te pasa, Kier? Sé que algo te preocupa.

—Lo único que me preocupa es que no has aceptado casarte conmigo —se interrumpió—. He puesto mi corazón a tus pies, Shahna. Si no puedes corresponderme con el tuyo, tendré que conformarme con el resto: tu compañía, tu hermoso cuerpo... —se volvió para mirar a Samuel—, y tu hijo.

La miró de nuevo. Shahna seguía teniendo la sensación de que le escondía algo, pero no podía culparlo por ello. ¿Acaso no estaba haciendo ella lo mismo? Ni siquiera sabía si podría decírselo alguna vez.

—¿Podrás quererlo... —le preguntó, vacilante—, como si fuera tuyo?

Un extraño brillo asomó a sus ojos por un instante, pero de inmediato su expresión se tornó fría, sin vida.

—Ya lo quiero.

No dudaba de su sinceridad. El sentido común le decía que no había motivo para seguir resistiéndose.

Ya no tenía ninguna objeción más. ¿Para qué dudar? Sólo quedaba una cosa: hacerle una confesión.

—Te amo, Kier. Me casaré contigo. Pero no porque me hayas ofrecido una casa.

Se la quedó mirando fijamente, como si no hubiera escuchado bien.

—¿Por qué entonces? —inquirió. Un fulgor de alegría bailaba ahora en sus ojos.

—Porque Samuel ya te quiere a ti también.

Samuel se volvió para mirarlo y echó a correr de suevo por el césped. Kier soltó una carcajada.

—Tu cabaña se nos va a quedar pequeña para los tres...

—Yo no he dicho que no quiera levantar una casa, sino solamente que no es necesario que me sobornes con ella...

—Yo nunca he intentado sobornarte, Shahna.

—No —se mordió el labio—, perdona. Es sólo que... ¿es esto realmente lo que quieres?

—Es todo lo que quiero —respondió él, acunándose el rostro entre las manos.

La besó y ella le devolvió el beso, pero Samuel corría ya de nuevo hacia ellos. Kier lo levantó en brazos y volvieron de nuevo al coche.

—Ojalá hubiera conocido antes a Sam —le confesó mientras Shahna arrancaba el motor, lanzándole una penetrante mirada.

—¿De qué habría servido eso?

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño.

—Tú me dejaste perfectamente claro que no tenías espacio en tu vida para un niño.

Kier hizo un esfuerzo por recordar:

—Yo estaba hablando con Jill y con Quentin mientras tú estabas con otra persona, a unos metros. Luego se acercaron otras dos parejas, y empezaron a contarse historias de bebés que lloraban toda la noche, niños perdidos en supermercados... Debieron de darse cuenta de que yo me sentía desplazado de la conversación, porque alguien me preguntó si yo tenía hijos.

Shahna continuaba conduciendo.

—Y tú respondiste...

—Que, obviamente, no había espacio en mi vida para un hijo. O algo parecido. En aquel entonces no podía imaginar que cualquiera de nosotros iba a ver alterada su vida hasta ese extremo. Yo ni siquiera había empezado a pensar en la posibilidad de tener una familia... —la miró con una leve sonrisa en los labios y añadió, casi acusador—: Al contrario que tú.

Shahna se dijo que no había tenido elección. Y quizá se había equivocado al privarlo a él, a su vez, de la posibilidad de elegir. Durante todo el tiempo había creído estar haciendo lo correcto, lo más adecuado. O lo único.

—Yo lo que pensé fue que no estabas interesado...

Por un instante esperó una réplica mordaz, irónica. Cuando la miró, su expresión era fría, condenatoria. Pero luego pareció como si intentara dominarse, forzando una sonrisa.

—No tiene sentido volver una y otra vez sobre el pasado —le tomó una mano, retirándosela del volante por un segundo, y se la llevó a los labios—. Antes dijiste que me amabas, ¿no?

—Sí —respondió con tono firme.

—Pues acuérdate de esas palabras. Porque necesitarás volverlas a pronunciar dentro de unos días.

—¿Qué? —exclamó, abriendo mucho los ojos. Aparcó apresuradamente en la cuneta y se volvió hacia él, expectante.

—De aquí a tres días podremos casarnos, una vez que consiga la

licencia.

—Has empezado a tramitarla.

—Por supuesto —repuso tranquilamente—. No veo ninguna razón para retrasarlo, ¿y tú? Y no puedo dejar a Quentin mucho tiempo solo. Mi tiempo es limitado.

—Tres días es demasiado poco. ¿Acaso no sabes que supuestamente, el día de la boda es el más importante de la vida de una mujer?

De repente Kier la miró con expresión desconcertada, casi azorado.

—Perdona. Como no tienes familiares, pensé que no querrías celebrar una ceremonia complicada y todo eso...

—No, yo no quiero una ceremonia complicada. Pero al menos dame un poco más de tiempo para acostumbrarme a la idea.

—¿O para cambiar de idea? —la miró inquisitivo.

—No, no cambiaré de idea —declaró tras una leve vacilación—. Te dije que sí, y hablaba en serio —se dijo que, después de todo, lo había tenido durante demasiado tiempo esperando su respuesta—. ¿Pero de verdad estás seguro de que es eso lo que quieres?

—Sé que te quiero a ti. Y quiero a Samuel.

—¿Y trastornar al mismo tiempo tu estilo de vida actual?

—Es un desafío. Y a mí me gustan los desafíos.

Sólo que en esa ocasión no se trataba de una arriesgada aventura empresarial, una de tantas. En esa ocasión se estaba jugando todo su futuro. Y el de Shahna. Vio que se volvía para mirar a su hijo, que dormía plácidamente en su asiento.

—No permitiré bajo ningún concepto que abandones a Samuel una vez que te haya aceptado como padre —le advirtió ella.

—No lo abandonaré —le prometió, apretándole una mano—. Ni a él ni a ti. ¿Tengo que recordarte que no fui yo quien se marchó la primera vez?

Shahna bajó la vista a sus manos entrelazadas, evitando su mirada.

—Lo sé. Pero tenía mis razones.

Kier deseó que se las hubiera contado en aquel entonces. Y que se atreviera a contárselas en aquel momento, ya que parecía la ocasión adecuada. Dominando el impulso de sonsacarle la verdad, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Antes de la boda? No sé... una semana o dos.

—Diez días —le propuso—. ¿Quieres que nos casemos en una iglesia?

Shahna sacudió la cabeza, algo apesadumbrada, pero enseguida se recuperó:

—Alison podría prestarnos su jardín.

—Buena idea.

Samuel se desperezó y soltó un gemido. Shahna arrancó de nuevo el coche.

—Será mejor que nos demos prisa. Pronto le entrará hambre.

De camino encontraron una cafetería con terraza, y Kier le sugirió que comieran allí:

—Así, de paso, podríamos brindar por nuestro compromiso. ¿Qué te parece? ¿Crees que tendrán comida adecuada para Samuel?

—Es posible. Vamos a intentarlo —frenó, entrando en el aparcamiento.

Pidió un plátano y un helado para Samuel, mientras ellos elegían una ensalada. Kier pidió también una botella de champán y alzó su copa, con los ojos brillantes.

—Por nuestro futuro.

Samuel, fascinado por las burbujas, reclamó participar en el brindis.

—Esto no es leche, amiguito.

El crío hizo un puchero y soltó un grito de indignación. Kier se echó a reír.

—Estás estropeando un momento muy romántico...

—De todas formas no te gustaría...

Shahna no tardó en tranquilizarlo, susurrándole palabras cariñosas. Kier la contempló admirado.

—Eres una madre excelente. Y yo espero ser un buen padre.

—No habría aceptado casarme contigo si no hubiera estado segura de ello.

—Gracias —repuso, repentinamente serio, y volvió a brindar—. Te agradezco tu confianza.

Cuando llegaron a la granja de los McKenzie, Kier le propuso anunciarles la noticia. Shahna se preguntó a tendría miedo de que ella fuera a echarse atrás. Porque cuanto más gente estuviera al tanto de su compromiso, más difícil le resultaría romperlo si cambiaba de idea...

—Los hombres probablemente estarán trabajando fuera —de todas formas entró con el coche en el sendero.

Alison salió al porche y saludó a Kier con una sonrisa radiante:

—¡Qué alegría verte de nuevo! —insistió en que pasaran a casa—. Morrie está refunfuñando otra vez. Ace y el nuevo mozo que ha contratado están instalando un cercado, y dice que su mano ya no es la de antes. Samuel le levantará el ánimo.

Kier soltó la gran noticia cuando estuvieron todos sentados en el salón principal, con Samuel en las rodillas de Morrie.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamó Alison, levantándose para abrazarlos—. Estoy tan contenta por los dos... ¿Quiere eso decir que dejarás la cabaña, Shahna? Te echaremos de menos.

—Todavía no —intercambió una mirada con Kier—. ¿Os parece bien que sigamos en la cabaña durante un tiempo?

—Claro que sí. El contrato no vence todavía. ¿Cuándo pensáis casaros? ¿Y dónde?

La mujer acogió encantada su idea de celebrar la ceremonia en el jardín, aunque inmediatamente empezó a preocuparse por las malas hierbas:

—Tendré que adecentarlo para ese día...

—Eso déjame a mí —se ofreció Kier—. Yo haré el trabajo mientras tú me supervisas.

—Y el banquete también lo celebraréis aquí, claro —añadió Alison.

—Bueno, no habíamos pensado en ningún banquete —se apresuró a confesarle Shahna.

—¡Pero tendréis que dar alguna fiesta, ofrecer algo a los invitados! Los chicos de los vecinos nos ayudarán. Y quizá Ginnie se venga un día o dos. Ya es hora de que nos haga otra visita. Vosotros decidme cuánta gente queréis que venga y yo me encargaré de los preparativos...

—Oh, será una ceremonia muy sencilla... —pronunció Shahna, mirando de reojo la expresión desconcertada de Kier.

Una vez de vuelta en el coche, se sintió obligada a proponerle otra solución:

—Si prefieres que vayamos directamente a la oficina del registro civil y lo resolvamos todo discretamente, siempre podríamos escabullimos y...

—No —declaró con tono firme—. Tú te mereces algo mejor que eso. Y Alison está en su elemento, ¿no te has dado cuenta? Va a disfrutar enormemente con todo esto...

Cuando hicieron el amor aquella noche, Shahna fue consciente de que Kier se contenía. Resultó evidente que no estaba dispuesto a repetir la apasionada escena de su anterior encuentro y, esa vez, se

aseguró de ponerse el preservativo.

Aunque también se aseguró de que alcanzara el orgasmo antes que él. Shahna se recordó que eso siempre se le había dado bien. A veces incluso había pensado que exhibía un comportamiento demasiado frío, demasiado calculador a la hora de satisfacer sus necesidades, de anticiparse a sus deseos. En el amor, al igual que en tantas otras actividades de la vida, había desarrollado una consumada maestría.

En aquel instante Kier levantó la cabeza de su seno, que había estado acariciando con la lengua. Al principio de su relación había tenido miedo de que descubriera lo escasa que había sido su propia experiencia en ese terreno. Al recordar que incluso se había comprado un libro sobre técnicas sexuales, no pudo reprimir una carcajada. Solía esconderlo en el cajón del tocador...

—Se supone que no tienes que reírte cuando te hago el amor —se quejó él—. ¿No sabes que eso es fatal para el ego de un hombre?

Era una broma, ya que habían mezclado el amor y la risa muchas veces.

—No le vendría mal a tu ego desinflarse un poco...

—¿De veras? Pues yo creo que, si mi ego se desinflara, eso sería bastante decepcionante para ti...

Por toda respuesta, le tiró levemente del pelo.

—Oh, sé por experiencia que para eso se necesita algo más que una risita... Es cualquier caso, estaba pensando en otra cosa.

—Entiendo —se apoyó sobre un codo, mirándola con un brillo divertido en los ojos—. ¿Es a eso a lo que voy a tener que acostumbrarme durante mi futura vida de casado? ¿A una mujer que no pierde oportunidad de desestimularme?

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás...

—Ni hablar. Sé lo que quiero. Y si te echas tú airas, puede que me transforme en un cavernícola y te arrastre del pelo hasta una cueva. Seguro que hay unas cuantas por aquí cerca...

Shahna se echó a reír. Y, una vez más, se preguntó por qué había puesto tanto empeño en casarse con ella. Porque antes no había demostrado el menor interés por el matrimonio...

Quizá, desde un principio, ninguno de los dos había querido revelarle las interioridades de su corazón al otro. De manera que durante muchos meses su relación se había mantenido estática, negándose ambos a admitir que estaban ligados por algo más que por un vínculo de sintonía sexual. Y reacios a reconocer algo más real y verdadero.

Pero ella había dado el gran paso, había cambiado. Sin esperar a que Kier lo hiciera. Y, pese a todo, lo había hecho. Por eso le estaba tan agradecida...

—Yo te voy a enseñar a lo que vas a tener que acostumbrarte durante tu vida de casado —le comentó de pronto, deslizando una mano por su pecho—. Si es que estás interesado...

—Adelante. Soy todo tuyo.

Aquella fue la noche de la intuición y la fantasía, como en sus mejores tiempos. Hicieron el amor sin prisa pero sin pausa, disfrutando plenamente. Apenas hablaron hasta que Kier murmuró contra sus labios, sin dejar de abrazarla:

—Esto es lo que había soñado con hacer desde que me marché.

Shahna también. Pero ahora sus sueños se habían hecho realidad, y la realidad era mucho mejor. Cerró los ojos. Todavía tenía preguntas sin respuesta, detalles que resolver, decisiones que tomar, pero la mayor ya estaba tomada, afortunadamente: Kier y ella estaban comprometidos.

Capítulo 13

Se casaron bajo un arco festoneado de rosas, levantado en el jardín de Alison. La brisa hacía flotar levemente su vestido de seda color crema. Del brazo de Morrie, Shahna caminó con paso firme por el sendero. Kier la estaba esperando.

Cuando tomó su mano entre sus fuertes dedos, el corazón le dio un vuelco. Apenas oyó las frases de la ceremonia hasta que Samuel, sostenido por Alison, soltó un gorjeo de alegría arrancando una carcajada a los invitados. Kier volvió la cabeza y sonrió al niño. Fue en aquel preciso instante cuando Shahna se convenció de que estaba haciendo lo correcto, lo adecuado, lo justo. Cuando llegó el momento de responder a las preguntas, lo hizo con voz clara y firme. Poco después él le ponía la alianza en el dedo y se besaban entre los aplausos de los presentes.

Quentin y Jill habían volado para la ocasión. Jill abrazó a Shahna y su marido la besó en las mejillas.

—Enhorabuena —felicité Quentin a Kier—. Creíamos ya que nunca lo harías.

Kier rodeando la cintura de Shahna con un brazo, se echó a reír. Ace le dio unas palmaditas en la espalda y saludó efusivamente a la novia, dándole un beso en la boca. Ginnie, muy elegante con su vestido rojo, comentó con tono divertido:

—Ten cuidado, hermanito. Kier no es el tipo de hombre que permita que se tomen libertades con su mujer... —besó a los novios—. Eres una mujer muy afortunada —le dijo a Shahna en un murmullo, no tan bajo como para que Kier no pudiera oírlo—. Si hubieras cometido la estupidez de rechazarlo, creo que yo misma habría probado suerte...

—Vaya, muchas gracias —pronunció él—. Y gracias por... todo.

—¿Por qué? —le preguntó Shahna una vez que se alejaron ambos hermanos.

Por toda respuesta, Kier le lanzó una enigmática mirada. No

pudieron seguir hablando de ello, ya que los invitados no dejaban de acercarse para felicitarlos.

Pasaron la noche en la cabaña mientras Samuel, a insistencia de Alison, se quedó en la granja.

—Te prometo que si te echa de menos te llamaré —le había asegurado a Shahna—. Pero la noche de bodas la tienes que pasar a solas con tu marido.

La protesta de Shahna de que Samuel solía dormir toda la noche de un tirón cayó en oídos sordos, y finalmente aceptó.

Por la tarde, en la cabaña, se cambió el vestido de novia por una blusa corta, blanca, con un *sarong* floreado a la cintura. Kier, a su vez, se puso una camiseta y unos pantalones de algodón.

—Estuviste maravillosa —le comentó, acercándose por detrás mientras colgaba el vestido en el armario. Mmmm... —la besó en el cuello—, hueles a rosas...

—¿Qué quieres hacer hasta que cenemos? —se volvió hacia él.

—¿A ti qué te parece?

Shahna sacudió la cabeza, riendo.

—Es demasiado pronto para que nos vayamos a la cama...

—Eso nunca te había preocupado antes —arqueó las cejas.

—Una respetable pareja casada nunca hace el amor de día —le dijo adoptando un tono exageradamente remilgado, con un brillo burlón en los ojos.

Kier soltó una carcajada:

—Me parece que tienes mucho que aprender sobre el matrimonio —replicó antes de besarla en los labios.

—Demos un paseo —le propuso ella segundos después, casi sin aliento.

—Si quieres... —esbozó una mueca, pero aceptó.

Shahna también quería acostarse enseguida, pero a la vez deseaba apurar aquel día al máximo, de todas las maneras posibles, prolongando la expectación. Ya habían hecho el amor muchas veces antes, pero la solemne promesa que habían compartido lo cambiaba todo. Aquella noche sería diferente de las demás.

Pasearon del brazo a lo largo de la costa, besándose vez en cuando, hablando poco. Cuando emprendieron la vuelta, ya estaba cayendo la noche. Las colinas azules del otro lado de la bahía se difuminaban en la oscuridad. Permanecieron un buen rato de pie en el embarcadero, viendo aparecer las primeras estrellas en el cielo.

—Hace calor —comentó Shahna.

—Sí —asintió Kier, con la mirada clavada en el agua—. Podríamos darnos un baño.

Poca ocasión habían tenido de nadar juntos. Casi siempre solía estar Samuel cerca, exigiendo su atención. Pero esa noche no.

—De acuerdo —se deshizo el nudo del *sarong* y lo dejó caer al suelo. Luego se descalzó.

Kier se había quedado inmóvil, observándola.

—¿Vamos? —lo animó, sonriendo desafiante, y se zambulló en el agua.

En cuestión de segundos se reunió con ella. Pero mientras que Shahna se había dejado la blusa y la ropa interior, él estaba desnudo. Jugaron en el agua, chapoteando y persiguiéndose, besándose y riendo a carcajadas.

Cuando salieron ya había oscurecido del todo. Shahna se estremeció, abrazándose.

—¿Tienes frío?

—No —se inclinó para sacudirse la melena, y nada más incorporarse de nuevo se encontró en los brazos de Kier.

Se besaron. Sus cuerpos se buscaban y enredaban como si

tuvieran voluntad propia, frescos, resbaladizos. Kier agarró el borde de la blusa y se la sacó por la cabeza. Acto seguido empezó a deslizar los labios por sus senos.

Shahna se aferró a sus hombros, echando la cabeza hacia atrás, y soltó un grito. No sentía ya la dureza de las tablas del embarcadero bajo su cuerpo. Solamente sentía el cálido cuerpo de Kier, sus manos mágicas, errantes, y su boca, siempre dando más que recibiendo.

Kier no dudó en colocarla encima de él, para que no se hiciera daño con las tablas. Con ello, al mismo tiempo, le cedió la iniciativa y la capacidad de controlar el ritmo, de moverse como se le antojara. Sólo que no contó con la urgente necesidad que se apoderó de ella, transportándola a otra dimensión. Dejándose acariciar los senos, apoyada sobre su pecho húmedo de sudor, veía en sus ojos la misma pasión que ardía en los suyos.

Poco después se derrumbaba sobre él, con sus bocas fundiéndose en un largo beso. Su pasión había perdido frenesí, pero se había tornado si acaso aún más profunda. Enterró la cabeza en su hombro, suspirando.

Transcurrió mucho tiempo antes de que se desperezara, musitando contra su mejilla:

—Deberíamos movernos. Tienes que estar muy incómodo.

—Ahora mismo, para mí, éste es el lugar más cómodo del mundo —la abrazó.

—¿Sabes una cosa? —se echó a reír—. Me cuesta creerte —se incorporó, haciéndose a un lado—. Por cierto, estás encima de mi *sarong*.

Kier le reclamó un beso más antes de levantarse, reacio.

Shahna se anudó el sarong al pecho y recogió el resto de su ropa. Él, en cambio, ni siquiera se molestó en vestirse.

—¿Nos vamos ya a la cama? —le preguntó cuando entraban en la cabaña.

—¿No tienes hambre?

—Desde luego que sí —le acarició el cuello con los labios y ella se dejó llevar al dormitorio, riendo.

Era casi medianoche cuando al fin se levantaron de la cama y fueron a la cocina en busca de comida. Kier abrió una botella de champán y devoraron los restos del banquete, que Alison habían insistido en que se llevaran. De repente Shahna recordó algo.

—Por cierto, ¿qué era lo que le agradeciste antes a Ginnie?

—¿Detecto un matiz de celos en tu voz? —inquirió, esperanzado.

—¿Tengo algún motivo para sentirme celosa?

—Ginnie me dijo que estabas enamorada de mí —le confesó—. Y yo le agradecí la información.

—¿Ginnie te lo dijo? ¡Pero si yo jamás le dije nada a ella!

—Intuición femenina, supongo. Me comentó que cuando estuvo aquí, hablando contigo, parecía como si quisieras sacarle los ojos...

Shahna se ruborizó.

—¿Y por eso le estás tan agradecido?

—Le sentó bien a mi ego —repuso, burlón. Al ver que lo fulminaba con la mirada, se apresuró a tomarle una mano—. Virginia y yo sólo somos amigos... ¿Tienes idea de los celos que me entraron de Ace la primera vez que llegué aquí?

—¿De Ace? —se echó a reír. Nunca había pensado en él más que como en un vecino simpático y agradable.

—Es un chico muy guapo.

—Sí —retiró la mano y levantó su copa, mirándolo por encima del borde—. Y se ha portado muy bien conmigo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, repentinamente alerta.

—Oh, solamente lo que he dicho. Nunca ha habido nada sexual entre nosotros. Ha tenido muchas amigas, pero te aseguro que yo no he sido una de ellas.

Ya más tranquilo, Kier rellenó las copas. Shahna bostezó de

sueño.

—Esto es una locura. Mañana creo que no seré capaz de levantarme...

Había aceptado acompañarlo de regreso a Australia después de la boda.

—Si voy a trasladar mi oficina a otro país —le había comentado días antes—, tendré que reorganizarla a fondo, y no quiero dejaros solos a Samuel y a ti.

Shahna se recordó que estaba planificando cambios muy drásticos en su vida para estar con ella. En comparación, pasar unas cuantas semanas en Sydney era un sacrificio muy pequeño. Al día siguiente tenían que madrugar mucho para tomar el primer vuelo.

—Lo cancelaremos todo —le sugirió Kier—. Y nos quedaremos todo el día en la cama, haciendo el amor.

—No podemos. Alison nos traerá a Samuel a eso de las ocho.

—Ah, ésa es otra de las cosas que comentaron aquellas dos parejas que estuvieron en el bautizo del hijo de Quentin: que los niños afectan a la vida sexual de sus padres.

—¿Eso te importará mucho? —no pudo disimular un tono de inquietud en su voz.

—Pero habrá compensaciones, ¿no?

—¡Por supuesto que sí! —le aseguró ella—. Kier...

—¿Sí?

—Yo... te estoy muy agradecida por haber aceptado a Samuel. Sé que no ha tenido que ser fácil...

De repente vio que su expresión cambiaba, tornándose fría, distante.

—Al contrario, no ha sido nada difícil —repuso. Shahna creyó percibir cierto tono de dureza en su voz—. Y no es necesario que me lo agradezcas.

—Aun así... Gracias.

Kier apuró el resto de su champán y dejó la copa sobre la mesa. Pero lo hizo con tanta fuerza, involuntariamente, que rompió el tallo en dos.

—Perdona...

—No pasa nada —esbozó una sonrisa sorprendida, levemente temblorosa.

En silencio, muy serio, Kier se ocupó de recoger los cristales rotos. Luego fregó los platos que habían utilizado y los dejó secándose.

—Será mejor que te acuestes. Tienes que dormir.

—¿No vienes conmigo? —le preguntó, deteniéndose en la puerta.

—Creo que iré a darme otro baño. Todavía no hace frío.

—¿A esta hora?

—Si me acostara ahora mismo contigo, me temo que no dormirías en toda la noche.

Shahna esbozó una mueca, aliviada por su tono.

—Promesas, promesas... —se burló—. Todos los hombres son iguales.

—¿Ah, sí? Pues te aseguro que no tardaré —le advirtió.

Tumbada en la cama, lo oyó zambullirse en el agua y nadar durante un buen rato, enérgicamente. ¿De dónde sacaría tanta energía? Ella estaba agotada, exhausta. Los párpados se le cerraban.

Tuvo la sensación de que había transcurrido una eternidad antes de que se despertara a medias, apenas consciente del peso de otro cuerpo a su lado. Se volvió hacia él, arrebujándose contra su pecho. Sintiendo el fuerte latido de su corazón bajo sus dedos, se quedó nuevamente dormida.

Samuel se lo pasó de maravilla durante el viaje en avión: incluso le dejaron visitar la cabina del piloto. Luego se quedó profundamente dormido, para despertarse en el vestíbulo del aeropuerto.

Tomaron un taxi para ir directamente a casa de Kier y cuando llegaron se había vuelto a dormir. Shahna lo levantó en brazos mientras él se encargaba del equipaje.

Le resultaba tan extraño volver a aquel apartamento... Cuando él encendió la luz, entró en un salón que le pareció familiar, pero que ya no era el mismo de antes. Había un cuadro nuevo en una de las paredes crema, y el amplio sofá donde antaño habían hecho el amor en alguna ocasión había sido reemplazado por dos armarios bajos a juego.

—Será mejor que lo acostemos ya —sugirió Kier.

Shahna lo siguió al dormitorio de invitados, pensando que tendrían que acondicionarlo debidamente para instalar al niño allí. Por eso se sorprendió tanto al ver que había cambiado por completo. El papel de pared era de color azul claro, imitando el cielo de un día soleado. Las cortinas, de un azul más oscuro, tenían estrellas doradas. En una esquina había una estantería con cuentos infantiles, un koala de peluche y un camión de plástico. Y, en el centro, una gran cuna blanca sobre la que colgaba un móvil de aros de colores.

—¡Kier! —entró en la habitación, impresionada—. ¿Cuándo has sacado tiempo para...?

—Le encargué a Jill que la decorara. Me dijo que había disfrutado mucho —la miró, expectante—. ¿Te parece que ha hecho un buen trabajo?

—¡Ha hecho un trabajo fantástico! Pero vamos a estar tan poco tiempo aquí... —Kier había calculado que en un mes o dos, como mucho, terminarían los preparativos para trasladar su negocio—, que pensé que bastaría con comprar una cuna y unas pocas cosas más.

Kier alzó una mano y tocó el móvil con un dedo.

—Mientras Sam esté aquí, necesitará una habitación decente.

—Es preciosa —comentó antes de tumbar al niño en la cama.

—Nada es demasiado bueno para mi hijo —contempló su rostro plácidamente dormido y se detuvo un rato en la puerta, mientras ella terminaba de arroparlo.

En el dormitorio principal, Kier dejó espacio en el gran armario empotrado para la ropa de Shahna.

—No has traído mucho —observó cuando hubo terminado de deshacer su maleta. La mayoría eran cosas de Samuel.

—No tengo mucha ropa para lucir en la ciudad.

—Antes tenías montones.

—En su mayor parte, la doné a una tienda benéfica —se encogió de hombros—. Ya no tenía sentido conservarla.

—Quizá tengas que comprarte cosas nuevas, entonces...

—¿Para qué? ¿Para tener que deshacerme nuevamente de ellas cuando vuelva a casa?

—Seguro que nos lloverán las invitaciones. Y tendrás que ponerte algún vestido bonito. Puedes usar mi tarjeta de crédito.

—Gracias, pero no.

—¿Por qué no? Eres mi esposa.

—Yo me compraré mi propia ropa.

—Tus ingresos todavía no son muy altos.

—Pero son suficientes —replicó, lacónica. Hasta el momento se las había arreglado para sobrevivir, con la ayuda de sus ahorros.

—Si lo que temes es que piense que te has casado conmigo por mi dinero, no tienes por qué preocuparte. Yo sé que no ha sido por eso.

Shahna se echó a reír:

—Ese pensamiento ni siquiera se me ha pasado por la cabeza —lo miró, curiosa—. ¿Y por la tuya?

—No. El dinero nunca te ha interesado, ¿verdad?

—Me gusta lo que puedo comprar con él, como a cualquiera. Pero no necesito mucho.

—¿Qué es lo que necesitas, Shahna? —quiso saber, mirándola de repente con una extraña intensidad.

—Seguridad para Samuel. No tanto en términos de dinero o de cosas materiales como en términos de seguridad emocional. Que tenga una infancia muy feliz.

—¿Y para ti qué quieres?

—Suficiente dinero para proporcionársela. La oportunidad de perfeccionar mi arte y hacer obras que perduren largo tiempo después de que yo me haya ido —vaciló por un instante—. Y un buen matrimonio.

—Yo intentaré darte todo eso.

—No tengo por qué depender de ti para todo, Kier.

—Una mujer independiente.

—Tú eres un hombre independiente, ¿no? —replicó—. ¿Por qué con una mujer debería ser distinto?

—Porque tú eres la que tiene los bebés. Para ti siempre es más difícil.

—¿Qué tiene eso que ver? Escucha, Kier, yo no tenía ninguna necesidad de casarme contigo. Hasta el momento, como madre, me las he arreglado perfectamente sola.

—De acuerdo —alzó ambas manos en un gesto de rendición—. Pero quiero facilitarte las cosas. ¿Tan difícil te resulta eso de aceptar?

Shahna sacudió la cabeza.

—No sé. Supongo que a lo mejor no estoy acostumbrada a... que me cuiden.

—¿No te he cuidado yo antes? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Sí —admitió—. Pero antes era distinto.

Antes, reflexionó, el cariño y la ternura que le había demostrado

habían formado parte de la imagen que deseaba proyectar, como una exigencia del comportamiento que se había impuesto a sí mismo. Como si se hubiera sentido obligado a compensar a sus amantes por el placer que le ofrecían.

En aquel entonces, Shahna siempre había tenido la sospecha de que ella no era ni con mucho la primera prioridad en su vida. De que si le presentaba exigencias, demandas que le creasen dificultades en su vida rutinaria, se vería expulsada de su mundo. Ahora, sin embargo, parecía dispuesto a realizar sacrificios casi inimaginables por conservarla a su lado. No podía menos que amarlo por ello. Y por el evidente y cada vez más profundo cariño que le profesaba a Samuel.

Kier estuvo en lo cierto con lo de las invitaciones. Le pidió a Jill que le recomendara alguna buena agencia de cuidado de niños, y afortunadamente Sam reaccionó muy bien las veces que lo dejaron a cargo de un profesional mientras sus padres estaban fuera.

Aunque una o dos veces Shahna se mostró reacia a ello.

—No podemos irnos, últimamente hemos dejado a Samuel mucho tiempo solo...

Y Kier, en aquellas ocasiones, solía ceder:

—De acuerdo. Les diremos que lo dejen para otro día.

Algunas invitaciones incluyeron a Samuel, y Shahna conoció a un par de parejas con niños de similar edad con los que aprovechaba para jugar. Kier solía presentarlo orgulloso como «nuestro hijo» y nadie hacía preguntas indiscretas.

La sorprendió la cantidad de gente que la recordaba con cariño y quería saber cosas de su vida en Nueva Zelanda. Recuperó viejas amistades y disfrutó haciendo otras nuevas. A menudo se ponía joyas de su propia creación, y varias mujeres se mostraron interesadas por adquirirlas.

—Aquí podrías tener un buen mercado —le comentó Kier una noche, mientras se preparaban para acostarse—. Te presentaré a Harry Thurman. Posee una cadena de *boutiques*...

—Conozco su nombre —colgó cuidadosamente uno de los vestidos que se había comprado—. Están especializadas en ópalos y artesanía australiana. Me encantaría venderle algunas de mis piezas, pero mi joyería es... bueno, viene de Nueva Zelanda, está muy arraigada en el país. En Hokianga, sobre todo.

—Ya. ¿Pero no te parece que con esa manera de pensar te estás limitando demasiado? Cuando te conocí, una de las cosas que más me impresionaron de ti fue tu amplitud de miras, tu capacidad de adaptación al entorno.

Pensó que quizá tenía razón. Aunque sus mejores piezas estaban inspiradas en la bahía de Hokianga, también había hecho un buen trabajo en Auckland, antes de subir al norte.

Al día siguiente sacó a Samuel en el carrito y visitó el puerto de Circular Quay, dominado por la famosa vista del palacio de la ópera. De vuelta a casa, sacó su cuaderno de bocetos y se quedó asombrada al tomar conciencia de todo el tiempo que llevaba sin trabajar. Casi seis semanas. Entre cuidar a Samuel y socializar con la gente...

Estaba dibujando cuando llegó Kier. Parecía tenso, cansado.

—¿Qué estás haciendo?

Le mostró sus bocetos, inspirados por el puerto de aguas azules y los blancos edificios que lo rodeaban.

—¿Qué te parecen?

—Son diferentes de los que has hecho antes, pero igual o más interesantes. Hoy he telefoneado a Harry y le gustaría conocerte. He pensado que podíamos invitarlo a cenar, con su esposa —la abrazó, estrechándola contra su pecho, y soltó un profundo suspiro.

—¿Has tenido un mal día?

—Han surgido algunos problemas. Tendremos que quedarnos en Sydney un poco más de lo esperado. ¿Te importa?

—Por supuesto que no, si tú necesitas estar aquí —cuando bajó la mirada a sus dibujos, sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos: el anhelo de convertirlos en realidad—. Pero echo de menos mi estudio.

Harry acogió con verdadero entusiasmo sus bocetos.

—Me encantaría ver el producto final. Podría conseguirte un espacio en alguno de mis talleres.

—Es usted muy amable, pero tengo un niño de un año y...

—Oh, yo cuido a la niña de mi hija tres veces por semana, mientras ella trabaja —intervino su esposa—. No se fía más que de mí. Si me dejaras a tu criatura, Marianne tendría alguien con quien jugar... ¿Por qué no los presentamos, a ver cómo se llevan?

Era una abuela encantadora, y después de pasar una tarde con ella y con su nieta, Shahna no tuvo problema alguno en dejar a Samuel a su cuidado varias veces por semana, aunque no podía evitar cierto sentimiento de culpa.

Trabajar con otros artesanos siempre resultaba estimulante, además de que el equipo del taller era moderno y sofisticado. Harry quedó encantado con su trabajo y le sugirió que dedicara más tiempo al diseño de obras, para que las hicieran sus artesanos.

—No estoy muy convencida —le confesó a Kier aquella noche, mientras tomaban café después de cenar—. Estoy acostumbrada a hacer yo todo el trabajo, desde el diseño hasta el acabado...

—Es difícil delegar en alguien lo que siempre has hecho tú.

Shahna suponía que eso mismo era lo que había estado haciendo él: dejar en manos de otra persona las riendas de la compañía que había manejado desde el principio.

—¿Te parece que estoy siendo egoísta? —le preguntó bruscamente—. Trasladarte a Nueva Zelanda es un enorme trastorno para ti.

—Tú lo quieres por el bien de Samuel, ¿no? Eso no es egoísta.

—Pero te estoy pidiendo mucho.

—¿Estás replanteándote la vuelta a Hokianga?

—Echo de menos la bahía —se levantó para acercarse a la ventana, contemplando las luces de la ciudad, escuchando el rumor del tráfico. Todo aquello era tan diferente de la paz y tranquilidad que se respiraban en su cabaña...—. Y sigo pensando que es un lugar mucho mejor para criar a un niño.

Kier se levantó y la abrazó por detrás, deslizando las manos por su cintura.

—Yo me estoy dando toda la prisa que puedo.

—¿Seguro? —se volvió para mirarlo. A veces sospechaba que se estaba demorando a propósito, esperando a que cambiara de idea. De repente se dijo que había llegado el momento de revelarle lo que llevaba días ocultándole, temerosa de su reacción—. Kier... creo que estoy embarazada.

Durante un rato Kier no dijo nada: se quedó inmóvil, paralizado. Hasta que un brillo apareció en sus ojos y la tomó de los hombros:

—¡Es maravilloso! —la alzó en volandas, besándola en los labios—. Una hermanita para Samuel... —añadió mientras la bajaba al suelo.

—O un hermanito —estaba emocionada por su reacción—. Er, eso no... eso no hará que cambien tus sentimientos por Sam, ¿verdad?

De repente se la quedó mirando con expresión furiosa, indignada.

—Por supuesto que no.

—Perdona. Es sólo que... como no es tu hijo biológico...

—¡Por el amor de Dios, Shahna! —estalló, tomándola de los hombros—. ¿Por qué insistes en fingir que Samuel no es hijo mío?

Capítulo 14

Shahna abrió mucho los ojos. Un escalofrío de miedo la recorrió por dentro y el pulso empezó a latirle acelerado.

– ¿Fi...fingir? ¿Qué quieres decir?

– Sé la verdad. ¡Y estoy cansado de esperar a que me la digas! ¿Por qué no me lo sueltas de una vez?

– No... – un oscuro abismo parecía haberse abierto a sus pies. Sacudió la cabeza, horrorizada –. ¡Oh, no!

– ¡Shahna! – seguía agarrándola de los hombros.

Sintió que la sangre abandonaba su rostro, dejándolo frío, sin vida.

– Yo te dije la verdad, Kier –le temblaba la voz–. Ese primer día, cuando lo viste y pensaste... –tragó saliva, con un nudo en la garganta–. ¿No me creíste? –inquirió en un susurro. ¿Era por eso entonces por lo que le había hecho aquella temprana y absurda propuesta de matrimonio? ¿Y por lo que tanto había insistido en que se casara con él?

– Estabas embarazada cuando me dejaste –la acusó con un tono de furia controlada–. ¿Verdad?

– Tú sacaste tus conclusiones y yo...

– ¿Verdad?

– ¡Está bien, sí! Pero tú lo has malinterpretado todo... –exclamó, angustiada–. Oh, ¿por qué no me creíste?

Algo cambió de pronto en la expresión de Kier, como si una reacia y tardía comprensión de lo ocurrido se hubiera impuesto a su furia.

– ¿Me estás diciendo... que el bebé no era mío?

– ¡No! –se liberó de sus brazos, escondiendo el rostro entre las manos–. Quiero decir, sí. Es tuyo.

– Entonces...

— ¡Pero Samuel no lo es! —era como si estuviese viviendo una pesadilla.

— ¿Qué diablos...?

Dejó caer las manos y se volvió hacia él, gritando con todo el dolor y la desesperación que la consumían:

— ¡Lo perdí!

Se produjo un largo, tenso silencio.

— ¿Lo perdiste? —repitió Kier, aturdido—. ¿De la misma forma que perdiste a tus padres? —sacudió la cabeza—. ¡Samuel nació nueve meses después de que tú te marcharas!

— ¡Pero no nueve meses después de que fuera concebido! Fue sietemesino.

— ¿Sietemesino?

— Si hubiera estado embarazada de él cuando me marché, ¿quieres explicarme cómo habría podido saberlo tan pronto?

— No sé, Jill me dijo... —sacudió de nuevo la cabeza, impaciente—. No importa. ¿Es cierto todo esto que me estás diciendo?

— ¿Por qué habría de mentirte ahora?

Kier se pasó una mano por la cara. Estaba demacrado, ojeroso.

— No, ahora no hay razón alguna —murmuró, suspirando—. Supongo que me lo imaginé. Yo quería que fuera hijo mío. Y me engañé a mí mismo.

— Pudiste haber solicitado una prueba —se mordió el labio, consternada por la enormidad de su error, de aquel malentendido, de sus consecuencias—. ¿Por qué no lo hiciste, si creías que Samuel era tuyo?

— Creía saberlo. Estaba tan seguro... pero quería que tú me lo dijeras. Y no lo hiciste —se interrumpió, parpadeando como si estuviera despertando de una pesadilla—. No podías, claro —se corrigió.

— Lo siento —pronunció Shahna, con los ojos llenos de lágrimas

— . Sufrí un aborto... —le explicó, reviviendo todo aquel dolor—, casi tan pronto como aterricé en Nueva Zelanda. Al principio pensé que la culpa la había tenido el viaje en avión... pero los médicos me aseguraron que no había manera de saberlo. Fue una simple cuestión de mala suerte, y quizá de estrés. Me dijeron que podía volver a intentarlo tan pronto como me sintiera preparada, que no había ningún problema. Me pasé días llorando... —llorando por el bebé, por el amante que había abandonado, por el triste giro que había dado su vida—. Supongo que pensaron que si tenía tantas ganas de tener un bebé...

— ¿Las tenías?

Le lanzó una rápida mirada. Parecía conmocionado. Y triste.

—Al principio no había pensado en ello. Pero luego, cuando empecé a sospecharlo, intenté decirme que me había equivocado, que no podía ser. No entendía cómo había pasado... no recordaba haber dejado de tomar las píldoras, pero al final tuve que convencerme. Y cuando me convencí, todo cambió. Simplemente... no podía deshacerme de él.

—Y a mí no me dijiste nada. ¿De cuántos meses...?

—Estaba de tres meses cuando me marché. Todavía no se notaba. Pero si me quedaba, sabía que tendría que decírtelo.

— ¡Pero no me lo dijiste!

—Después de escuchar tu comentario sobre los hijos aquel día, en el bautizo, ya no pude hacerlo.

— ¡Tenía derecho a saberlo! —estaba pálido, con los ojos hundidos—. La decisión no dependía únicamente de ti.

—Lo sé. Y sé que habrías insistido en responsabilizarte, incluso en casarte conmigo —de repente se estremeció—. O, tal vez, convencerme de que abortara.

—Yo nunca habría hecho eso —objetó Kier.

—En cualquier caso, habríamos discutido, y yo no quería que nos separásemos por las malas, enfadados...

—Así que te fuiste sin decirme una palabra... ¡y todo por culpa de un desafortunado comentario pronunciado en medio de una fiesta! —exclamó, incrédulo.

—No, ese comentario simplemente confirmó lo que ya sabía. Tú jamás me hablaste una sola vez de tener hijos, y además estabas obsesionado con tomar precauciones.

—Por tu bien tanto como por el mío.

—Sea como fuere, tú no querías fundar una familia.

Así que por eso quemó las naves. Y se lanzó a navegar a la deriva.

—¿No pensaste en volver después, al cabo de un tiempo?

—No. Estaba convencida de que ya nada volvería a ser lo mismo. Mi vida había cambiado. Y seguía sintiendo ese enorme vacío en mi interior. A cada momento echaba de menos a aquella criatura, un hijo al que nunca había llegado a ver. Y seguía... doliéndome por él cuando conocí... al padre de Samuel.

Kier alzó la barbilla como si acabara de recibir un puñetazo invisible.

—Háblame de él.

Lo miró asombrada, incrédula.

—Me recordaba a ti. Su aspecto, sus gestos, su sonrisa incluso. Creo que fue por eso por lo que...

—¿Por lo que te acostaste con él?

—Trabajaba en la empresa donde entré al poco de salir del hospital —bajó la mirada a sus manos entrelazadas—. El primer día, durante la hora de la comida, cuando estaba de pie en medio de la calle intentando convencerme de que tenía que comer, me preguntó si me sentía bien. Supongo que debía de parecer desesperada, y realmente lo estaba. Luego me llevó a un restaurante y me invitó a comer. La ternura, la amabilidad, son grandes afrodisíacos —añadió con ironía—. Y yo no me sentía lo suficientemente fuerte y segura como para resistirme.

—Así que te llevó a su cama... —adivinó Kier, apretando los labios.

—A la mía, en realidad. Y no inmediatamente —esbozó una mueca de amargura—. Ya te dije que era parecido a ti. Al menos igual de tenaz... Nos vimos unas cuantas veces fuera del trabajo. De vez en cuando tomábamos una copa. Me hacía reír. A veces, durante unos minutos, con él lograba olvidarme... de todo. Y, como tú, no insistió al ver que yo evitaba las preguntas demasiado personales. Supongo que realmente tampoco le importaba.

—Continúa —la urgió Kier, cerrando un puño y hundiéndolo en el bolsillo del pantalón.

—¿Recuerdas el día en que tú y yo hicimos el amor por primera vez? —como no contestó se echó a reír, pero era una risa cargada de amargura—. Yo sí. Intenté olvidarlo, pero el calendario estaba allí, y no me dejaba en paz, no podía dejar de mirarlo... Aquella noche trabajé hasta tarde porque necesitaba mantener ocupada mi mente, distraerme con algo, y él... me dijo que también necesitaba resolver unos asuntos pendientes. El caso es que los dos nos quedamos solos en la oficina y cuando yo ya estaba recogiendo, entró en mi despacho y me sugirió que tomásemos una copa en un bar. Yo acepté con tal de no quedarme a solas con mis pensamientos...

Kier la miraba con los ojos brillantes, a través de los párpados entrecerrados.

—Bebí demasiado —explicó Shahna, lisa y llanamente—. Él me acompañó hasta casa, se mostró muy... atento. Me dio un beso de buenas noches. Creo que su idea era irse a su casa, pero yo... yo no quería que se marchara.

—¿Le pediste que pasara la noche contigo?

—Explícitamente no —recordaba haberse abrazado a un hombre con el rostro en sombras, en el pasillo oscuro. Un hombre que le recordaba a Kier. Había sabido, desde luego, que no era él: no había estado tan borracha como para eso. En realidad había querido engañarse a sí misma...—. No quería estar sola aquella noche.

La sensación de soledad había sido abrumadora. Recordaba haber tomado una decisión en aquel preciso instante, como en un relámpago de lucidez. Recordaba haber mirado el calendario y haber pensado no sólo que aquel día era el aniversario de su relación, sino también el más fértil de su ciclo, confirmado por los síntomas que reconocía. Después del hijo que había perdido, con el dolor resultante... ¿cómo desaprovechar aquella oportunidad?

—No le dejé que usara anticonceptivo alguno.

—Tú dijiste que habías planeado tener a Samuel —le recordó Kier.

—Fue una decisión consciente.

—¡Pero muy poco racional!

Eso no podía discutírselo. Su comportamiento había sido egoísta e imprudente, incluso peligroso. Pero aquella noche le había parecido lo más adecuado, lo justo, lo necesario.

—Supongo que no pensé con mucha coherencia...

—¡Asumiste un riesgo enorme con un hombre al que apenas conocías!

—Lo sé. Me hice pruebas para asegurarme de que no había contraído ninguna enfermedad que pudiera pasar al bebé —fue un alivio enorme cuando se enteró de que los resultados eran negativos.

—¿Le dijiste que te habías quedado embarazada?

—Sí.

—Él estuvo mucho mejor informado que yo —la miró con expresión sombría.

Shahna se mordió el labio, arrepentida.

—La verdad es que me llevé una alegría cuando me dijo que se desentendía del asunto, que no quería saber nada, que incluso lo negaba —soltó una amarga carcajada—. Estaba casado.

—¿Y tú no lo sabías?

—¡Por supuesto que no! —repuso, indignada—. Yo nunca

habría...

— Pero trabajabais juntos.

— Ni él ni nadie me lo mencionó. Creía que era soltero.

— ¿Cuánto tiempo más te quedaste allí?

— No mucho. Después de aquello, me sentí bastante mal. Y tenía que buscar un hogar para mi bebé. Con el tiempo, creí haberlo conseguido. Había recuperado las riendas de mi vida y descubierto una vocación profesional, tenía un trabajo que convenía a las necesidades de Samuel... Hasta que tú apareciste.

Y le pidió que se casara con él. Lo miró. Seguía pálido, demacrado. Cerró los ojos por un instante. Cuando volvió a abrirlos, su expresión reflejaba un dolor profundo, insoportable.

— Yo creía que era mío. Estaba tan seguro...

«¡Oh, Dios!», exclamó Shahna para sus adentros. «¿Qué es lo que he hecho?». Una náusea le subió por la garganta.

— ¡Discúlpame! — murmuró, corriendo al cuarto de baño.

Minutos después, cuando ya se hubo recuperado, Kier la estaba esperando en el umbral.

— ¿Puedo hacer algo por ti?

— No — se lavó la cara con agua fría — . Ya estoy bien.

— Pues no lo pareces. Será mejor que te tumbes un poco.

Se miró en el espejo: estaba mortalmente pálida, con la mirada apagada, sin brillo. No era de extrañar: su mundo acababa de romperse en mil pedazos. Kier insistió en ayudarla a tumbarse en la cama, quitándole los zapatos.

— Incorpórate un poco para que te quite el vestido, ¿de acuerdo?

Su contacto era frío, impersonal. Se quedó en ropa interior.

— Gracias, ya me las arreglo yo sola.

— ¿Seguro?

— Sí.

Se la quedó mirando durante unos segundos.

—De acuerdo. ¿Me prometes que te quedarás en la cama? Me apetece salir a dar un paseo.

Shahna supuso que necesitaría pensar, o desahogar de algún modo su rabia contenida.

—Te lo prometo —cuando llegó a la puerta, lo llamó—: ¿Kier?

Se volvió con expresión distante, remota. Aterradoramente contenido.

—Yo nunca quise engañarte. Por lo de Samuel.

Miró al techo como buscando algo que decir. Finalmente la contempló de nuevo, sombrío e inescrutable.

—Ya no es posible dar marcha atrás, ¿verdad?

Y se fue.

Shahna se quedó tumbada mirando al techo, sin esperanza alguna de conciliar el sueño. Por eso se llevó una gran sorpresa cuando la despertó la luz del sol y la voz de Samuel en la habitación contigua. Y cuando descubrió a Kier durmiendo a su lado. No lo había oído entrar.

Levantándose de la cama, se apresuró a atender a Samuel, lo cambió y se lo llevó a la cocina. Kier estaba en el umbral, desnudo de cintura para arriba, despeinado, sin afeitarse.

—Creía que estabas dormido.

—¿Estás bien?

—Me prepararé unas tostadas mientras doy de comer a Sam.

Kier tenía la mirada fija en ella, ignorando al niño incluso cuando pronunció su nombre con tono alegre.

—Avísame si necesitas ayuda. Voy a tomar una ducha rápida y me visto.

Lo observó retirarse con el corazón encogido. Minutos después, Sam ya estaba sentado en su trona. Shahna estaba intentando que comiera media tostada cuando Kier apareció en el umbral, ya vestido para ir a la oficina.

—El café ya está listo. Y hay tostadas.

Asintió en silencio y, después de servirse una taza, se sentó frente a ella.

—¿Qué porcentaje de seguridad tienes de estar embarazada?

—Todavía tengo que hacerme la prueba, pero reconozco los síntomas.

—Ya lo supongo —se volvió para mirar a Samuel, pensativo.

—No es culpa suya —pronunció, desesperada.

—¡Eso ya lo sé! —se volvió hacia ella, asombrado e indignado a la vez—, ¡No pensarás que yo...!

El teléfono sonó en aquel momento. Kier maldijo por lo bajo antes de levantarse para contestarlo.

—Sí, Quentin. Sí, por supuesto. Buena suerte —colgó el auricular—. Jill se ha puesto de parto. Quentin no irá hoy a la oficina —se pasó una mano por el pelo con gesto preocupado—. Estamos en medio de una negociación muy difícil y no podemos faltar los dos a la reunión de hoy. ¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente —físicamente sí, al menos.

Samuel decidió que ya había comido suficiente y empezó a golpear su cuenco de cereales con la cuchara, salpicándolo todo de leche. Shahna se apresuró a quitársela a pesar de sus objeciones.

—No, Scamp. La comida es para comer, no para jugar —le limpió la cara y las manos con la servilleta.

Kier terminó de desayunar y se levantó para dirigirse al dormitorio. Cuando volvió, Shahna ya había conseguido tranquilizar del todo a Samuel, que estaba jugando mientras ella recogía la mesa.

—Me voy —Kier se inclinó para besarla, alzándole la barbilla. Sus

ojos buscaron los suyos por un instante, quizá detectando la ansiedad que se reflejaba en ellos. No fue un beso superficial, ni rutinario, sino intenso, apasionado.

Luego se volvió hacia Sam. Shahna contuvo el aliento: no podía verle la cara, pero tenía los hombros tensos. Por fin extendió una mano y le acarició la cabeza. El pequeño alzó la vista y sonrió.

Tras una ligera vacilación, lo besó en las mejillas. Sin mirarla de nuevo, salió de la habitación y se marchó.

Shahna pensó que era un hombre demasiado decente, demasiado honesto para repudiar de repente a Samuel. Pero resultaba obvio que sus sentimientos habían cambiado. Seguiría comportándose como hasta ahora, fingiendo que todo seguía igual, cuando la realidad no podía ser más distinta.

—Oh, Sam... —gimió, levantándolo de la trona y estrechándolo contra su pecho—. Lo siento tanto. Yo creía estar haciendo lo más adecuado...

Pero lo que había hecho era emboscar, atrapar a Kier, a sí misma y a Samuel. Y también al nuevo bebé. Precisamente la situación que había querido evitar desde un principio. Kier se había pasado de perspicaz. ¿Por qué no le había dicho que no se había creído su historia sobre la concepción de Samuel? Si se la hubiera pedido, ella habría podido aportarle alguna prueba, dando por zanjado de una vez por todas aquel asunto. Pero, en lugar de ello, le había seguido la corriente y la había manipulado, dejándole pensar que estaba enamorado de ella.

El corazón se le detuvo por un instante. Al igual que la primera vez que se conocieron, la había manipulado como si fuera un pez indefenso mordiendo un anzuelo. ¿Por qué no se había dado cuenta desde un principio de sus intenciones? Había reclutado a Ginnie para sus propósitos, y la joven, con su intuición femenina, estimulada por su inequívoco interés por Kier, le había dicho que Shahna lo amaba. Desde aquel momento, todo le había resultado fácil.

Recordó cómo le había hecho confesar que lo amaba. Y sólo

cuando ella lo había desafiado, acorralándolo, le había soltado finalmente un «te quiero» con una expresión de desconcertante cinismo... Le había mentido. Le había mentido porque en aquel entonces había estado absolutamente convencido de que Samuel era hijo suyo, y porque había descubierto que quería reclamar a su hijo. Había tardado muy poco tiempo en descubrir que Shahna no estaba dispuesta a casarse con él sólo para cederle sus derechos como padre.

Kier era capaz de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Para su sorpresa, había descubierto en lo más profundo de su ser un anhelo de perpetuarse, de disfrutar de la experiencia de la paternidad, de estar cerca de su hijo, de educarlo a su modo. Sólo que Samuel no era hijo suyo, no llevaba sus genes. Y el conocimiento de que siempre estaría allí, interponiéndose, envenenando la relación entre ellos...

Ahora, sin embargo, llevaba en su vientre un hijo suyo. Y a no ser que lo perdiera... Pero el pensamiento le resultaba insoportable. De hecho, tan pronto como lo supo, ya estaba experimentando por aquella nueva criatura el amor que le había profesado y seguía profesándole a Samuel.

Por mucho que Kier se esforzara por disimularlo, Sam percibiría que le había retirado su amor. Y la situación empeoraría cuando tuviera a su propio hijo... Puso al niño en el carrito y salió a pasear, intentando distraerse. Compró algunas cosas que no necesitaba realmente y volvió a casa con una prueba de embarazo que le confirmó lo que ya sabía. La misma pregunta se repetía una y otra vez en su mente: ¿qué iba a hacer a partir de ese momento? Aquél fue el día más largo de su vida.

Su secretaria la telefoneó para avisarla de que Kier no iría a cenar. Shahna se preguntó si estaría retrasando deliberadamente su vuelta hasta que Samuel estuviera dormido, para librarse del ritual de acostarlo. Probablemente estaría tan aturdido e intranquilo como ella, pensando en mil cosas a la vez, buscando en vano alguna solución...

Cuando llegó a casa, Shahna estaba dibujando en la mesa de la cocina, intentando concentrarse.

— ¿Estás ocupada? — le preguntó desde el umbral.

— Es un nuevo diseño — hizo a un lado el lápiz y se retiró para examinar el boceto, sin atreverse a mirar a Kier.

— La bahía de Hokianga otra vez — adivinó, inclinándose sobre su hombro.

— Sí.

Era un paisaje de tormenta, con una cortina de lluvia velando las colinas azules y alborotando el mar. El viento azotaba los árboles en un universo caótico, destructor, enloquecido. Aquella imagen reflejaba fielmente su estado de ánimo.

— He estado pensando que... que quizá Samuel y yo deberíamos volver a casa.

Por un instante le pareció que había dejado de respirar. Cuando Kier volvió a hablar, lo hizo en voz baja, engañosamente tranquila:

— ¿Por qué?

— No me gusta dejarlo con nadie mientras trabajo. Y nuestra estancia aquí, mientras arreglas tus cosas, se está prolongando más de lo esperado.

— ¿Realmente crees que es un buen momento para tomar un avión? ¿Te has hecho esa prueba?

— Sí. Es positiva.

Se hizo un silencio tenso, prolongado.

— No pareces muy entusiasmada.

— Bueno, no es ninguna sorpresa.

— No quiero que vuelvas a esa cabaña tan aislada sola — declaró, rotundo.

— Estaré perfectamente.

— No. Ya has tenido un aborto y...

— ¿No me estarás dando órdenes, verdad, Kier? — al fin se atrevió a mirarlo, sorprendiéndose de ver que tenía las mejillas

hundidas y los ojos enrojecidos.

— ¿De qué estás huyendo esta vez?

— Yo no estoy huyendo...

— Esa cabaña es un refugio. Tenías miedo de dejarlo, y ahora quieres volver a esconderte en él. ¿Por qué? ¿Tanto te asusta la perspectiva de tener otro bebé?

Todo la asustaba... y sobre todo la perspectiva de su futuro, y de lo que involuntariamente podría hacerle a Samuel.

— Allí trabajo mejor.

— Aquí has hecho obras muy buenas para Harry. Él me dijo que apenas podía satisfacer la demanda. Aquí harías más obras y mejores...

— Eso es lo que quieres tú, ¿verdad? Para que renuncie a volver y decida quedarme en Sydney.

— ¡Por el amor de Dios, Shahna! —la miró, incrédulo—. He estado moviendo cielo y tierra para trasladar la oficina, y al mismo tiempo he tenido que asegurarme de que Quentin no trabajara demasiado, haciendo verdaderos malabares para no perder la docena de proyectos que teníamos entre manos. Te prometí que lo haría y lo haré. Lo único que necesito es un poco más de tiempo. ¿Realmente pensabas que te estaba entreteniendo aquí a propósito?

Avergonzada, sacudió la cabeza con gesto cansado. En aquel momento, todo aquello le parecía irrelevante.

— No lo sé. Tú siempre has sido tan...

— ¿Tan qué?

— Tan bueno en salirte siempre con la tuya —respondió—. Siempre has sabido hacer que las vidas de la gente encajasen con la tuya, a tu conveniencia...

— Eso es injusto. Pero no estoy de humor para discutir. Me voy a la cama.

Shahna se quedó mirando el boceto hasta que las lágrimas le

empañaron los ojos. Kier tenía razón, había sido injusta con él. Debería haber confiado en su palabra.

Todo se estaba estropeando, y justo cuando debería ser más feliz que nunca, con otro bebé en camino. Pero una y otra vez volvía al hecho irrefutable, terrible: que Kier se había casado engañado. No importaba si la culpa había sido de ella, de él mismo o del destino. Eso nada podía cambiarlo.

Se levantó, cansada. La puerta de la habitación de Samuel estaba entreabierta. Estaba a oscuras, pero aun así pudo distinguir la silueta de Kier al lado de la cuna. No se movía. Tampoco sospechaba que Shahna lo estaba observando.

Apoyó las manos a ambos lados de la cuna. Sus nudillos blancos resultaban visibles a la luz del pasillo, como si la estuviera agarrando con fuerza...

Capítulo 15

Shahna sufrió un espasmo de terror básico, instintivo, pero intentó sobreponerse. Kier jamás le haría daño alguno a Samuel. ¿Pero qué estaría pensando, de pie delante de él, en la oscuridad? Lo observó durante un rato más y se retiró sigilosamente, avergonzada. No quería espiarlo.

Al entrar en el dormitorio se sorprendió al encontrarla allí, pero nada en su expresión traicionó sus sentimientos. Entró en el cuarto de baño. Cuando salió ya estaba acostada, mirándolo de reojo mientras apagaba la luz y se metía en la cama. No se acercó a ella.

Tenía los ojos cerrados, pero Shahna sabía que no estaba dormido. Transcurrió mucho tiempo, sin embargo, antes de que se moviera. Volviéndose hacia ella, la abrazó. Sus labios buscaron los suyos en un beso impetuoso, casi desesperado, y sus manos exploraron su piel bajo el camisón, impacientes.

Le hizo el amor con ardor, increíblemente excitado, pero con una pasión sombría, casi solemne, deteniéndose una vez para preguntarle:

– ¿Le hará esto algún daño al bebé?

– No – respondió, negando con la cabeza.

Contra su costumbre, Kier no quiso esperar más y antepuso su placer. Pero Shahna no se quedó atrás. Pese a su confusión, pese a las preguntas que acribillaban su mente, su cuerpo acabó imponiéndose y, por unos segundos, se olvidó de todo excepto del éxtasis que él podía darle. Que siempre le daba.

También de manera inusual, se quedó inmediatamente dormido. De puro cansancio.

Tan pronto como oyó a Samuel despertarse por la mañana, se levantó de la cama y salió sigilosamente de la habitación. Kier necesitaba seguir durmiendo.

Puso al niño a jugar en el salón mientras llenaba la lavadora y recogía el desayuno, echándole un vistazo de vez en cuando. Kier y ella habían amueblado el apartamento de manera que el niño no corriera ningún peligro. En aquel instante estaba trepando al gran sillón de color crema, con un cuento en la mano. Sonrió. Últimamente había estado imitando a Kier cuando se sentaba a leer un libro o un periódico. Sabía, sin embargo, que el juego no duraría mucho: no tardaría en cansarse para reclamar una vez más su atención. Mientras tanto, recogió el cuaderno de dibujo y los lápices que había dejado la noche anterior en la cocina.

Tenía el oído constantemente atento a cualquier sonido de la habitación contigua. Escuchó una tos y alzó la cabeza por un momento, pero la tos no se repicó. Volvió a tomar su lápiz.

De repente oyó abrirse la puerta del salón y a continuación el grito explosivo de Kier:

—¡Shahna!

Soltó el lápiz y corrió a la otra habitación. Kier, vestido solamente con unos vaqueros, sostenía desesperado el cuerpo inerte de Samuel.

—¡Llama a una ambulancia! —gritó, sin apenas mirarla—. ¡No respira!

Pálida, se apresuró a atenderlo:

—Llámalo tú. Dámelo —le ordenó, ya que resultaba obvio que Kier no tenía la menor idea de lo que hacer al respecto.

Samuel tenía la cara gris, ligeramente azulada. Debía de haberse tragado algo. ¿Por qué no se había levantado a echarle un vistazo cuando lo oyó toser? Kier le estaba gritando su dirección a alguien, al otro lado de la línea.

Se sentó para revisarle la garganta, pero no vio nada. Le introdujo cuidadosamente un dedo, en vano. Sin perder el tiempo, lo tumbó sobre sus rodillas, cabeza abajo, y le dio un golpe en la espalda.

—Está en camino — anunció Kier, colgando el teléfono.

Él también estaba pálido. Luchando por no dejarse llevar por el pánico, Shahna continuaba dándole golpes al niño en la espalda, para que expulsara lo que se había tragado.

—Vamos, Sam —lo urgió Kier, arrodillándose a su lado y sosteniéndole la cabecita—. ¡Tose, por favor! —alzó la mirada hacia ella, angustiado—. ¿No hay nada que pueda hacer?

Tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde que marcó el número de emergencias.

—Sostenlo cabeza abajo, por los pies —le ordenó mientras se levantaba.

Nuevamente le golpeó la espalda, hasta que al fin tosió y escupió un botón de color crema, del sillón. Siguió tosiendo, vomitó un poco y se puso a llorar.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Kier cuando Shahna estrechó en sus brazos al niño, pasado ya el peligro—. ¿Dónde está esa maldita ambulancia?

Justo en aquel momento oyeron la sirena.

—Ve con ellos. Tendremos que examinarlo de todas formas.

Los auxiliares médicos comprobaron que el niño estaba bien y la felicitaron por su comportamiento. De todas formas se los llevaron en ambulancia a los dos al hospital. Kier los siguió en su coche.

Transcurrieron horas hasta que dieron el alta a Sam. Shahna y Kier lo acostaron y velaron durante un buen rato su sueño, antes de volver al salón. Con la mirada clavada en el sillón de color crema, Kier exclamó:

—¡Mañana mismo me deshago de este trasto!

Y se dejó caer en el sofá, con la cabeza entre las manos. Shahna aún seguía estremecida, con náuseas.

—Tranquilo. Ya ha pasado todo.

Kier alzó entonces la cabeza, y descubrió sorprendida que tenía

los ojos llenos de lágrimas. Se las enjugó con el dorso de la mano.

—Creía que lo perdíamos —le confesó con voz temblorosa—. Oh, Dios mío, Shahna. Si lo que sufriste tú cuando perdiste a nuestro bebé se parece en uso a esto...

Se arrodilló frente a él, tomándole las manos.

—Eso fue horrible. Pero perder a Samuel habría sido todavía peor. Gracias, Kier.

—¿Por qué? —exclamó, impaciente—. Él es nuestro hijo. Oh, ya sé que no es carne de mi carne y sangre de mi sangre, pero me siento más padre suyo de lo que podrá serlo nunca el hombre que lo engendró. ¡Lo quiero tanto!

Ahora sí que Shahna no podía dudarle.

—Yo tenía miedo de que hubieras dejado de quererlo... —pronunció en voz baja—, después de descubrir que no era tuyo. Parecías tan... distante. Creí que todo había cambiado.

Kier la miraba con expresión consternada.

—¡Por supuesto que no ha cambiado! El amor no puede desaparecer así de pronto... Pero antes había estado tan seguro, y descubrir de repente que me había equivocado... fue un tremendo impacto, una cruel decepción. Yo quería que Samuel fuera mío en todos los sentidos de la palabra, al igual que era tuyo —se pasó una mano por el pelo, frunciendo el ceño—. Me hacía daño saber que no lo era. En cierta manera, sentía lo mismo que sentí hoy cuando descubrí que no respiraba... sólo que esto ha sido diez veces peor —le apretó las manos con fuerza—. Necesitaba un poco de tiempo para reconciliarme con la realidad, para superarlo. Sufría. ¡Pero nada habría podido impedirme que amara a Sam! Ni a ti, por supuesto. Tú formas parte de mí, como las dos mitades de un corazón.

—Yo... yo pensé que tal vez sí querías a Samuel, pero que para ti yo no era más que... una parte del trato.

—¿Por qué? ¿Cómo se te pudo ocurrir eso?

—Cuando me dijiste que me amabas, no te mostraste muy...

cariñoso. Estabas enfadado.

—Porque tú seguías sin decirme que Sam era hijo mío. Esperaba y esperaba, y no podía entender por qué te empeñabas tanto en ocultármelo.

—Yo jamás me habría casado contigo de haber sabido que era eso lo que sospechabas.

—¿Crees que no lo sé? Por eso no me atreví a discutir tu versión después de que Jill me dijera que estabas embarazada antes de dejarme. Entonces sumé dos y dos y me salió... cinco.

—¿Jill te dijo...? —inquirió, asombrada—. ¿Cuándo?

—Después del ataque cardíaco que sufrió Quentin. Cuando me vine a Sydney a toda prisa.

—Pero... —nada de todo aquello tenía sentido—. Eso fue mucho después de que te me declararas!

—Sí —arqueó las cejas, asombrado de su reacción.

—¿Así que no te declaraste solamente porque pensabas que Samuel era tuyo?

—¡Si en aquel entonces apenas pensaba en Samuel! Acababa de conocerlo. Pero estaba deseoso de hacerme cargo del hijo de otro hombre si podía tenerse a ti.

—¡Oh, Kier! —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Te he juzgado tan mal... Siento haber sido tan estúpida...

Conmovido, la hizo levantarse y la sentó sobre sus rodillas.

—No puedo creer que por un simple comentario en una fiesta decidieras hacer las maletas y marcharte. Eso era una excusa. Y te agarraste a la primera que te ofrecí...

—¡Eso no es cierto! —replicó Shahna. ¿Cómo podía pensar que había querido dejarlo voluntariamente?

Pero él arqueó una ceja con gesto escéptico:

—Te fuiste sin pedirme siquiera una explicación sobre ese comentario. Sin otorgarme los mismos derechos que le otorgaste a ese

tipo que no quiso saber nada de Samuel. Eso no fue justo, Shahna. A no ser que su reacción no te importara, y la mía sí.

Abrió la boca para discutirse, pero la cerró al momento. Quizá hubiera algo de verdad en sus palabras. No le había importado que el padre de Samuel no lo quisiera. Le había reconocido el derecho a saberlo, pero cuando él se negó a reconocerlo, no experimentó otro sentimiento que un inmenso alivio.

Con Kier, en cambio, se había jugado mucho más. No había querido arriesgarse a oír que no reconocía a su pequeño, porque eso habría sido sencillamente insoportable. Y todavía menos habría querido recibir una propuesta de matrimonio bajo aquellas circunstancias.

—Mis padres se casaron por mí —le confesó—. Cada vez que discutían, mi padre acusaba a mi madre de haberlo atrapado. De alguna manera, yo llegué a interiorizar que su desgraciado matrimonio era culpa mía. Y después de que mi padre se marchara y mi madre se dejara morir ante mis ojos, sentí que eso también era culpa mía.

—Tú no eras culpable de nada.

—Lo sé... aquí —se tocó la frente—. Pero en mi corazón, esa culpa y esa vergüenza jamás desaparecieron. Moriría antes que consentir que un hijo mío pasara por lo que yo pasé...

—Eso no nos sucederá a nosotros —le aseguró, abrazándola—. Yo nunca podría rechazar a Samuel, él forma parte de ti, y tú eres parte de mí mismo. Creo que siempre te he amado, pero sólo me di cuenta de ello cuando te vi con Sam. A partir de entonces empecé a tomar conciencia de lo que me había perdido.

—No querías decírmelo, ¿verdad? Que me amabas.

—No podía perdonarte por no haberme dicho que Sam era mío... engañado como estaba. Y, además, era una especie de patética manera de protegerme a mí mismo.

—¿Patética, dices? —sonrió, mirándolo con expresión escéptica.

—Supongo que todo esto se remonta a cuando mi madre se estuvo muriendo. No había nada que pudiéramos hacer, y yo me sentía tan impotente...

Shahna recordó que en aquel entonces sólo había tenido catorce años.

—Debió de haber sido horrible.

—Durante meses antes de su muerte, y años después, arrastré una carga de dolor y tristeza que no pude compartir con nadie.

—¿Ni siquiera con tu padre?

—No hablábamos de ello. Y luego él también murió. Tomé entonces la decisión de no concederle a nadie el poder de hacerme daño. Pero tú me lo hiciste, y he tardado tiempo en admitir que el amor siempre conlleva el riesgo del dolor. Y que, aun así, merece la pena.

—Yo no quería hacerte daño. Ignoraba que...

—Una vez me dijiste que no hablábamos lo suficiente. Tenías razón. Quiero saberlo todo sobre ti. Tus pensamientos, tus sentimientos, tus inseguridades...

—Si yo te muestro los míos... ¿me mostrarás tú a mí los tuyos?

—Trato hecho —repuso, riendo.

Fueron a echar un nuevo vistazo a Samuel, y acto seguido Kier la llevó en brazos hasta el dormitorio. Hicieron el amor gozosamente, entregándose por completo, en plena libertad.

Poco después Shahna yacía en sus brazos, feliz, relajada.

—¿Kier?

—¿Sí? —giró la cabeza, acariciándole un muslo con gesto distraído.

—Tenías razón. Fui a Hokianga... no exactamente para esconderme, pero sí buscando una cierta seguridad. En parte por Samuel, pero en realidad porque me acordaba de lo feliz que había sido allí de niña. Era como una ilusión que quería revivir.

—Y la revivirás. Levantaremos nuestra casa, tal y como lo hemos planeado. Te amo. Para siempre. Nunca te dejaré, jamás. Ni a ti a Samuel. No podría vivir sin los dos.

—¿Y el nuevo bebé?

—Todavía no me lo puedo creer —le confesó, emocionado—. Me parece inimaginable que pueda querer a otro niño tanto como quiero a Sam.

—¿Ni aun sabiendo que éste es realmente tuyo?

—No puede ser más mío que Sam.

—Te quiero —le dijo Shahna, besándolo en los labios—. ¡Te quiero tanto!

—¿Te lo crees ahora? —le preguntó Shahna meses después, en la cama del hospital, acunando a su hijo recién nacido.

—¡Be-bé! —exclamó Samuel, sentado en las rodillas de Kier.

—Exacto. Es tu nuevo hermanito.

—¡Her-ma-nito! —repitió, contento, mirando con curiosidad al bebé.

—¿Quieres sostenerlo tú? —le preguntó Shahna a Kier.

—Los dos lo haremos —y le tendió los brazos.

Sujetando a Sam con su cuerpo, recibió aquel diminuto cuerpecillo de manos de su madre.

Observando sus rostros mientras contemplaban al bebé con idéntica expresión de asombro, Shahna pensó que nadie habría pensado que Kier no era el padre biológico de Samuel. Se parecían tanto...

De repente el bebé bostezó, haciendo reír a Sam deleitado, y abrió los ojos. Kier le sonrió, y Shahna vio auténtico amor en su expresión. Justo en aquel instante alzó la mirada y la sorprendió observándolo.

—La primera vez que me miró —le confesó—, cuando me lo entregaron en la sala de parto, me enamoré al instante. Tenía miedo de no sentir por esta criatura el mismo amor que siento por Sam, pero ahora sé que era un temor infundado. Todo está perfecto.

—Sí —asintió ella, inclinándose para darle un beso en los labios. Tenía razón. Todo era perfecto.

Fin